Las posibles vidas de Martina



Ritmo de Tentación

OLIVIA KISS

Ritmo de tentación

Las posibles vidas de Martina, 1

Olivia Kiss

Ritmo de tentación Las posibles vidas de Martina, 1

© 2026, Olivia Kiss Todos los derechos reservados.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sin contar con la autorización de la titular de la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

Primera edición: Abril de 2026

A las que creen que su vida ya está decidida. (Spoiler: no lo está.)

Ritmo de tentación es la primera novela de la serie *Las posibles vidas de Martina*. Cada libro explora qué habría pasado si Martina, un día cualquiera, hubiera tomado una decisión mínima distinta.

Los libros pueden leerse en cualquier orden.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Epílogo

Creemos que somos dueños de nuestro camino hasta que una decisión mínima —una tontería casi invisible— hace que alguien aparezca y nos obligue a recalcular la ruta.

Capítulo 1

Álex Ubago suena en el despertador.

Martina frunce el ceño sin abrir los ojos.

Una música perfecta para cortarte las venas.

6:45.

Un comienzo de día impecable.

Alarga el brazo, apaga la alarma y se da la vuelta. Cinco minutos más. Luego otros cinco. Y otros. A las 7:30, acepta la derrota y se incorpora. Para ella, esos tres cuartos de hora no son procrastinar: son resistencia. Los duerme con entrega. Como el último trozo de donut de chocolate: cierras los ojos, lo mantienes un segundo más en la boca y alargas el placer todo lo que puedes.

Martina es así. Le gusta exprimir los pequeños momentos. Dormir desnuda. Notar las sábanas de coralina pegadas a la piel. Quedarse flotando unos segundos antes de que el día empiece a pedirle cosas, facturas, paciencia y cartulinas.

Todo va razonablemente bien hasta que abre el WhatsApp de 1B.

Pone los ojos en blanco incluso antes de leer.

Grupo Saltamontes 1B

Cyntia: ¿Las cartulinas eran para hoy?

Vega: No lo sé. A mí Luli me dijo que comprara, pero pensé que era para la semana que viene.

Loli: Ay, no sé, chicas. Jajajaja. Yo tengo mil cosas y no puedo comprar una cartulina.

Germán: Hola. Las cartulinas sí que eran para hoy. Lo ponía en la programación que enviaron el viernes.

Vega: Ah, ¿también tenemos que leer cosas? Ya es bastante que tengamos que hacer desayunos y meriendas como para encima leer.

Es injusto.

Germán: A mí me ha costado un minuto leerlo.

Silencio.

Nadie responde a Germán.

Martina amplía su foto de perfil. Sonríe sin querer. Está bueno. Y lo que es más raro: es coherente. En ese grupo de WhatsApp eso equivale a ser una especie protegida. Para rematar, se acaba de divorciar porque lo dejó su mujer. Existe una teoría no escrita —pero muy extendida— según la cual un divorciado durante su primer año es un soltero de oro. Después empieza a oler un poco a rancio.

Martina es tutora de 1B en un colegio donde los niños son adorables y la mayoría de padres y madres, idiotas. Cada vez que abre ese grupo de WhatsApp se le acorta un poco la vida. Como con el tabaco.

Deja el móvil boca abajo sobre la mesilla y se queda sentada en la cama unos segundos más. El silencio dura poco, pero es suficiente.

Hoy podría ser un día normal. De esos que pasan sin más.

O podría no serlo.

Podría salir de casa deprisa, llegar al colegio como siempre y sobrevivir hasta la hora de irse.

Podría aceptar la propuesta de su amiga y acabar jugando a pádel, aunque le dé pereza y no tenga ninguna gana de socializar.

Podría quedarse un rato más en la sala de profesores y hablar con alguien con quien normalmente solo intercambia mensajes impersonales.

O podría hacer algo mínimo. Una decisión pequeña. De esas que parecen irrelevantes cuando las tomas. Como cambiar de camino al trabajo sin saber muy bien por qué. La vida está llena de opciones.

Se levanta, pisa el suelo frío y camina hacia la cocina.

Se prepara su café. Aún tiene tiempo antes de irse a la jaula de los monos. Nunca se lo dirá a nadie, pero así es como llama a su clase. A veces se queda observándolos y piensa que, si Darwin no hubiera llegado a la conclusión de que venimos del mono, lo habría

hecho ella. Niños colgándose de los muebles, otros mordiéndose entre ellos, algunos oliéndose el culo con total naturalidad.

Porque Martina es de pensar. Y de pensar mucho. En cosas muy distintas. En por qué el punto G se llama así. En que, con todas las galaxias que existen, tiene que haber vida extraterrestre y, si la hay, si ellos también discuten por la temperatura del agua de la ducha.

Mientras se queda catatónica mirando la puerta del lavavajillas, piensa que nunca quiso una vida espectacular. Nunca soñó con salir en revistas ni con tener una biografía interesante. Le bastaba con estar tranquila. Y, aun así, últimamente, la tranquilidad le parecía sospechosa. Como si fuera la calma antes de algo. Pero ¿eso es realmente lo que quiere?

El móvil vibra otra vez.

Es Beth.

Beth:

Chochooooo. Dime que este sábado vienes a pádel o te bloqueo. Va a estar todo Dios. Y aviso: viene un tío BUENÍSIMO de mi oficina. Lo conocí en una comida de empresarios de esas con discursos eternos y croquetas frías, pero el tío compensa. Alto, sonrisa de no tener traumas y manos grandes. Tengo ya hecho un trabajo previo con este tío. Yo voy a ir en modo Beth. Tú sabrás.

Martina se ríe.

Beth lleva veinte años en España y ya es más española que la tortilla de patatas con cebolla. Nació en Irlanda, pero dice *chocho* con naturalidad, discute de fútbol en bares y cree firmemente que la felicidad está en no pensar demasiado. A Beth le van las relaciones esporádicas, sin promesas ni conversaciones incómodas.

Martina no.

Martina cree en el amor. En el de verdad. En el que se queda cuando te da pereza todo. Follar por follar le parece bastante sobrevalorado, aunque no lo diga en voz alta para no sonar como una señora.

Va al dormitorio a vestirse.

Se pone el vaquero que sabe que le queda bien, el que le recoge el culo tan bien que parece hecho solo para ella. Se observa en el espejo. Rubia. De rizos rebeldes. Cara normal. Pechos que caben en una mano. Nada extraordinario. Y, aun así, le gusta lo que ve.

Se coloca los cascos antes de que su cabeza empiece a divagar.

La música electrónica la acompaña desde pequeña. No sabe muy bien por qué, pero siempre ha estado ahí. Cuando era adolescente. Cuando se sentía rara. Cuando no encajaba del todo. El ritmo le ordena los pensamientos. Por eso escucha a DJ Hugel. Porque no le pide nada. Solo estar.

Sale de su casa y saluda a la vecina de enfrente. Siempre sale a la vez que Martina. Angelita es una abuela adorable y tiene más años que la baranda del río. No tiene hijos y le hace falta socializar. Siempre tiene alguna palabra de ánimo por las mañanas. Es como un Mr. Wonderful pero sin vergüenza ajena. Hoy le ha dicho que cada obstáculo en la vida es un maestro y que Hércules no hubiera sido legendario si no hubiera tenido contratiempos. Vamos, una joya.

Pone rumbo al colegio. Hoy va a ir andando porque los viernes entra antes su compañera, Cris. Son dos profesoras para los 29 monitos.

Al pasar frente al escaparate de **Abogados Mark & Daniel**, se detiene un segundo. Cristal impoluto. Letras sobrias. Todo demasiado correcto. Se ve reflejada. Piensa que nunca quiso una vida así. Nunca quiso despacho, traje ni café en vaso de cartón. Ella eligió niños, ruido y cartulinas. Y no se arrepiente. O eso cree, porque el otro día, la vecina le dijo que dudara de todo lo que pensara.

Un poco más adelante ve un cartel pegado torcido a una farola:

¿CREES EN EL DESTINO?

Sábado. Grupo de filosofía. Cerveza gratis.

Martina sonríe. Todo bien.

—Serán todos unos frikis adorables —piensa—. ¿Por qué no?

Le entra el gusanillo de hacer algo que nunca ha hecho. ¿Desconocidos? Le gusta la idea.

Más adelante ve cómo un motorista se ha caído porque se ha chocado con el coche de delante al frenar en seco. Está bien porque se ha bajado y parecía un vikingo de casi dos metros. Martina piensa que no le gustaría estar con alguien tan alto. Ella mide un metro con sesenta y nueve. Pero como dice la de la puerta de enfrente, duda de lo que crees.

Llega al colegio y se cruza con Germán. Camisa azul, pantalón beige y zapatillas. Elegante.

—Tengo el cuento de *Teo va al parque* —le dice, señalando el bolso—. Por lo del grupo de WhatsApp.

Germán se ríe.

—Uf… eso es muy complicado para los miembros del grupo.

Se ríen los dos.

Se quedan mirándose un segundo más de lo necesario.

Nada incómodo. Nada explícito. Solo un segundo suspendido.

—Gracias —dice él.

Martina asiente y entra.

Piensa en escribirle luego. En seguir la broma. En decir algo más.

Pero no. Le da un poco de pereza mental.

Saluda a los profesores. Peter, el de inglés con su cuello vuelto, Lara, con su melena perfecta y siempre parece que se acabe de vestir. Se lleva muy bien con ella porque es de su rollo.

—Hola, Martina. Qué guay, otro día para que los niños aprendan e ir de la mano con ellos —dice Lara, poniendo voz infantil.

—Claro, Larita. Y reprimiendo las ganas de ahorcar a alguno de sus papás.

Martina hace un gesto con las cejas indicando a la mamá de Julia. Una señora que siempre se está quejando de que si el BPA, que los ambientadores son nocivos y que la comida del cole debería fomentar sus BNF.

Ambas se marchan riendo.

Entra en la jaula de los monos.

—¡Profe! —grita uno—. ¡Hoy he desayunado chocolate!

—Profe, Leo me ha mirado mal.

—No es verdad —responde Leo.

Martina deja el bolso, respira y sonríe.

Darwin tenía razón.

—Buenos días, saltamontes —dice—. Hoy vamos a intentar no morder a nadie.

Las risas llenan el aula.

Martina no lo sabe todavía.

Pero ya ha dicho **sí** a algo.

Y cuando eso pasa, el destino suele ponerse creativo.

Capítulo 2

El olor a plastilina y a Nenuco la acompaña hasta el restaurante donde ha quedado con Beth para comer después del trabajo. Es un olor pegajoso que se le ha metido en la ropa. Martina camina hacia el restaurante pensando que debería existir un perfume con esa mezcla exacta: *Eau de Aula Infantil*. Notas de rotulador permanente, sudor pequeño y una vaga amenaza de catarro.

Está cómoda quejándose de los niños. Es casi terapéutico. Le relaja enumerar mordiscos. Pero, en el fondo, los adora. Mucho. Son como una ventana a la inocencia. A la consciencia pura. A actuar sin pensar. Algo que a Martina le cuesta horrores. Ella piensa demasiado. Siempre. Piensa antes, durante y después. A veces también mientras duerme.

Esos monos son adorables, piensa mientras recuerda a uno de ellos intentando meter una plastilina verde en la nariz «para guardarla». Si están enfadados, lo están. Si quieren algo, lo quieren ya. Sin filtros, sin capas, sin «luego lo hablamos». Martina envidia eso más de lo que está dispuesta a admitir.

Hoy se ha vuelto a cruzar con Germán cuando ha venido a recoger a su hijo. Ha sido un encuentro breve, de pasillo, de esos que parecen insignificantes pero se quedan dando vueltas. Su hijo llevaba hoy cero mordiscos. Todo un logro. Ella lo ha pensado como si fuera un marcador invisible: *Día sin sangre, día exitoso*.

Ha sentido un pinchacito en el estómago al verlo. Pequeño. Traicionero. No por lo buen padre que es —eso, aunque lo reconozca, no le despierta nada romántico— sino por esa sonrisa suya, tan segura, tan poco necesitada de aprobación. Una sonrisa de alguien que no se disculpa por ocupar espacio.

Cualquier mujer vería que ser un buen padre es una cualidad más que atractiva. Cualquiera menos Martina. Ella adora a los niños, sí, pero no los quiere propios. Ni ahora ni nunca. Ni en su casa ni en su cuerpo ni en su vida. Lo tiene clarísimo. Clarísimo desde hace

años. Tan claro que, aun así, cada vez que se cruza con un padre funcional, su cerebro decide hacer una reunión innecesaria.

Sacude la cabeza para deshacerse de ese pensamiento y, a lo lejos, ve a Beth.

—¡Choooochoooo! —grita Beth desde la terraza.

Varias cabezas se giran al unísono. Una pareja deja de masticar. Un señor mayor levanta la vista del menú como si acabaran de anunciar una evacuación. A Beth le da exactamente igual. A ella se la pela con una elegancia que Martina jamás ha conseguido imitar del todo.

Beth lleva hoy un peinado con trenzas. Desordenadas pero estratégicamente desordenadas, como todo en ella. Es rubia, como Martina. Siempre les han dicho que parecen gemelas. *Gemelas superdiferentes*, corrige Martina mentalmente. Una contradicción en sí misma. Beth es caos con carisma. Martina, control con ansiedad.

Lleva una falda blanca y un top blanco, con zapatillas. Un conjunto que en cualquier otra persona parecería uniforme de comunión o error de lavandería. En Beth queda elegante. Injustamente elegante.

—Eres muy discreta, Beth —dice Martina al acercarse, dejando el bolso en la silla.

—La vida hay que vivirla como te salga de ahí abajo. Y a quien le moleste… —Beth hace un gesto exagerado de sacudirse las manos— …que se revise.

Martina sonríe. Sabe que, en el fondo, eso es lo que más admira de ella. Beth tiene una personalidad arrolladora. Es como un tsunami, porque inunda cada lugar al que va con sus bromas y carcajadas. No le importa lo que piensen los demás. Mientras, Martina lleva toda la vida rellenando formularios invisibles antes de hacer cualquier cosa.

Se sientan. Martina se quita la chaqueta y nota cómo el olor a aula sigue ahí, resistiéndose a abandonarla. Beth la mira con media sonrisa.

—Hueles a infancia traumática —dice.

—Hoy ha sido un día tranquilo. Solo un niño llorando porque su bocadillo era «demasiado bocadillo».

—Durísimo.

Martina se ríe. Y, por un segundo, el pinchacito del estómago, Germán, los niños, las decisiones y las no-decisiones se quedan en pausa. Solo existe la terraza, Beth y esa sensación de estar exactamente donde toca.

De momento.

Beth es el contraste absoluto de Martina. Donde Martina analiza, Beth ejecuta. Donde Martina duda, Beth pasa a la acción. Literalmente. Es dueña de varios salones de uñas y, según ella, también de una parte importante de la estabilidad emocional del barrio.

—Nos deberían pagar por uñas y por psicología —dice mientras hojea la carta sin mirarla realmente—. Yo no sé cuántos matrimonios he salvado con un esmalte nude y una charla bien llevada.

Martina asiente. Lo cree. Beth tiene ese don. La gente le cuenta cosas sin darse cuenta. Empiezan hablando de cutículas y acaban confesando infidelidades, miedos existenciales y traumas de la infancia. Todo en veinte minutos y con brillo efecto gel.

—El otro día una clienta se puso a llorar porque su marido no le decía «te quiero» —continúa Beth—. Le hice unas almendradas preciosas y le dije que se lo dijera ella primero. Mano de santo. Volvió a la semana con flores.

—Eres una terapeuta encubierta.

—No, cariño. Soy una empresaria con empatía. Que es mucho más rentable.

Piden de comer. Beth algo ligero, porque luego tiene cita para cejas. Martina pide lo de siempre, porque cambiar de plato le parece un riesgo innecesario. Hay suficientes decisiones importantes en la vida como para añadir una salsa desconocida.

Beth la mira de reojo, con esa expresión que Martina conoce bien. La de *tengo información*.

—Por cierto —dice, como quien no quiere la cosa—. He visto a tu ex.

Martina levanta la vista. Nota el microsegundo de tensión. Automático. Corporal. Como un reflejo antiguo que todavía no ha

terminado de desaparecer.

—Ah —dice—. ¿Y?

—Con una chica.

Silencio.

—Muy mona —añade Beth, disfrutando un poco—. Muy joven.

Martina espera. Dentro de ella, nada explota. Nada se enciende. Nada se rompe.

—Doce años menor —remata Beth, satisfecha.

Y entonces Martina lo entiende. No siente absolutamente nada. Ni celos. Ni rabia. Ni tristeza. Ni ese pellizco incómodo que antes aparecía solo con oír su nombre. Nada. El vacío más limpio que ha sentido nunca.

Lo primero que siente no es dolor. Es alivio.

Un alivio profundo, casi físico. Como cuando te quitas unos zapatos que llevas horas soportando solo porque «no están tan mal».

—Me alegro por ella —dice Martina, sincera—. De verdad.

Beth la observa con atención. Está acostumbrada a detectar grietas. Pero no las hay.

—¿Estás bien?

—Estoy… tranquila.

Y lo está. Se da cuenta de que su ex ya no ocupa espacio en su mente. Ha pasado de ser una presencia constante a convertirse en una anécdota ajena. Como un antiguo compañero de piso del que recuerdas manías, pero no el nombre completo.

—Es que —continúa Martina, pensándolo en voz alta—, él era una persona agujero negro.

Beth sonríe.

—Totalmente.

—Todo giraba alrededor de él. Su drama, su cansancio, su vacío, su necesidad constante de algo que nunca sabías qué era. Daba igual cuánto dieras: nunca era suficiente.

—Chupaba energía —resume Beth—. Como un WiFi público.

Martina ríe. Se siente ligera. Libre de una gravedad que no sabía que seguía actuando.

—Me alegra no sentir nada —dice—. Pensaba que habría al menos un resquicio de algo.

—Sentir no es siempre una buena señal —responde Beth—. A veces, no sentir, es la prueba de que ya saliste del agujero.

Martina asiente. Mira su plato. Mira a Beth y sonríe. Y por primera vez en mucho tiempo, no repasa mentalmente el pasado buscando errores.

Simplemente está ahí, disfrutando con su amiga.

Y eso, para ella, es bastante revolucionario.

Piden un café cuando terminan de comer. Martina remueve el suyo, sin azúcar. Siempre lo hace así, es una manía que tiene, le encanta remover cosas.

—Yo no sé si creo en el amor o en la comodidad —dice Martina, mirando el líquido oscuro—. O sea… sé que la comodidad no emociona, pero tampoco falla.

Beth sopla su café. No responde enseguida.

—La comodidad es como un sofá viejo —replica—. No es bonito, pero sabes exactamente dónde te hundes.

—El amor promete más —añade Martina—. Y luego, si sale mal, duele más. Lo que me da miedo no es equivocarme… es hacerlo tarde.

Beth levanta la vista.

—¿Tarde cómo?

—Elegir algo pensando que es definitivo —explica Martina—. Y darme cuenta después de que no lo era. Que había otra cosa. Otra vida.

Beth se apoya en el respaldo de la silla, cruzando las piernas.

—Por eso yo pruebo —dice—. Mucho. Sin drama.

Martina sonríe. Esa diferencia siempre ha estado ahí.

—Tú eres de follar con muchos.

—Y tú de buscar una historia —responde Beth, sin juicio—. Un amor de verdad. De los que se cuentan.

Martina no lo niega.

—En finanzas —continúa Beth, animándose— tú eres conservadora. Pones todos los huevos en la misma cesta.

—Totalmente.

—Pues yo no —dice Beth—. Yo me como los huevos a pares.

Beth hace el gesto de abrir la boca.

—¡Y los plátanos también! —añade Martina.

Martina se ríe, llevándose la mano a la boca.

—Eres incorregible.

—Y feliz —responde Beth—. A mi manera.

Beth aprovecha un leve silencio para atacar.

—Este sábado tenemos pádel.

Martina ya se lo veía venir.

—Beth…

—Va a ir un buenorro —dice, directa—. De los que miras y dices: *sí*. Y me lo quiero tirar.

Martina niega con la cabeza, sonriendo.

—No sé.

—Nunca sabes —insiste Beth—. Y luego te arrepientes.

Martina no responde. No dice sí. Pero tampoco no. Se queda mirando la calle, como si la respuesta estuviera pasando por delante.

—Es que también he visto que hay un grupo de filosofía —dice al final.

Beth parpadea.

—¿Cómo?

—Un grupo que se reúne a hablar de la vida. De decisiones. De sentido.

Beth la mira, incrédula.

—Frikis.

—Eso mismo he pensado —admite Martina—. Que serán frikis adorables.

—Con bufandas raras —añade Beth—. Y gafas.

—Probablemente.

Beth se encoge de hombros.

—Tú decides. Pádel y cuerpos sudados… o gente con granos preguntándose quiénes somos.

Martina sonríe. Le atraen las dos cosas. Siempre le ha pasado.

Se levantan y pagan. En la acera, Beth la abraza fuerte. Más de lo habitual.

A Martina le resuena mucho la idea del grupo de filosofía. Beth siempre estará ahí para proponerle ese tipo de planes. Ya ha tomado una decisión.

Una decisión que cambiará su vida.

Capítulo 3

Sábado.

Martina se despierta tarde, con esa sensación agradable de haber dormido más de 8 horas. No hay alarma. No hay niños gritando. No hay WhatsApp de 1B preguntando por cartulinas. Solo silencio. Y el sol colándose por la persiana.

Se queda unos minutos más en la cama, estirada como un gato satisfecho, pensando que su soledad está bastante bien llevada. No es una soledad triste. Es una soledad con mantita, con espacio, con decisiones pequeñas que no afectan a nadie más que a ella. Una soledad cómoda. Quizá demasiado.

Se levanta y va directa a la cocina. Desayuno exagerado. Porque es sábado y porque puede. Tostadas variadas. Una con aguacate machacado con limón y sal en escamas. Otra con tomate rallado y aceite como si viviera en un anuncio. Otra con mantequilla y mermelada. Y, por si acaso, una última con crema de cacahuete y plátano. Café grande. De taza de casa. Nada de prisas.

Come de pie, apoyada en la encimera, mirando su salón. Su sofá. Sus plantas medio vivas. Sus libros apilados sin orden. Piensa que su casa es un reflejo bastante fiel de ella: funcional, acogedora, con caos controlado y ninguna intención de impresionar a nadie. Le gusta. Se gusta ahí.

La mañana pasa entre capítulos de *Friends*. Tropecientos. Los suficientes como para no tener que pensar demasiado. Chandler sigue siendo gracioso. Ross sigue siendo insufrible. Y ella sigue sabiendo exactamente en qué escena va a reírse, aunque la haya visto mil veces. Hay algo tranquilizador en saber lo que va a pasar.

Come algo ligero. Porque luego, según Beth, «el pádel no perdona», aunque Martina ya ha decidido que hoy no va a sudar. Se ducha y se viste sin mucha intención. Vaqueros cómodos. Zapatillas. Una camiseta básica. Ni arreglada ni dejada. El punto exacto de «si pasa algo, bien; si no, también».

A media tarde sale de casa. Va andando. Decide ir «un rato» al grupo de filosofía. Un rato es una medida muy flexible. Un rato puede ser diez minutos o toda una vida.

Llegando se da cuenta de que había imaginado algo distinto. Algo más solemne. Casi romano. Un foro con columnas imaginarias y gente hablando de Sócrates mirando al horizonte. Pero no. Es un bar moderno. Cristal. Madera clara. Luces cálidas. Y un cartel que anuncia **cerveza gratis** con más convicción que cualquier promesa existencial.

Entra. Huele a lúpulo y a expectativa. El tema de hoy: *el destino*. Le hace gracia. Como si el universo tuviera sentido del humor y se lo estuviera poniendo fácil.

El ambiente es ecléctico. Muy poco friki para lo que ella esperaba. Hay gente con chaqueta bien puesta, otros en chándal, alguno con pantalón corto, aunque no haga calor. Personas jóvenes. Personas no tanto. Están sentados en círculos, en sillas, como en una especie de foro improvisado. Todo muy informal.

Martina se sienta. Mira alrededor con curiosidad discreta. Se siente rara y cómoda a la vez. Como cuando entras en una casa ajena y no sabes aún dónde dejar el abrigo.

Entonces, justo enfrente, se sienta él.

Tatuajes asomando por los antebrazos. Barba de dos días. Cara de pillo. Vaqueros rotos. Camisa abierta más de lo necesario. Pecho visible. Demasiado visible. Un look que, en teoría, no le gusta nada. Nada. Y, aun así, nota ese maldito tirón interno. Ese *ahí no, Martina*. Ese *otra vez no*.

Le suena su cara. Está segura. Pero no sabe de qué. Eso la incomoda más de lo que debería.

Él levanta la vista y la mira. Sonríe. Una sonrisa fácil. Ella devuelve el gesto por educación y aparta la mirada enseguida, un poco avergonzada de sí misma. De su reacción automática. De su cuerpo opinando sin pedir permiso.

Respira hondo. Se recuerda que está ahí por otra cosa. Por pensar. Por escuchar. Por entender algo más de todo esto.

El moderador aún no ha llegado. Hay un murmullo suave. Gente hablando en voz baja. El chico tatuado se recoloca en la silla.

Martina cruza las piernas. Nota una anticipación rara. No son nervios ni ilusión. Algo intermedio. Como si hubiera abierto una puerta que llevaba tiempo cerrada.

Piensa en Beth y en el pádel. En las decisiones pequeñas. En cómo ha llegado hasta esa silla sin tener muy claro por qué. Y, por primera vez en mucho tiempo, no intenta controlarlo.

Ha venido. Y eso ya es una decisión.

El destino, si existe, acaba de tomar nota.

El presentador llega con cinco minutos de retraso y una sonrisa de persona que no esperaba tanta afluencia. Carraspea. Dos veces. Mira alrededor como si acabara de entrar en una boda equivocada.

—Hola… hola… —dice, levantando la mano, pidiendo atención—. Vaya. Somos muchos más de los habituales.

Un murmullo generalizado recorre el bar. Gente que se recoloca en la silla. Miradas curiosas. Martina se siente observada sin saber por qué, como si hubiera hecho algo mal sin darse cuenta.

—Veo muchas caras nuevas —continúa él—. Eso siempre es buena señal.

Y entonces la mira. A ella. Mantiene la mirada una décima de segundo más de lo socialmente neutro. Martina parpadea. Después, el presentador mira justo al frente.

Al chico tatuado.

Él levanta una ceja, divertido. Martina siente un pequeño vuelco absurdo. Como si los hubieran emparejado sin preguntarles.

Una chica joven empieza a repartir botellines de cerveza fría. Martina acepta uno con gratitud. La chapa hace *psssht* al abrirse y el primer trago le baja como un regalo inesperado. No sabía que necesitaba eso exactamente hasta ahora.

—Hoy vamos a hablar del destino —anuncia el presentador—. Me llamo Jaime. La charla se dividirá en dos partes, aunque lo más importante es que todos participéis. La filosofía, a lo largo de los años…

Martina intenta escuchar. De verdad que lo intenta. Pero el chico misterioso inclina ligeramente la cabeza, se frota la barba con

dos dedos y ese gesto, tan tonto, tan masculino, tan inconsciente, le roba la atención como un ladrón de barrio.

—… ha tratado de responder a una pregunta muy sencilla y muy complicada a la vez…

Ella asiente, aunque no sabe a qué.

—… ¿somos fruto del destino o tenemos el poder de elegir nuestro propio camino?

El botellín ya va por la mitad. Martina nota cómo entra en calor. El bar está más lleno de lo que parecía. Se quita el suéter. La camiseta de tirantes es siempre una buena idea para ella. Se le engancha la mano en la manga al quitárselo y tiene que levantar el brazo para desenredarla. Un gesto torpe. Natural. Varias miradas se cruzan con la suya.

—Muy bien —dice Jaime de pronto—. Sí. Qué rápida. Ya tenemos voluntaria.

Martina parpadea. ¿Voluntaria de qué?

Jaime ya está a su lado, acercándole el micrófono.

Sesenta personas. El chico tatuado. El círculo entero mirándola.

—¿Cómo te llamas?

—Eh… Martina. Pero…

Pero ya no hay *pero que valga*. Lo sabe. Le encanta pensar en estas cosas. Lo hace constantemente. Lo que no hace nunca es decirlas en voz alta. Y mucho menos delante de desconocidos. Y mucho, muchísimo menos, delante de unos ojos color ceniza que no apartan la mirada.

—Entonces, Martina —retoma Jaime—, ¿somos fruto del destino o tenemos el poder de elegir nuestro camino?

Se levanta. Lo hace con una decisión que no termina de reconocer como propia. Empieza a hablar, pero la gente hace gestos, señalándose la oreja.

El micrófono.

Apagado.

Se le sube el calor a las mejillas. Lo enciende.

—Ahora sí… jeje —ríe, nerviosa. La cerveza ayuda—. Hola. Me llamo Martina y creo que sí. Que somos dueños de las decisiones

que tomamos en la vida. Aunque no sepamos nunca del todo qué consecuencias van a tener. Tú puedes decidir ir en coche o andando… pero no sabes si vas a tener un accidente. Decides, pero no controlas. Eso también es parte del destino.

Jaime asiente, satisfecho.

—Muy bien, Martina. Entonces tú llevas el volante de tu vida, ¿no?

—Eso creo.

—¿Alguien quiere añadir algo?

Silencio. Un segundo. Dos.

El chico tatuado sonríe.

Levanta la mano sin apartar los ojos de ella.

—¡Otro voluntario! —se entusiasma Jaime—. Hoy la gente viene con ganas.

Le acerca el micrófono. Él se levanta despacio. Demasiado despacio. Como si supiera que todas las miradas están sobre él y le gustara.

—Hola —dice—. Me llamo Sento. Y estoy en contra de lo que ha dicho… la de la camiseta roja de tirantes.

Martina frunce el ceño. ¿La camiseta? ¿Por qué la camiseta?

Se mira el pecho como acto reflejo. Sus tetas. Nada extraordinario. Él lo nota. Sonríe aún más.

—Creo que no somos dueños de nuestros actos —continúa Sento—. Y os explico por qué. Martina… ¿estás ovulando?

Un murmullo ahogado recorre la sala. Alguien se ríe. Martina se queda en blanco.

—No hace falta que contestes —añade él—. Si lo estuvieras, probablemente me encontrarías más atractivo. Te fijarías más en mi torso. En mi olor. En… —hace una pausa estudiada— …mi pene.

Martina abre la boca. La cierra. Lo mira como si acabara de aparecerle un extraterrestre.

Y lo peor es que, durante una milésima de segundo, su cerebro hace exactamente lo que él ha dicho.

Se odia por ello.

—Con lo cual —sigue Sento—, crees que has tomado la decisión de mirarme el pene, pero…

—Yo no… —intenta intervenir.

—Pero no eres capaz de no mirar —dice él, guiñándole un ojo.

Traga saliva. Se acerca un paso. Le arrebata el micrófono con una rapidez que ni ella sabía que tenía.

—Es cierto que podamos mirar algún penecito que otro —dice, y el diminutivo duele, se nota—, pero para eso tenemos un cerebro que razona. El mismo cerebro que evita que nos meemos encima cuando tenemos ganas y que, cuando miramos esa pilililla, nos permite pensar que pertenece a un gran idiota que tampoco tiene demasiado cerebro.

Risas. Aplausos. Alguien silba.

Sento se ríe. No parece ofendido. Eso la irrita más.

—Bueno, bueno, bueno… —interviene Jaime—. Qué interesante ha empezado el debate.

Mientras él intenta reconducir la charla hacia genes, determinismo y libre albedrío, Sento no deja de mirarla. No con descaro. Con curiosidad. Como si ella fuera un acertijo que acaba de decidir resolver.

Martina intenta concentrarse. No demostrar que la incomoda. Escucha palabras sueltas: *biología*, *contexto*, *azar*. Asiente cuando toca. Bebe otro trago.

El móvil vibra en su bolso.

Beth.

Es una foto. El tío del pádel. Desnudo. Boca abajo en la cama. Beth hace como si le fuera a dar un mordisco en el culo.

Beth: Conseguido. ¿Qué tal vas tú?

Martina sonríe sin poder evitarlo. Escribe rápido mientras Jaime habla de hormonas.

Martina: No hay mucho friki, la verdad. Pero algún idiota que otro.

Beth: ¡Un idiota! Esos son los mejores. ¡El que te vas a follar!

GIF de una chica perreando.

Martina apaga el móvil. Suspira. Mira al frente.

Sento sigue ahí.

Y lo sabe.

La charla continúa. Otras personas intervienen. Una mujer habla de casualidades encadenadas. Un chico con gafas menciona a Nietzsche sin venir mucho a cuento. Martina ya no está nerviosa. Está despierta. Activada. Presente.

Se da cuenta de algo incómodo y revelador: no ha pensado ni una sola vez en Germán. Ni en Beth. Ni en el pádel. Está ahí. En ese círculo. En ese momento.

Jaime anuncia un descanso corto.

La gente se levanta. Se estira. Se forman pequeños corros. Martina da un sorbo final a la cerveza.

—Has estado bien —dice una voz a su lado.

Martina tarda un segundo en girarse. No porque no sepa quién es, sino porque quiere ganar tiempo. Sento.

—Eres un imbécil —responde ella, sin levantar la mirada del botellín.

—Eso explica por qué me has gustado —contesta—. Si me hubieras dicho lo contrario, me habría preocupado.

Ella gira la cabeza despacio. Está cerca. Demasiado cerca para alguien con quien hace diez minutos discutía sobre penes delante de desconocidos.

—No me hagas responsable de tus gustos raros.

—Tranquila —dice él—. Ya venían de serie.

Se miran. No es una mirada intensa de película. Es peor. Es esa que se repite varias veces seguidas porque ninguno termina de decidir cuándo dejar de hacerlo.

—Te ha molestado lo que he dicho —añade él.

—Sí.

—Bien.

—¿Bien?

—Si no te hubiera molestado, no estaríamos hablando ahora —dice—. Estarías en tu silla pensando cosas profundas sin decirlas.

Martina resopla.

—No todo lo que molesta merece la pena.

—Pero casi todo lo que merece la pena molesta un poco al principio —replica.

Ella lo observa con más calma. Los tatuajes no parecen una declaración de intenciones. La barba no va de duro. La sonrisa, en cambio, juega.

—¿Es la primera vez que vienes? —pregunta ella.

Sento parpadea, sorprendido.

—Sí. ¿Se nota mucho?

—Un poco —admite—. No pareces del club de los habituales.

—Tú tampoco —dice él—. Los habituales tienen cara de haber decidido ya lo que piensan de la vida. Tú no.

Martina sonríe sin querer.

—He venido… —empieza—. No lo sé muy bien. Creo que apareció un cartel en mi camino y dije… por qué no. Y cuando me he dado cuenta, ya estaba aquí. Supongo que quería comprobar si todavía soy capaz de hacer cosas sin pensarlas demasiado.

—Spoiler —dice él—: lo eres.

—Se ve que sí.

—Entonces, si no hubiera estado el cartel en tu paso no estaríamos aquí. Y no hubieras podido decidir venir porque no lo sabrías.

—Mirándolo así…

Ella lo mira con curiosidad real.

—¿Y por qué has venido tú?

Sento se encoge de hombros.

—Porque llevaba semanas haciendo siempre lo mismo. Y hoy he pensado: o cambias algo, o te conviertes en una anécdota aburrida de ti mismo.

Martina asiente despacio.

Silencio. Cómodo. De esos que no piden relleno.

—Oye —continúa Sento—. ¿Te vienes a cenar conmigo?

Martina levanta una ceja.

—¿Así, sin más?

—Así —responde—. Sin análisis existencial posterior. Sin expectativas raras. Solo comida y conversación.

—No suelo aceptar planes improvisados.

—Yo no suelo proponerlos —dice—. Por eso me estoy cayendo mejor de lo que debería.

Ella se ríe.

—Eres un poco chulo.

—Lo justo para no pedírtelo con miedo —responde—. Pero tranquilo, si me dices que no, sobreviviré.

Martina piensa en su sofá y en lo fácil que sería volver a casa.

Y piensa en lo poco que se parece este momento a su rutina.

—Vale —dice al final—. Pero aviso: no me impresionan los tíos que creen que lo tienen todo claro.

—Perfecto —dice él—. Yo no tengo nada claro. Solo hambre.

Martina coge su bolso.

—Entonces vamos.

Sento se aparta para dejarla pasar.

—Eso sí —añade Sento—. Nada de una cita tipo Tinder de esas en las que nos preguntamos un cuestionario.

—Me parece de lo más sensato que has dicho en toda la tarde.

—Así me gusta. Rara. Que aceptes.

—Oye, idiota, que no me llames así —replica ella.

—Rara no es un insulto, sino todo lo contrario. Somos raros.

Martina niega con la cabeza, sonriendo.

No ha venido «un rato».

Ha venido de verdad.

Y esta vez, sin excusas.

Capítulo 4

El aire cálido de primavera invita a pasear por las calles de la ciudad. El centro histórico tiene su encanto. Calles estrechas, esquinas imposibles, ropa tendida, grafitis originales… Recorrerlo es un placer y, extrañamente, Martina se siente muy cómoda a su lado. Siente que esto lo ha hecho siempre.

Sento anda tranquilo a su lado. De vez en cuando la mira para ponerla nerviosa, y lo consigue. Martina no sabe qué le pasa. Huele bien. Una mezcla de cuero y notas cítricas.

—¿Qué tipo de restaurante te suele gustar? —pregunta ella.

—Meeeeeeeccc —imita un sonido de error en un programa de televisión—. Hemos acordado que no nos vamos a preguntar nada.

—Cierto, tienes razón. La verdad es que estoy harta de las citas sacadas todas del mismo patrón, donde los hombres se creen originales por ir a un roof top. Te propongo yo ahora algo. Entre los dos, vamos a elegir un restaurante que nunca elegiríamos.

—Me gusta la idea, pequitas.

Al llamarla así, su cuerpo le ha mandado señales. No sabe interpretarlas muy bien, pero le gusta. En su cabeza se está librando una batalla. Sento es el típico hombre que nunca elegiría en una aplicación de citas. No lo haría, aunque fuera guapo. Y aquí está. Sabiendo que lo está mirando con una sonrisa de tontorrona que no puede controlar. Ya lo dijo su vecina: tienes que desmontar todas tus creencias.

Descartan un chino demasiado luminoso, un italiano con manteles de cuadros rojos y un indio que huele increíble, pero les resulta sospechosamente vacío.

Caminan unos pasos más y se detienen frente a un restaurante libanés pequeño, con las ventanas empañadas y una carta escrita a mano en la pizarra de fuera.

—¿Qué te parece este? —dice Martina.

Sento lee la pizarra.

—Hummus, falafel, babaganoush… No tengo ni idea de lo que es la mitad.

—Perfecto.

—Me gusta —dice él—. Riesgo gastronómico compartido.

—Exacto. Si sale mal, nos odiamos juntos.

El local es pequeño y acogedor. Hay dos mesas ocupadas y una música suave que no intenta llamar la atención. Se sientan uno frente al otro. Martina deja el bolso a sus pies. Nota esa electricidad en el estómago, como antes de subir a una montaña rusa pequeña pero prometedora.

—Vale —dice ella mientras miran la carta—. Primera pregunta no típica.

—Dispara.

—¿Eres de saltarte las intros de las series?

Sento no responde de inmediato. La mira, serio.

—Esto define a una persona.

—Lo sé.

—No me las salto.

Martina abre los ojos.

—¿Nunca?

—Nunca —afirma—. La intro es imprescindible. Es parte de la serie y si te la saltas, es como quedarte a medias. Y yo no dejo nada a medias. Voy con todo.

Ella sonríe.

—Me caes mejor de lo que esperaba.

—Gracias. Aunque ahora me toca a mí —dice él—. ¿Le quitas el pepinillo a la hamburguesa?

Martina hace una mueca.

—Siempre.

—Red flag —sentencia.

—El pepinillo no pinta nada ahí. Es una traición.

—Es equilibrio ácido —replica—. Como la vida.

—La vida no debería saber a vinagre.

Ríen. Piden varios platos para compartir, sin discutir demasiado. Martina se da cuenta de que no está pensando en si está quedando bien. Está relajada. Y eso es importante.

—Otra —dice él—. ¿Eres capaz de follar con calcetines?

Martina se atraganta con el agua.

—¿Así, sin anestesia?

—Tema importante.

—Sí —responde tras pensarlo—. Y en invierno son imprescindibles.

Sento niega con la cabeza.

—No pasa nada. Conozco un psiquiatra para que te quiten ese problema de la cabeza. Los calcetines son para huir de una casa rápido, no para quedarse.

Ríen.

Se miran. Hay algo en la forma en que lo dice. Martina nota un pequeño vuelco interno. No quiere analizarlo.

—Invierno —continúa ella—. ¿Sábanas frías y pijama o dormir desnudo con sábanas de coralina?

—Desnudo —dice él sin dudar—. La coralina es como un abrazo.

—Exacto —sonríe ella—. La coralina es bien.

Llega la comida. Comparten platos con naturalidad. Él parte el pan y se lo pasa. Sus dedos se rozan un segundo más de lo necesario. Martina lo nota. Y no retira la mano.

—¿Compartes postre? —pregunta ella.

—Siempre.

—Bien. Desconfío de las parejas que no comparten postre.

—Pienso que no durarán mucho.

Siguen comiendo. Hablando. Sin darse cuenta del tiempo.

—Última —dice él—. ¿Tamborileas los dedos cuando estás nerviosa o miras fijamente?

Martina lo piensa.

—Miro fijamente —responde—. Como si así pudiera controlar la situación.

Sento sonríe despacio.

—Lo haces ahora.

Martina se da cuenta. No aparta la mirada.

—¿Y tú?

—Tamborileo —admite—. Aunque ahora no.

—¿Por qué?

—Porque estoy cómodo.

Silencio. De los buenos. Martina se apoya en la silla. Nota algo en el pecho. No es prisa. No es ansiedad. Es curiosidad pura.

—Oye —dice él de pronto—. Luego tengo que ir a trabajar.

Ella levanta una ceja.

—¿A estas horas?

—Sí.

—¿Y a qué te dedicas?

Sento sonríe. Una sonrisa distinta.

—Vale —continua Martina—. Entiendo, pregunta típica.

—Perdería misterio.

—¿Y si no me gusta el misterio?

—Te gusta porque si no, me estarías preguntando de dónde soy, edad, si me gusta tal música. Eso o te habrías ido —responde—. Pero sigues aquí.

Martina se encoge de hombros.

—Sí, me gusta un poco el misterio.

Piden el postre. Lo comparten. Dos cucharas chocan en el plato. Ríen por nada.

—Tengo que irme —dice él al levantarse.

Ella también se pone en pie.

—Vale.

Salen a la calle. El aire es más fresco.

—Me ha gustado cenar contigo —dice Martina.

—A mí también —responde Sento—. Y no lo digo mucho.

Se quedan mirándose. Es la hora de la despedida. Y ahora viene el debate interminable de una primera cita: ¿beso o no beso?

—¿Sabes? —dice él al fin—. Me ha gustado la cita. Y me has gustado tú.

Martina sonríe. Quiere decir algo, pero las palabras se le atascan en algún punto entre el pecho y la garganta.

—Y si esto fuera una cita normal… —continúa Sento— yo ahora te besaría. Entrelazaría los dedos en tu pelo, acercaría tus labios a los míos y nos iríamos cada uno a casa con una sonrisa tonta.

—Em… —consigue decir ella.

—Pero como no queremos que sea una cita normal —añade —, no nos vamos a besar. Vamos a hacer algo mejor.

—¿Mejor…? —repite Martina.

Suele tomar las riendas de su vida, pero ahora se está dejando llevar por un tipo con el que nunca habría tenido una cita si hubiera sido por una aplicación. Y, curiosamente, no le molesta.

—Sí, mejor —dice él—. Vamos a acercar nuestros labios todo lo posible… sin besarnos.

Martina sacude la cabeza y abre los ojos. Se ha puesto más nerviosa de lo normal. Es una mezcla rara de curiosidad y excitación. Asiente. Él también.

Dan un paso adelante. Luego otro. Poco a poco, la distancia entre sus caras se reduce. Martina se da cuenta de algo absurdo y revelador: tiene una motita negra en el iris del ojo derecho. Otro pequeño misterio que no esperaba querer resolver.

El corazón le baila a un ritmo distinto. Como una canción que reconoce sin saber de dónde.

Huele bien. Le gustaría hundir la cara en su cuello, pero se limita a mirar. Mira sus labios entreabiertos. La barba. La pequeña marquita en la comisura de su ojo.

Él pasa con suavidad la yema del pulgar por sus pequitas. Con la otra mano la sostiene por la nuca. La acerca.

No hay roce.

Y, aun así, Martina lo siente más que muchos otros besos.

Cierra los ojos. Nota su aliento muy cerca. Demasiado cerca.

Vuelve a abrirlos. Se miran. Hay algo entre ellos que no sabe nombrar, pero que está ahí, ocupando espacio.

Inspiran al mismo tiempo. Y, tras unos segundos eternos, dan un paso atrás sin soltarse las manos.

—Buenas noches, Martina.

—Buenas noches, idiota.

Sento sonríe y se aleja.

Martina se queda quieta un instante. Luego camina hacia casa.

No ha ido a cenar sin más.

Ha tomado una decisión.
Y esta vez, sin saber a dónde la llevaba.

Capítulo 5

El rockódromo huele a magnesio, goma caliente y ego bien gestionado. Hay música baja, gente colgada de presas imposibles y un murmullo constante de jadeos controlados. Beth se ajusta el arnés con una seguridad que no necesita demostración. Martina, en cambio, pelea con el mosquetón igual que con una pulsera rebelde.

—Esto no entra —dice Martina, frustrada.

—Entra —responde Beth—. Todo entra si no te pones nerviosa.

—Eso no es verdad. Mi vaquero del 2016 no entró nunca más.

Beth se ríe y le quita el mosquetón de las manos.

—Relájate. Esto va de confianza. Y de no pensar demasiado.

—Justo mis dos puntos débiles.

Empiezan a calentar. Martina estira los hombros mirando de reojo a una chica que sube una vía azul como si estuviera en una escalera mecánica, sin esfuerzo, sin drama, sin vida interior aparente.

—Vale —dice Beth—. Cuéntamelo todo.

—¿Todo qué?

—La cita.

Martina sonríe sin darse cuenta. Apoya las manos en las rodillas.

—Estuvo genial.

Beth se detiene. La mira.

—¿Genial bien o genial «voy a fingir que no me importa y luego analizarlo durante tres semanas»?

—Genial bien.

—¡Ahhh! —dice Beth—. Tú… ¡has follado!

—¡No! Qué va… —Martina hace una pausa dramática—. Aunque no me hubiera importado. Pero creo que fue mejor.

—¿Mejor? —Beth frunce el ceño—. Eso es raro en ti.

—Lo sé.

Se sientan en una colchoneta. Beth bebe agua. Martina juega con la cinta del magnesio, la enrolla, la suelta, la vuelve a enrollar.

—¿Qué tal él? Cuenta, cuenta.

—Normal… pero no —responde Martina—. O sea, nada espectacular. Y a la vez, todo fácil. Es del tipo que nunca hubiera imaginado que me gustaría. Tatuajes, camisa abierta casi hasta el ombligo…

—¿Pero no habíamos quedado en que solo iban frikis?

—Pues este tenía un rollete muy… no sé cómo explicarlo.

Beth se frota las manos. Está disfrutando.

—¿Nombre?

—Sento.

Beth frunce el ceño.

—¿Eso es un nombre?

—Eso parece —dice Martina, encogiéndose de hombros.

Martina le cuenta lo de la cita misteriosa, la charla filosófica, la cena improvisada después. Lo cómoda que estuvo. Lo poco que pensó. Beth empieza a dar palmaditas rápidas, como si estuviera animando desde la grada.

La tensión de los músculos, el esfuerzo de sostenerse en la pared, hace que cualquier problema se evapore. Escalar la vacía por dentro. La deja limpia. Como Sento, piensa Martina, y no sabe muy bien por qué.

—¿Y a qué se dedica? —pregunta Beth.

—No lo sé —contesta Martina—. Solo sé que se fue a trabajar.

—De noche… —Beth sonríe—. Todos los que trabajan de noche o son interesantes o tienen problemas.

—Tiene buen cuerpo.

—¿Buen cuerpo tipo «voy al gimnasio» o buen cuerpo tipo «no sé por qué pero me dan ganas de tocarle el brazo»?

—Lo segundo. Está esculpido, pero sin obsesión. Como cuando te apoyas en un pilar: firme, estable. Te fías.

Beth asiente, satisfecha.

—Vale. Hagamos apuestas. ¿A qué crees que se dedica?

—Ni idea.

—Venga. Opciones realistas.

Beth enumera con los dedos.

—Recoge basura.

Martina se ríe.

—Podría ser, pero le veo talento. Y huele muy bien.

Recuerda, sin querer, hundir la cara en su cuello.

—Panadero nocturno —añade Beth—. Si es así, tendrá buena barra de cuarto.

Pone los ojos en blanco. Martina se parte de risa.

—Pan gratis si acabo con él. Eso sí que suma puntos.

—Seguridad de discoteca.

Martina duda.

—Tiene espalda de eso. Pero no la agresividad suficiente para pasarse la noche sospechando de todo el mundo y de mala hostia.

—Eso es justo lo que diría un seguridad bueno —replica Beth.

—¿Camarero, tal vez? Tiene vibra de «me llevo bien con todo el mundo».

—Podría. Ese tipo de gente me inquieta —dice Beth—. No puedes caerle bien a todo el mundo. Si pasa, algo estás haciendo mal.

—Tú me caes mal —dice Martina, dándole un manotazo en el hombro. Le deja la marca de la mano impregnada en magnesio.

—Y tú eres una zorra —responde Beth—, pero me caes bien.

—¿Sabes? Me sonaba de algo. Su cara me resulta familiar.

—¿Antiguo compañero del cole? ¿Alguna noche que te lo tiraras borracha? ¿Algún padre buenorro de tus alumnos?

—No a todo.

—¿Ex famoso? ¿Ex algo?

—No lo sé. Es como… cara conocida sin contexto.

—Eso suele acabar mal o muy bien.

Martina saca el móvil.

—Mira.

Le enseña la foto de perfil de WhatsApp. Sento aparece de medio lado, camiseta negra, luz baja. No sonríe del todo. Fondo indefinido.

—Oye, a mí también me suena —admite Beth—. Pero no sé si es porque está muy bueno y todos los buenorros se parecen, o porque realmente es él. Veamos…

Beth analiza la imagen como si fuera una escena del crimen.

—Vale. Observaciones.

—Adelante.

—No posa. Eso es bueno.

—¿O malo?

—Bueno. Los que posan necesitan validación externa.

—Sigue.

—Camiseta básica, pero le queda bien. Eso indica o buen cuerpo o cero esfuerzo. Ambos peligrosos.

Martina frunce el ceño.

—Bueno, dejemos lo de mi cita misteriosa y cuéntame tú de ese del que me enviaste la foto mordiéndole el culo —dice Martina, a tres metros del suelo y pegada a la pared como una araña—. Porque esa imagen no se me va de la cabeza.

Beth la mira desde abajo, apoyada en la colchoneta, con media sonrisa.

—Mmm… Fue mejor almuerzo que unas bravas… —dice—. Por cierto, tírate de ahí. Vamos a por unas bravas. Que entre recordar el culo y las bravas, me ha entrado hambre.

—Eso está hecho.

Martina se deja caer sin terminar la vía. Ni siquiera lo duda. Escuchar *bravas* y *cerveza* activa algo primario en su cerebro. El rockódromo tiene un bar dentro y, aunque en teoría van a escalar, pasan allí el ochenta por ciento del tiempo. Es su sitio. Donde, semana tras semana, repasan las vidas de cada una con más rigor que cualquier terapia.

Ya sentadas, con las bebidas frías y las bravas humeantes en el centro, Beth carraspea. Se toma su tiempo. Disfruta del momento.

—Pues sí —dice al fin—. Me tiré al del pádel.

—¿Y? —pregunta Martina—. Eres muy escueta para lo que sueles ser tú.

Beth sonríe, ladeando la cabeza.

—Al final vino un tío del centro empresarial donde suelo ir a hacer negocios. Siempre me mira el culo. Y hay veces que, para repasar las cuentas, yo le planto el escote a la altura justa de la cara.

Hace un gesto con la mano, exacto, quirúrgico.

—Hace esfuerzos titánicos por no mirarme las tetas —continúa—. Pero no lo consigue. También te digo: es muy difícil no mirar a estas.

Beth se las mueve con descaro. Un par de chicos jóvenes de la mesa de al lado se quedan perplejos, a medio camino entre el escándalo y la admiración. Beth está encantada con la atención. Martina niega con la cabeza, divertida.

—Eres única.

—Bueno —sigue Beth—, el caso es que le propuse venirse a jugar con nosotras. Quería verlo con ropa de deporte y luego sin ropa. Y como tú fallaste miserablemente y no quisiste venir, pues se quedó de pareja conmigo.

—Qué sorpresa.

—Buscamos otras parejas para competir —dice—. Encontramos un par de chicas, les ganamos… y luego…

Martina la mira, arqueando una ceja.

—Luego le dijiste que se duchara en tu casa porque estaba cerca.

—¡Exacto! —Beth señala con el dedo—. ¿Cómo lo sabías?

—Te conozco.

—Le dije que había hongos en los vestuarios —continúa—. Y zas. A casa. Y ya sabes: buen cuerpo, buena polla y buena follada.

Martina se tapa la cara con la mano.

—Qué bestia que eres, Beth.

—Oh, perdona —dice ella—. ¿He dicho polla? Ay… que te ruborizas.

Los chicos de la mesa de al lado se parten de risa. Beth levanta su cerveza en brindis improvisado. Martina no puede ser más distinta a Beth, pero aun así —o quizá por eso— es y será su mejor amiga.

—Pero oye —añade Beth, bajando un poco el tono—, no es mi tipo.

—¿No? —Martina la mira sorprendida—. ¿Por qué?

Beth se encoge de hombros.

—Porque es más bien el tuyo. No quiere niños, es bastante casero y es demasiado guapo como para ir de flor en flor. Prefiere relaciones estables.

Martina se queda callada un segundo.

—Cuando me lo tiré —continúa Beth— pensé: este encajaría contigo.

—Lo podrías haber pensado antes, zorra.

—Quizá en otra vida —dice Beth— sería la pareja con la que pasarías toda la tuya. Y tú calla, que estás enamorada del filósofo.

—Una cosa es misterio y otra enamorada.

—Ya —dice Beth—. ¿Vas a quedar con él? ¿Tenéis próxima cita?

Martina pincha una patata, la moja despacio en la salsa.

—No hemos quedado en nada, la verdad.

Beth asiente. Ya lo sabía.

—Bueno —dice—. Entonces aún no la has liado.

Se quedan en silencio un momento, comiendo. El bar sigue su ruido normal. La vida sigue.

Martina mira la salsa, el plato casi vacío, y luego a Beth.

No sabe qué va a pasar con Sento.

No sabe si habrá segunda cita.

Pero, por primera vez en mucho tiempo, no siente prisa por averiguarlo.

Y con eso, de momento, le basta.

Capítulo 6

Martina llega al colegio cinco minutos antes de lo habitual y eso, para ella, ya es una alteración del orden natural de las cosas. No una catástrofe, pero sí un pequeño fallo en la maquinaria del mundo. Como cuando te despiertas y notas que algo no encaja del todo, aunque no sepas decir qué.

El edificio está todavía medio en silencio. Un silencio engañoso, porque ella sabe que es solo la calma previa al asalto. En quince minutos habrá mochilas golpeando espinillas, abrigos perdidos, padres acelerados y niños contando historias irrelevantes con una urgencia que roza lo dramático.

Abre la puerta del aula y deja el bolso en su sitio de siempre. El mismo gancho. La misma esquina. La misma organización milimétrica que le permite no pensar demasiado en nada hasta las nueve y cuarto.

Se sirve un café de la máquina de la sala de profesores. Malo. Siempre malo. Pero constante. El café malo tiene algo tranquilizador.

—Buenos días —dice Lara, entrando con su melena perfecta y esa energía de persona que parece haber dormido ocho horas reales.

—Buenos… —contesta Martina—. Hoy he llegado pronto.

—Eso es porque te han cambiado el eje vital —responde Lara, sin mirarla siquiera, mientras se sirve té.

Martina arquea una ceja.

—¿Perdona?

—Te he visto la cara —dice Lara—. Cuando alguien cambia algo, se le nota aquí.

Se señala la frente.

—O aquí —añade, señalándose el pecho.

—O igual es que he dormido bien —replica Martina.

—Claro. Y yo soy astronauta.

Lara le echa un guiño y Martina sonríe sin ganas de entrar en análisis. No le apetece explicar nada. Pero algo de razón puede tener.

Empiezan a llegar los niños. Uno llora porque su padre le ha atado mal la bufanda. Otro porque su mochila «no pesa igual». Otro porque sí.

Martina se agacha, se pone a su altura, reparte sonrisas profesionales y frases calmantes que salen solas, guardadas en algún compartimento automático del cerebro.

Funciona. Siempre funciona.

Durante la mañana, Martina hace lo que mejor sabe hacer: estar. No pensar demasiado. Resolver conflictos pequeños. Limpiar narices. Leer cuentos con voces distintas. Explicar por qué no se puede morder a un compañero «aunque te haya mirado raro».

Es buena en su trabajo. No porque tenga vocación épica, sino porque entiende el caos y no intenta dominarlo del todo. Solo acompañarlo.

A media mañana, mientras los niños dibujan algo que supuestamente es una casa pero parece una explosión controlada, su móvil vibra en el bolsillo del pantalón.

No lo mira.

Vuelve a vibrar.

Tampoco.

A la tercera vibración, suspira. Mira alrededor. Los niños están entretenidos. Saca el móvil disimuladamente.

Sento.

Sento:

¿Sigues viva?

Martina sonríe antes de poder evitarlo. Y eso la molesta un poco. No por él, sino por la rapidez con la que su cuerpo reacciona.

Martina:

De momento sigo con todas las extremidades. Es un buen día.

Sento:

Eso suena a optimismo moderado. Me gusta.

Martina guarda el móvil. Se concentra. Pero algo ha cambiado. No mucho. Lo justo. Como cuando se mueve una pieza

mínima y el sistema entero tiene que reajustarse sin que nadie se dé cuenta.

El resto de la mañana pasa sin sobresaltos. Germán aparece, con su pantalón de pinzas y camisa azul que le queda como un guante, a recoger a su hijo, puntual, educado, correcto. Hablan de una ficha que no ha llegado. De una excursión futura. De cosas normales.

Martina se da cuenta, con cierta sorpresa, de que no piensa en él en absoluto cuando se va. No hay evaluación posterior. No hay «qué hubiera pasado si…».

Solo normalidad.

Y la normalidad, hoy, le parece insuficiente.

Sale del colegio con esa sensación rara de día bien cumplido pero cabeza inquieta.

Se pregunta, por enésima vez, en qué momento decidió que la estabilidad era lo más importante. No recuerda haberlo firmado en ningún sitio. Simplemente pasó. Como pasan casi todas las cosas grandes. ¿Y si está equivocada?

En casa se quita los zapatos, deja el bolso en el sofá y se queda de pie unos segundos, sin hacer nada. Es un gesto nuevo. Antes, su cuerpo habría ido directo a la cocina, al móvil, a una tarea.

Ahora se queda ahí.

El móvil vibra.

Sento:

¿Qué tal el destino? ¿Hoy has tomado una mínima decisión que haya cambiado el rumbo del universo?

Martina sonríe automáticamente.

Martina:

Como dijiste, no soy dueña de mis actos. He sido una esclava del sueño que tenía y el universo me ha obligado a tomarme un café.

Sento:

Ves, te gusta el café y no te lo he preguntado. Este goteo de información me pone más cachondo.

Martina:

Cachondo por información. Eso me da a mí información también. Entonces, con el telediario te excitarás mucho, ¿no?

Sento:

No, solo me pasa contigo.

A Martina le empiezan a sudar las manos. Sonrisa sostenida, movimientos rápidos y no apartar la vista de la pantalla: coqueteo. Se le ha ocurrido una idea para volver con él. Es un poco arriesgada, pero cree que va con Sento.

Sento no dice nada más.

Martina:

Oye, se me ha ocurrido que podemos tener otra cita.

Sento:

Ah, vale. Que quieres otra cita y piensas que yo también quiero.

Martina:

Obvio.

Sento:

Obvio. Shoot.

Martina:

El otro día vi que te pediste una copa de vino, pero que no tenías ni idea de qué botella pedías.

Sento:

¿Tanto se notó?, ¿eres de esas que hueles la copa y dices cosas como taninos y barrica?

Martina:

Qué va. Yo tampoco tengo ni idea. Lo sé porque haces lo que yo, te dejas aconsejar. Y, lo que te iba a proponer es que vayamos a una cata de vinos y nos hagamos los entendidos.

Sento tarda en contestar. Supone que habrá pensado que es una idea muy absurda.

Deja el móvil boca abajo. Va a la cocina. Abre la nevera. La cierra. Se sirve agua. Da un sorbo. Apoya la espalda en la encimera.

Sento:

¡Es la mejor propuesta de cita que me han hecho en mi vida! En serio.

Martina:

¡A que sí! Estoy harta de los cafés de especialidad, de las cervezas y demás citas sacadas de un manual. ¿Puedes mañana a

las siete de la tarde?

Sento:

Hecho, baby ☺

Y ahí vuelve a aparecer. El pensamiento.

No entra de golpe. Se cuela despacio, como hacen los pensamientos importantes.

No sabe a qué se dedica.

Hasta ahora no le ha importado. O eso cree. Pero no es del todo cierto. No es curiosidad superficial. No es cotilleo. Es otra cosa.

Martina necesita coherencia. Saber dónde pisa. No por controlar al otro, sino para situarse ella.

Se sienta en el sofá. Coge el móvil. Escribe. Borra. Vuelve a escribir.

Martina:

Oye, hay algo que me ronda la cabeza.

Ve los tres puntitos aparecer casi al instante.

Sento:

Dispara.

Martina traga saliva. No dramatiza. No da rodeos.

Martina:

A qué te dedicas.

Silencio.

Los tres puntitos desaparecen.

Vuelven.

Desaparecen otra vez.

Martina deja el móvil sobre la mesa y se obliga a no mirarlo durante diez segundos. Cuenta mentalmente. Ocho. Nueve. Diez.

Cuando lo coge de nuevo, hay un mensaje.

Sento:

Eso no se responde bien por WhatsApp.

Martina frunce el ceño.

Martina:

No es una pregunta trampa.

Sento:

Lo sé.

Martina:
Entonces…
Sento:
Te lo enseño.
Martina parpadea.
Martina:
¿Ahora?
Sento:
Cuando quieras, bueno cuando trabaje. Pero con una condición.
Martina siente ese pequeño vuelco en el estómago que ya empieza a reconocer.
Martina:
Dime.
Sento:
Primero voy a tu trabajo. Luego tú vienes al mío.
Martina se queda quieta. No responde al momento. Mira su casa. El sofá. Las plantas. Todo en su sitio.
No es una propuesta peligrosa. No es extrema. Pero es… directa. Y eso descoloca más que cualquier exceso. Tampoco puede enseñarle mucho más que los monitos saltando y mordiéndose unos a otros. Aunque su trabajo es parte de ella. Teme que, cuando el misterio se resuelva, él vaya a decepcionarse al ver cómo es su mundo.
Martina:
Vale.
Los tres puntitos aparecen casi de inmediato.
Sento:
Pásame la dirección.
Martina duda un segundo. Solo uno. Luego escribe.
Martina:
C/ Alcalde Moliner, 23 . A las 13:30.
Sento:
Perfecto.
El mensaje siguiente llega sin previo aviso.
Sento:
Voy en moto. Te recojo allí.

Martina:

Vale.

Apoya el móvil en la mesa. Se pasa una mano por la cara. Suspira.

No sabe qué espera encontrar.

Solo sabe que ha cruzado una línea pequeña. De esas que parecen irrelevantes hasta que ya estás al otro lado.

Y, sin darse cuenta, sonríe.

Porque hoy, otra vez, la normalidad ha perdido un poco de terreno.

Capítulo 7

Entonces suena la campana y los niños comienzan a alterarse un poco más de la cuenta. Los padres ya empiezan a agolparse en la puerta para recoger a sus pupilos. El volumen del aula sube tres decibelios por segundo. Una mochila vuela. Alguien pierde un zapato. Otro decide que es el momento perfecto para contar una historia larguísima sobre un dinosaurio que se llamaba igual que su abuelo.

Martina intenta mantener la compostura. Mantener la camiseta blanca intacta es casi un deporte olímpico. Esquiva un abrazo con restos de tomate seco. Se agacha para limpiar una nariz sospechosamente brillante sin que la manga roce nada. Da órdenes suaves pero firmes. Sonríe con profesionalidad. Hoy no va a ser derrotada por un zumo de melocotón.

Mientras tanto, su cerebro está fuera del aula.

Se imagina a Sento apoyado en la moto, mirando el reloj. O mirando la puerta. O mirando a las madres. No, eso no. Bueno… quizá sí. No lo sabe. Y no quiere saberlo.

Cris, su compañera, se acerca. Martina le ha contado que ha quedado con Sento. Al final, con el día a día, con las confidencias rápidas entre corrección de cuadernos y cafés aguados, se crea una confianza casi quirúrgica.

—Vete ya, yo me quedo un ratito más y hago la salida de los niños.

—¿Seguro?

—Seguro. Además, necesito cotilleo mañana a primera hora.

Martina sonríe. De esas sonrisas que mezclan gratitud y nerviosismo.

Pero un brazo la agarra.

No fuerte. No invasivo. Solo lo suficiente para detenerla.

—Vengo a recoger a esta —dice Sento, sosteniendo a Martina de la mano.

Ella se gira abriendo los ojos más de lo normal. El corazón le pega un pequeño salto, como si hubiera tropezado con algo invisible.

—No, no sabía que estabas aquí…

—He llegado un poco antes y quería saber un poco de ti y he preguntado.

Lo dice con naturalidad. Como si presentarse en su trabajo fuera lo más lógico del mundo. Un pequeño terremoto interno para ella.

Viste una camiseta negra ajustada, dejando ver los tatuajes que suben por el antebrazo y desaparecen bajo la manga. El contraste con el entorno es casi cómico: dibujos de mariposas en la pared, mochilas con unicornios y él, ahí, como si se hubiera equivocado de escenario.

—¿Vamos? —pregunta Sento, aún sosteniéndole la mano.

Martina tarda medio segundo más de lo habitual en reaccionar. Nota el calor de su palma. Nota también que varias miradas se han girado. Padres. Madres. Una señora que siempre opina de todo. Incluso el padre de Teo, que parece que observa con interés académico.

Se gira para mirar a Cris y, sin que le vea él, hace un círculo con los dedos y se lo besa. Martina lee en los labios «de rechupete». Cris exagera el gesto y mueve las cejas arriba y abajo como si estuviera viendo el tráiler de una película que promete.

Cuando se gira Sento, Cris dice:

—Claro, no os preocupéis —y guiña un ojo.

Martina siente que acaba de mezclar dos mundos que hasta ahora estaban perfectamente separados. La jaula de los monos y la moto negra. La camiseta blanca y los tatuajes. La versión responsable y la versión que no mira el reloj cada tres minutos.

Lara aparece por el pasillo con su melena perfecta y su sonrisa de anuncio de pasta de dientes.

—¡Martina! —saluda con naturalidad. Y entonces mira a Sento—. Ah, hola.

Martina se queda quieta un segundo.

—¿Os conocéis? —pregunta, con una mezcla de sorpresa y ligera sospecha.

—Bueno… —dice Lara, divertida—. Ha estado preguntando por ti.

Martina gira la cabeza despacio hacia él.

—¿Perdón?

Sento se encoge de hombros, sin rastro de culpa.

—He llegado con tiempo. Me he perdido un poco entre dibujos de mariposas y carteles de normas de convivencia y he preguntado por la profe Martina.

—Y nos ha caído bien —añade Lara.

—Me han contado cositas, Martina.

—¿Qué cositas?

—Que eres muy buena profe —dice con tono inocente—. Y que una vez organizaste una excursión alternativa porque el autobús se retrasó y acabaste montando una gymkana improvisada con señales de tráfico.

Sento la mira con una sonrisa que empieza en la comisura y sube despacio.

—Eso suena a que eres un poco alocada.

—Eso suena a que el conductor era un desastre y yo no iba a dejar a veintinueve niños mirando una valla durante cuarenta minutos —responde ella, cruzándose de brazos.

—También me han dicho que una vez hiciste que un padre dejara de quejarse solo mirándolo en silencio durante veinte segundos.

Martina abre la boca.

—Eso es mentira.

—Dicen que fue aterrador —remata Lara.

Sento asiente, impresionado.

—Me gusta. Mirada asesina docente.

Martina siente cómo se le sube el calor a las mejillas. No le molesta que haya preguntado por ella. Le molesta que le guste que lo haya hecho.

—Bueno, yo me voy —dice Lara—. Que lo paséis bien. Y tráemela viva.

—Lo intentaré —contesta Sento.

Martina le da un codazo suave en las costillas cuando Lara se aleja.

—No hacía falta el estudio sociológico previo.

—Me gusta saber con quién me junto —responde él—. Además, necesitaba confirmar que no eras una psicópata.

—Y el veredicto es…

—Que eres peligrosa, pero en el buen sentido.

Salen del colegio. El aire de la tarde es más suave. Martina se sube a la moto con menos duda que antes. Esta vez no se pregunta dónde poner las manos. Simplemente se agarra a su cintura, firme.

Antes de arrancar, él gira ligeramente la cabeza.

—Oye.

—¿Qué?

—La cata es en un par de horas.

—Sí.

—He cogido un par de bocadillos. Por si te apetecía comer algo antes.

Martina parpadea.

—¿Has cogido bocadillos?

—Sí. No sabía si habías comido.

No ha comido. Entre plastilina, mocos y su reloj, no ha tenido tiempo.

—Me parece un plan fantástico —dice, sin intentar parecer menos entusiasmada de lo que está.

Sento arranca.

La ciudad va quedando atrás mientras suben por una carretera estrecha que serpentea hacia la montaña. Martina nota cómo cambia el aire. Más fresco. Más limpio. La vibración de la moto le recorre el cuerpo y, por primera vez en mucho tiempo, no está pensando en lo que vendrá después.

Solo en ese momento.

Se detienen en un mirador. El tipo de sitio al que uno iba con quince años, con una mochila y demasiadas ganas de sentir algo grande. Martina se baja y se quita el casco. El pelo se le alborota aún más. No le importa.

Las vistas son amplias, abiertas. Desde allí se ve el castillo de San Borneo recortado contra el cielo, con sus torres inventadas que parecen demasiado perfectas para ser reales. Más abajo, la playa se

extiende como una línea clara y el sol se refleja en el agua con destellos que obligan a entrecerrar los ojos.

—Guau —murmura ella.

Sento saca los bocadillos de una mochila pequeña.

—Jamón o tortilla.

—Tortilla —responde sin dudar.

Se sientan en el borde del mirador, sin tocarse del todo, pero lo suficientemente cerca como para sentir el calor del otro. Martina da el primer mordisco. Sabe mejor de lo que debería. Quizá porque tiene hambre. Quizá porque el plan no estaba en su agenda.

—¿Sabes? —dice él, mirando al horizonte—. Me han dicho que eres un poco rara.

—Qué sorpresa.

—Que haces cosas que nadie espera.

—Eso depende de quién espere.

—Que a veces pareces muy racional y, de repente, cambias todo sobre la marcha.

Martina mastica despacio.

—Eso es adaptabilidad.

—Eso es interesante —corrige él.

Silencio.

El viento mueve ligeramente su camiseta blanca. Sento la mira un segundo más de lo prudente.

—¿Te gusta hacer planes así? —pregunta él.

—¿Cuáles?

—De los que parecen de quince años.

Martina sonríe.

—Creo que necesitaba recordar cómo se sentía eso.

—¿El qué?

Ella se encoge de hombros.

—No pensar en consecuencias. Solo estar. Sentir mariposas por algo simple. Un mirador. Un bocadillo. Una moto.

Sento la observa con una atención que no pesa.

—Te pega más de lo que crees.

—¿El qué?

—Ser alocada.

Martina lo mira fijamente.

—No soy alocada.

—Te has subido a una moto con un tipo al que conoces de dos días y has venido a una montaña sin preguntar a dónde íbamos.

Ella abre la boca para replicar. La cierra.

—Punto para ti.

Él sonríe. No con chulería. Con complicidad.

—Además —añade—, me gusta que no intentes parecer otra cosa.

—¿Qué otra cosa?

—Más tranquila. Más correcta. Más… de manual.

Martina siente algo en el pecho. No incómodo. Solo intenso.

El sol sigue bajando, tiñendo el castillo de San Borneo de un tono dorado. La playa brilla al fondo. Durante unos segundos no hablan.

Y ese silencio no es vacío.

Es algo más.

Martina está cómoda solo escuchando el rumor lejano de las olas rompiendo en el acantilado. El sonido sube amortiguado hasta el mirador, constante, como una respiración profunda que acompasa el momento. Está sentada al estilo indio, descalzándose de las botas cowboy para sentir el suelo bajo los pies. A su lado, Sento se apoya en las palmas de las manos, las piernas estiradas, el torso ligeramente inclinado hacia atrás. Relajado. Seguro. Como si el mundo no tuviera prisa.

Ella lo observa sin disimulo.

Entrecierra los ojos cuando mira al infinito, como si calibrara la luz. La mandíbula marcada. La línea del cuello perdiéndose bajo la camiseta negra. El viento le mueve apenas el pelo. Martina siente una calma rara. Lo acaba de conocer y, sin embargo, hay algo familiar en la escena. Como si esto lo hubieran hecho otras veces. En otro verano. En otra vida.

Complicidad.

No están hablando. No hace falta.

Él se gira despacio. No de golpe. Como si ya supiera que ella lo está mirando. Sus ojos recorren su rostro sin prisa. La frente. Las

mejillas. Las pequitas. Se detiene en sus labios.

Martina lo nota.

Y, sin saber muy bien por qué, se los humedece con la punta de la lengua. Un gesto pequeño. Involuntario. Pero cargado.

El aire entre ellos cambia.

Sento se incorpora ligeramente. Apoya una mano detrás de ella para acercarse sin invadirla de golpe. Martina no se aparta. Lo mira. El corazón empieza a latirle más fuerte, pero no por miedo. Es anticipación pura.

Él se acerca con lentitud. La distancia se reduce centímetro a centímetro. Martina puede notar su respiración mezclándose con la suya. El olor a cuero, a algo limpio, a piel caliente bajo el sol.

Y la besa.

No es un roce tímido. Es un beso decidido. Cálido. Firme. Seguro de sí mismo. Sus labios se ajustan a los de ella como si no hubiera otra opción posible. Martina siente cómo algo casi eléctrico le recorre la espalda, baja por los brazos y se instala en el estómago.

Él la sostiene por la espalda, la mano abierta, fuerte. No aprieta. Pero está ahí. Presente.

Ella se acerca más. Sin pensar. El cuerpo decide antes que la cabeza. Se inclina hacia él, rompe el pequeño espacio que quedaba entre sus caderas. El calor empieza a subirle por el cuello, por el pecho, por todo el cuerpo. Es una sensación limpia, intensa.

Posa la mano sobre su pecho.

Está duro. Compacto. Como una roca templada por el sol. Siente la firmeza bajo la tela de la camiseta. Su respiración se acelera. Nota cómo él también respira más hondo.

Sin dejar de besarlo, desliza la mano por debajo de la camiseta. La piel es cálida. Suave y tensa a la vez. Recorre con los dedos la línea de su abdomen, el relieve de los músculos. No piensa.

Solo siente.

Y le gusta lo que siente.

Los besos se vuelven más profundos. Más lentos. Más cargados. Martina no recuerda ninguno tan… presente. Tan real. No hay ruido mental. No hay análisis. No hay futuro. Solo ese instante comprimido.

Sento hace lo mismo. Su mano baja por su espalda, siguiendo la curva natural hasta la cintura. La atrae con más decisión. Martina se estremece. Siente su pulso en la garganta. Él le muerde suavemente el labio inferior. Un gesto pequeño que le arranca un suspiro que no tenía previsto soltar.

Si pensara, se detendría.

Si analizara, mediría consecuencias.

Pero no piensa.

El mundo se reduce a piel, al sol bajando despacio, al sonido lejano del mar.

Y entonces, el ruido de una moto rompe la burbuja.

Se separan apenas unos centímetros. Aún pegados. Aún respirándose.

Se miran.

Y se ríen.

Una pareja joven aparca unos metros más allá. Ellos sí que tienen quince años. Ríen alto, se empujan, exageran gestos. Todo es torpe y urgente.

Martina los observa un segundo y luego vuelve la mirada a Sento.

Sí que es como cuando tenía quince años.

Pero mejor.

Porque ahora sabe lo que está haciendo.

Y, aun así, decide hacerlo.

Capítulo 8

Las bodegas Herveser están situadas en un valle a las afueras de la ciudad. Han sido apenas treinta minutos de camino, pero para Martina han sido suficientes para que su cabeza empiece a trabajar a destiempo.

Mal por pensar.

Bien por sentir.

El viento le daba en la cara, el cuerpo de él era firme delante y el mundo se reducía a curvas y asfalto. Pero ahora, mientras descienden por la carretera que serpentea hacia el valle, su mente empieza a hacer lo que mejor sabe hacer: cuestionarlo todo.

Está sintiendo cosas por alguien que acaba de conocer.

Eso es un hecho.

No sabe a qué se dedica. No sabe dónde vive. No sabe si es ordenado o caótico, si deja los platos en el fregadero o si dobla las camisetas con precisión militar. No sabe nada. Y, sin embargo, su cuerpo ya ha tomado partido.

Su cabeza le recuerda algo importante: es el prototipo de chico con el que nunca saldría. Tatuajes. Camisa abierta. Seguridad tranquila.

Su vecina Angelita le dijo hace poco que se cuestionara sus propias convicciones. Que muchas veces lo que creemos que «no es para nosotros» es solo miedo disfrazado de criterio.

Piensa en el destino.

Si ese día no hubiera decidido ir andando al colegio…

Si no se hubiera parado frente a aquel cartel torcido en la farola…

Si no hubiera entrado al grupo de filosofía por pura curiosidad…

Si no hubiera levantado la mano…

Si él no hubiera hablado de ovulación delante de sesenta personas…

No lo habría conocido.

La idea le recorre la espalda como una corriente suave.

¿Destino? ¿O una cadena absurda de pequeñas decisiones?

La moto gira por un camino de tierra compacta y, de pronto, el paisaje se abre. El valle aparece amplio, verde, salpicado de hileras perfectas de viñedos que se pierden en la distancia. En el centro, las bodegas Herveser se levantan como una estructura casi escultórica: hierro oxidado, líneas limpias, grandes cristaleras que reflejan el cielo del atardecer.

Es bonito. Más de lo que esperaba.

Se bajan de la moto y Martina nota algo inmediato: la gente está más arreglada que ellos. Vestidos vaporosos. Camisas de lino perfectamente planchadas. Zapatos que claramente no han tocado polvo.

Ella lleva camiseta blanca, vaqueros y botas cowboy ligeramente marcadas por el mirador. Sento camiseta negra y vaqueros.

Se miran un segundo.

—Somos los rebeldes de la moscatel —dice él en voz baja.

—Claramente venimos de pisar uvas con los pies —responde ella.

Se acercan caminando entre las filas de viñas. El sol ya está bajando y tiñe todo de un tono dorado que parece exageradamente cinematográfico.

En la entrada, un hombre con americana clara y sonrisa profesional les da la bienvenida.

—Buenas tardes, bienvenidos a Herveser.

Sento asiente con una seguridad que Martina reconoce como fingida, pero eficaz.

—Buenas tardes. ¿La uva es moscatel, verdad? Este año las lluvias han sido generosas.

Martina contiene la risa.

El hombre parpadea apenas un segundo.

—Sí… bueno… tenemos varias variedades, pero efectivamente la moscatel ha tenido una campaña interesante.

Sento asiente con aplomo de vitivinicultor veterano.

—Se nota en la textura del aire —añade Martina con solemnidad ridícula.

El hombre sonríe, quizá pensando que son entendidos excéntricos. O quizá simplemente demasiado seguros para cuestionarlos.

Entran.

El interior es una mezcla perfecta entre lo moderno y lo rústico. Hierro oxidado, madera oscura, barricas alineadas como soldados elegantes. Una mesa larga con copas perfectamente colocadas. Luz cálida. Murmullo contenido.

Se miran de nuevo.

Hay una sonrisa cómplice que ya no necesitan disimular.

No tienen ni idea de lo que están haciendo.

Y eso lo hace aún más divertido.

La cata comienza con una explicación pausada sobre el terreno, el clima, la tradición familiar. Martina escucha con atención intermitente. Sento inclina ligeramente la cabeza, serio, concentrado.

Cuando sirven el primer vino, ambos levantan la copa con una lentitud casi teatral.

Observan el color contra la luz.

—Tonalidad ámbar con reflejos dorados —dice Sento en un susurro apenas audible para ella.

Martina casi se atraganta.

—Claramente una lágrima persistente —añade ella, moviendo la copa con gesto experto.

La mujer que está a su derecha gira la cabeza y asiente.

—Sí, sí, la lágrima es muy marcada.

Martina y Sento intercambian una mirada fugaz.

Se contienen.

Huelen el vino.

—Notas afrutadas… —dice él.

—Con un fondo ligeramente especiado —completa ella.

Un hombre al otro lado de la mesa repite:

—Eso mismo estaba pensando. Especiado.

Martina siente que se le escapa la risa por dentro. Se muerde el labio para no soltarla.

Dan el primer sorbo.

Sabe a vino.

Pero no lo dicen.

—Tiene estructura —murmura Sento.

—Buena acidez —responde Martina.

Un par de asistentes asienten con convicción renovada.

Empiezan a darse cuenta de algo: muchos están repitiendo palabras. Nadie quiere parecer que no entiende. Nadie quiere ser el que diga «pues sabe a vino y ya».

Y ellos, que no tienen ni idea, están liderando sin querer la conversación.

La segunda copa llega. Esta vez un blanco más ligero.

—Este tiene más frescura —dice Martina, girándose ligeramente hacia el grupo.

—Más mineral —añade Sento, muy serio.

La palabra «mineral» se propaga como una ola discreta.

—Sí, sí, muy mineral.

Ella baja la mirada para evitar reírse.

Siente el brazo de Sento rozando el suyo. El calor leve de la piel a través de la tela. No es un contacto intencionado. O quizá sí. No lo sabe. Pero se queda.

La conversación en la mesa empieza a girar en torno a ellos. Les preguntan qué opinan del equilibrio. Del retrogusto. Del final en boca.

Sento improvisa con una naturalidad inquietante.

—El final es largo, pero elegante.

Martina añade:

—No empalaga. Eso es importante.

Un señor mayor los mira con respeto casi académico.

—Se nota que entendéis.

Se miran.

Si supieran.

Ella siente una mezcla deliciosa de complicidad y juego. No están engañando a nadie. Solo están participando del teatro colectivo.

Entre copa y copa, sus manos se rozan. No se apartan rápido. Se quedan un segundo más de lo socialmente neutro.

Martina nota cómo la cabeza vuelve a intentar intervenir.

Esto es absurdo.

No sabes nada de él.

Podría ser un desastre.

Pero luego lo mira mientras explica, con total seguridad inventada, que el suelo calcáreo influye en la personalidad del vino.

Y le entra la risa.

Y el deseo.

Y algo más profundo que no sabe nombrar.

Piensa en el destino otra vez.

No como algo místico.

Sino como una serie de elecciones pequeñas que, sin que te des cuenta, te colocan exactamente donde necesitas estar.

Ahora mismo está en un viñedo, fingiendo saber de enología, con un hombre al que jamás habría elegido… y que, sin embargo, ha elegido.

Y eso le da más vértigo que cualquier curva en moto.

La tercera copa les encuentra ya sueltos. Más relajados. Más cerca.

El sol se cuela por las cristaleras, tiñendo el hierro oxidado de tonos rojizos. Martina siente el calor del vino en el cuerpo y la presencia de Sento a su lado como una línea continua, estable.

No sabe qué va a pasar después.

No sabe si mañana seguirá sintiendo lo mismo.

Pero ahora, mientras él le susurra al oído que claramente este vino tiene «personalidad rebelde», y una mujer a su izquierda asiente convencida, Martina se da cuenta de algo sencillo:

A veces no hace falta entender nada.

A veces basta con estar.

Y esta vez, no quiere analizarlo.

Solo quiere vivirlo.

La cata termina con una mesa larga llena de tablas de queso. Queso curado, queso blando, uno azul que parece peligroso. El ambiente se ha relajado. Las copas ya no se huelen con una ceja más alta, se beben. La gente ríe más alto. Las posturas se inclinan unas hacia otras.

Martina y Sento se encuentran compartiendo mesa con dos parejas. Una de ellas lleva años viniendo a Herveser. La otra celebra aniversario.

—¿Y vosotros? —pregunta una mujer de vestido verde botella —. ¿Cómo os conocisteis?

Martina y Sento se miran.

Una milésima de segundo.

Y ahí nace el plan.

—En un intercambio de parejas —dice Sento con absoluta serenidad, cortando un trozo de queso con la calma de quien comenta el tiempo.

Silencio.

La mujer del vestido verde parpadea.

—¿Perdón?

Martina no duda.

—Fue muy espiritual —añade, muy seria—. Con velas. Y una charla previa sobre límites y energías.

El hombre del aniversario se atraganta con el vino.

—¿Es broma?

Sento se inclina ligeramente hacia adelante.

—No solemos hablar mucho de ello —dice en tono confidencial—. Pero fue bonito. Muy consciente.

Martina asiente con solemnidad fingida.

—Él estaba con otra pareja. Yo también. Y de pronto coincidimos en la cocina, mientras buscábamos hielo.

—El hielo une mucho —remata Sento.

Una de las mujeres se queda mirando sus copas como si el vino hubiera subido demasiado rápido.

—¿Y desde entonces…?

—Desde entonces nada volvió a ser igual —dice Martina, mirando a Sento con una intensidad tan exagerada que roza el teatro.

Pero lo curioso es que, bajo la broma, hay algo real. Una electricidad leve.

—Decidimos dejarlo todo —continúa Sento—. Las otras parejas. El hielo.

—Sobre todo el hielo —añade ella.

Las otras parejas no saben si reír o cambiar de tema. Finalmente, uno de los hombres suelta una carcajada nerviosa.

—Sois… distintos.

—Eso nos dicen —responde Martina.

Siguen inventando pequeñas anécdotas absurdas: que hicieron un pacto de no mentirse nunca salvo en cenas sociales, que viajan cada año a un retiro donde nadie usa el móvil, que una vez discutieron por quién tenía más «energía dominante» y acabaron jugando a piedra, papel o tijera.

Algunos los miran con fascinación. Otros con duda. Pero nadie se atreve a cuestionarlos del todo.

Cuando se levantan para irse, Martina siente el cosquilleo en el estómago. No solo por el vino. Por la complicidad. Por el juego compartido.

Al salir al exterior, el aire de la noche es fresco. El viñedo parece más silencioso, casi íntimo.

Sento se detiene junto a la moto.

—No puedo conducir así.

Martina lo mira.

—¿Así cómo?

—Con dos copas de más y demasiadas ganas de besarte.

Ella siente que la temperatura sube un grado más.

—Mañana trabajo —dice, como si eso fuera un argumento sólido.

—Te llevo —responde él sin dudar—. Yo trabajo el viernes por la noche. Hasta entonces soy oficialmente libre.

Martina cruza los brazos, pero no para protegerse. Para ganar tiempo.

—¿Y después?

—Después me voy fuera el fin de semana. Trabajo fuera. Vente conmigo.

La propuesta queda suspendida entre ellos.

No como una presión.

Como una posibilidad.

Ella lo mira. No hay ironía en sus ojos ahora. Solo una claridad tranquila. No sabe de qué trabaja. Descarta el camión de la basura. Huele demasiado bien para ser eso. Pero le intriga más.

—Una noche —dice Martina.

Él asiente.

—Una noche.

El hotel está a pocos metros de las bodegas. Una construcción baja, integrada en el paisaje, con luces cálidas en las ventanas. En la recepción sonríen con discreción. No preguntan demasiado.

Suben en ascensor sin hablar. El silencio ahora es distinto. Más denso. Más consciente.

En la habitación, una ventana amplia deja ver las hileras de viñas bajo la luna. La cama es grande. Blanca. Demasiado perfecta.

Se quedan de pie unos segundos.

Martina deja las botas en el suelo. Sento se quita la chaqueta.

No hay prisa.

Bajan a cenar algo ligero en el restaurante del hotel. Comparten un plato de verduras asadas y otro de carne al punto. Hablan más bajo que antes. Se miran más.

La tensión no es incómoda. Es anticipada.

Cuando vuelven a la habitación, el aire parece haber cambiado. O quizá son ellos.

Martina se acerca a la ventana. Mira el valle iluminado apenas por la luna. Siente que está en una escena que no estaba en su agenda.

Sento se acerca por detrás.

No la toca de inmediato.

Solo se queda cerca.

—¿Te arrepientes? —pregunta él en voz baja.

Ella niega despacio.

—No.

Se gira.

Lo besa primero esta vez.

Es profundo. Más lento que en el mirador. Más consciente. Las manos de él recorren su espalda con firmeza suave. Las de ella buscan el borde de su camiseta.

Se deshacen de la ropa como quien se deshace de una capa innecesaria. No hay torpeza. Tampoco prisa. Cada prenda que cae es una pequeña confirmación de que sí, de que quieren, de que están eligiendo esto.

Cuando Sento se queda en ropa interior, Martina se permite mirarlo de verdad. Hasta ahora lo había mirado a ratos, a escondidas, con esa culpa absurda de quien teme que le pillen deseando. Ahora no. Lo mira fijo. El pecho, los hombros, la línea que baja por el abdomen y se pierde bajo la tela. La forma en que respira un poco más hondo de lo normal.

—¿Qué? —murmura él, medio sonriendo.

—Nada. Que estás muy bueno.

Sento suelta una risa baja.

—Tú también. Llevo toda la cena pensándolo.

—Mentira.

—Te lo juro.

La acerca despacio. La besa otra vez, ahora más hondo, y Martina nota cómo el calor se le instala en el vientre con una claridad que ya no disimula. Él la guía hasta la cama. No la tumba de golpe: la acompaña. Una mano en la espalda, otra en la cintura, como si temiera que el mundo pudiera inclinarse si la suelta.

Se miran un segundo.

Ese segundo importa.

Es el instante en el que podrían parar. En el que podrían reírse y decir «qué estamos haciendo». Pero no lo hacen. En sus ojos no hay duda. Hay deseo. Y algo más. Una especie de acuerdo silencioso.

Él baja la boca por su cuello. Martina inclina la cabeza hacia atrás sin pensar, dejando que la recorra. La lengua dibuja caminos lentos que le arrancan un suspiro que no tenía previsto soltar. Baja más. El borde de la clavícula. Entre los pechos. Le suelta el sujetador con una mano y Martina se ríe sin querer.

—Qué virguería.

—Años de práctica.

—Eso no lo cuentes.

—Pues no preguntes.

Él le muerde suavemente un pezón y Martina se queda sin palabras de golpe. Ya no se ríe. Inspira con los dientes apretados. Él lo nota. Se queda ahí un rato más, jugando despacio, y Martina siente cómo el calor le baja del pecho al vientre, y del vientre a las piernas, y a algún sitio más concreto que le hace apretar los muslos sin darse cuenta.

Sento sigue bajando.

Le besa las costillas. El estómago. La cadera. Se detiene en el borde de la ropa interior y levanta la vista.

—¿Puedo?

Martina asiente sin fiarse de su propia voz.

Él tira de la tela con los dientes, despacio, sin apartar los ojos de los suyos, y eso solo ya es demasiado. Martina cierra los ojos un segundo, abre la boca para decir algo, y cuando lo siente ahí —la lengua, cálida, exacta— lo único que le sale es un *joder* bajo que ni ella misma sabía que tenía dentro.

Sento va con calma. Eso es lo peor. O lo mejor. Martina ya no sabe. La sostiene por las caderas con una mano firme, como asegurándose de que no va a apartarse, y con la otra le acaricia el muslo sin dejar de moverse. Cada pasada lenta, calculada, como si estuviera aprendiéndose un mapa nuevo y no pensara hacerlo rápido.

Ella hunde los dedos en su pelo. No para guiarlo. Para sostenerse.

—Sento…

—Dime.

—No puedo…

—Sí puedes.

Y sigue.

Cuando nota que ella se tensa, baja el ritmo. Cuando se relaja, vuelve. Lo hace tres o cuatro veces, y Martina entiende con una claridad rarísima que lo está haciendo aposta. Que la está

llevando justo hasta el borde y la deja ahí. Y eso, que en otra persona le habría dado rabia, en él la desarma entera.

—Eres malo —susurra, con los ojos cerrados.

—Soy paciente.

—Es lo mismo.

Él se ríe contra su piel y la vibración le recorre el cuerpo como una onda. Martina arquea la espalda. No controla el gesto. Lo hace y ya. Cuando por fin él decide no parar, cuando cambia el ritmo y ya no se aparta, Martina nota cómo el placer se le concentra en un punto minúsculo y luego se expande, se expande, se expande hasta que no queda sitio y tiene que soltarlo. Un sonido grave le sale del pecho. Le sorprende incluso a ella.

Tarda unos segundos en volver. Cuando abre los ojos, Sento está subiendo por su cuerpo, besándola por el camino, con una sonrisa pequeña y demasiado satisfecha.

—Qué idiota eres.

—Mucho.

Ella le agarra de la nuca y lo besa. Se saborea a sí misma en su boca y, lejos de incomodarla, le enciende algo nuevo. Un impulso. Las ganas de devolverle exactamente eso. De verlo a él así.

Lo empuja del hombro con suavidad. Sento entiende. Se deja caer de espaldas contra las almohadas, y Martina se incorpora sobre él, sintiéndose —por primera vez en mucho tiempo— dueña de una escena.

Lo mira.

Le coloca una mano en el centro del pecho, justo donde nota el latido, y baja despacio. El abdomen. La línea que le había mirado antes con culpa. El borde del calzoncillo. Le busca los ojos.

—A ver si tú también aguantas lo de ser paciente.

Sento suelta una risa breve, pero se le corta al final.

—No prometo nada.

Martina se lo quita sin prisa. Cuando lo ve, piensa durante una milésima que quizá se va a morir ahí mismo de algo (vergüenza, deseo, incompetencia sobrevenida), pero el pensamiento pasa rápido. Baja la cabeza. Primero un beso en el muslo. Luego más

arriba. Luego, cuando él inspira hondo y contiene el aire, Martina lo toma en la boca.

Sento suelta el aire de golpe.

—Joder, Martina…

Ella no responde. No podría, aunque quisiera. Se concentra en lo que está haciendo, en el peso, en el calor, en la forma en que él cierra los puños sobre la sábana para no tocarla demasiado. Lo mira un momento desde abajo, sin soltarlo, y nota cómo él se muerde el labio inferior al cruzarse sus ojos.

—Si me miras así me vas a matar.

Martina se permite una sonrisa pequeña y sigue.

No va rápido. No quiere ir rápido. Quiere verlo tensarse poco a poco, quiere oírle esa respiración cortada, quiere descubrir dónde se le escapa el control. Sento pone una mano en su pelo, muy despacio, sin empujar, solo acompañando. Eso le gusta. Le gusta que no fuerce. Le gusta que se lo deje a ella.

Cuando nota que la tensión en los muslos de él empieza a cambiar, cuando la respiración se le acelera demasiado, Sento le tira con suavidad del pelo.

—Para. Para, para…

Martina levanta la cabeza.

—¿Mal?

—Todo lo contrario. Demasiado bien. Ven aquí.

La atrae hacia él y la besa con hambre, de una manera distinta, menos paciente, más animal. Martina lo siente debajo, duro, preparado, y algo dentro de ella se rinde por fin a la idea de que esto está pasando, de que no hay marcha atrás, de que no la quiere haber.

—¿Tienes…? —empieza a decir ella.

—Sí. Espera.

Él se estira hacia la mesita. Ella aprovecha para recolocarse, para respirar. Se siente desnuda de una forma nueva y cómoda.

Cuando él vuelve, Martina se queda encima.

—¿Seguro? —pregunta Sento.

—Cállate.

Se ríe. Y con esa risa entre los dos, con la luna filtrándose por la ventana y el viñedo mudo allá abajo, Martina se deja caer despacio sobre él.

El mundo se reduce. A la piel. A la respiración. Al pequeño gesto de él al cerrar los ojos cuando la siente. A la sensación limpia y rotunda de estar exactamente donde ha decidido estar.

—Dios, Martina…

—Shhh.

Empieza a moverse despacio. Él la agarra por las caderas, no para marcar ritmo, solo para anclarla. La deja a ella. Martina va encontrando su pulso, primero titubeante, luego seguro, luego con una confianza que no reconoce. Se inclina hacia delante. Apoya las manos en su pecho. Lo mira desde arriba y le gusta lo que ve: Sento con la mandíbula tensa, conteniendo, mirándola como si fuera la cosa más importante que hubiera pasado nunca en esa habitación.

—Eres preciosa así —murmura él.

—No digas tonterías.

—No es una tontería.

Martina baja la cabeza y lo besa para que se calle. Él aprovecha para incorporarse un poco, rodearle la espalda con un brazo y sentarla más cerca. El cambio de postura la sorprende. Lo siente más hondo. Un sonido involuntario le sale de la garganta.

—Ahí —dice Sento, bajito, contra su cuello.

—Sí, ahí.

Se quedan un momento quietos, pegados, con las frentes tocándose. Inspiran al mismo tiempo. Luego vuelven a moverse, ya sincronizados, sin prisa, buscando ese punto donde todo encaja.

No es rápido. Tampoco es lento. Es exactamente el ritmo que necesitan, y eso —que nadie está llevando a nadie, que los dos están construyendo algo juntos — es lo que a Martina le está volviendo loca sin que se dé cuenta.

Sento baja la boca a su pecho. Ella arquea la espalda y le deja hacer. Él le sube una mano por la columna y le sostiene la nuca. Martina siente que se le escapa todo: el control, las palabras, la idea de que debería hacer algo además de sentir.

—No pares —dice, casi sin voz.

—No voy a parar.

—No.

—No.

El ritmo se acelera. Ya no hablan. Martina se aferra a sus hombros, hunde la cara en su cuello, respira como si el aire se le acabara. Sento la sostiene con una fuerza nueva, y cuando ella empieza a temblar —pequeños espasmos al principio, luego una ola entera— él la acompaña sin apartarla. La aprieta contra él. La retiene.

—Eso es. Así. Así, Martina…

Ella no oye ya casi nada. Solo ese *así* repetido contra su oído y el latido de él, demasiado rápido, demasiado cerca.

Cuando él se corre, poco después, lo hace con un gemido bajo que se pierde en su cuello. Un gemido que Martina va a recordar durante semanas sin querer.

Se quedan así unos segundos. Respirando fuerte. Aún unidos. Él le aparta un mechón de la cara con una ternura desproporcionada, como si acabara de pasar algo muy serio y tuviera que tratarla con cuidado.

Luego se deja caer de espaldas, la arrastra con él y la coloca contra su pecho.

Martina apoya la cabeza. Escucha el latido. Fuerte. Vivo. Nota cómo su respiración va bajando poco a poco, cómo el sudor se enfría en la piel. Pasa la mano por su abdomen en un gesto casi distraído, íntimo. Él le besa la coronilla y no dice nada.

No hace falta.

No sabe qué pasará mañana. No sabe si esto será una anécdota o el inicio de algo que no había previsto. Pero ahora, en esa habitación en mitad de un viñedo, con la luna filtrándose por la ventana y el olor tenue de las sábanas limpias, siente algo simple y poderoso.

Ha dejado de huir de lo que siente.

Ha dejado de ponerle condiciones al deseo.

Y le gusta.

Mucho.

Capítulo 9

Martina abre los ojos y mira al techo. Su casa no tiene un sistema de detección de incendios. A su izquierda, un ventanal con la cortina echada. Un minúsculo rayo de sol la ha despertado antes de que suene la alarma.

No reconoce el techo durante medio segundo.

Luego sí.

Hotel.

Valle.

Viñedo.

Intenta poner orden a su cabeza.

A su derecha, Sento. Sin camiseta. Solo con la sábana tapándole medio cuerpo, como si la tela hubiera decidido respetarlo. Ella siente un escalofrío. No de frío. Mira cómo la barba descuidada a la perfección salpica su mandíbula. Percibe su olor, aún mezclado con el de las sábanas limpias, y le gusta. Mucho.

No tiene arrepentimiento.

Tiene algo peor.

Replay.

Los recuerdos de anoche la envuelven sin pedir permiso. Su boca. Sus manos. Su forma de mirarla antes de besarla. Cierra los ojos. Recogería este momento y lo guardaría en un frasco, como quien guarda arena de una playa que no quiere olvidar.

Abre los ojos.

El viñedo.

La bodega.

La cama.

Y su cuerpo responde antes que su dignidad.

—Genial —murmura, tapándose la cara con la almohada.

Gira la cabeza.

Martina lo observa con detenimiento, estudiando un cuadro que no esperaba encontrar en su museo personal.

Y ahí está la resaca.

Como cuando sales de una película muy buena y el mundo real tarda un poco en encajar. Sabes que fue ficción, pero el cuerpo no lo ha asumido del todo.

Se levanta despacio. Va al baño. Se mira en el espejo.

Ojos brillantes. Pelo imposible. Marca leve en el cuello.

Se toca el cuello con la yema de los dedos.

—Fenomenal —susurra—. Adolescente hormonada con 35 años.

Respira hondo. Agua fría en la cara. Como si eso pudiera devolverla a su versión controlada.

Cuando sale, él ya está despierto. Mantiene las dos manos detrás de la nuca. Relajado. Observándola.

Sin sonrisa. Sin frase ingeniosa.

Solo la mira.

Y eso la descoloca más que cualquier comentario ingenioso. Porque no hay juego. Hay presencia.

—Buenos días —dice él.

—Buenos.

Silencio.

No incómodo.

Pero distinto.

Ya no es la tensión previa.

Es el «¿y ahora qué?».

Déjate llevar, Martina, una voz le susurra en su cabeza. Y eso hará. Por una vez, no va a hacer un Excel mental con pros y contras.

Se acerca a la cama sin teatralidad. Una serie de caricias desnudas llenan ese silencio con un grito mudo que les recorre la piel. Sus manos vuelven a reconocerse, más despiertas, más conscientes de que el tiempo ahora sí tiene límite.

Saben que están limitados por la hora de entrar en su trabajo. Eso le da un punto peligroso, casi adolescente. El reloj corre. Ellos también.

Bajan a desayunar al comedor del hotel. Café, tostadas, zumo. Gente arreglada para irse. Conversaciones suaves. Risas bajas. Nadie sospecha que hace veinte minutos ella estaba perdiendo la noción del tiempo.

Martina se sorprende a sí misma pensando cosas prácticas:

¿Esto ha sido una noche?

¿Habrá segunda?

¿Estoy entrando en algo?

¿Quiero entrar?

Él habla de una tontería sobre el queso azul de la noche anterior. Ella responde. Se ríen. Se rozan los dedos al coger la taza.

Ya no son dos desconocidos jugando.

Se han visto más allá. Literalmente. Y eso cambia la gravedad.

Ella siente una conexión. Él también. Se nota en cómo la mira cuando cree que no lo está mirando. En cómo le pasa el pulgar por la muñeca sin darse cuenta.

¿Cómo se maneja algo así?

En el aparcamiento, antes de subir a la moto, él la mira fijo.

—Me gustas. Y no en plan «qué bien lo pasamos». Me gustas.

Directo.

Sin música de fondo.

Martina siente el golpe limpio en el pecho.

—Sento…

Le preguntaría qué pasa a partir de ahora. Le diría que quiere investigar más, pero no lo va a hacer. Necesita reposar toda esta maraña de sensaciones. Si habla demasiado, se asustará a sí misma.

Hay vértigo. Ella no se reconoce. No reconoce los impulsos que está teniendo. Ni lo poco que le asusta tenerlos.

Él sonríe y la vuelve a besar antes de subir a la moto. Un beso menos urgente que los anteriores. Más afirmación que fuego.

Ella se tranquiliza con ese beso y no sabe por qué. Quizá porque no suena a despedida.

Durante el trayecto de vuelta, Martina no piensa en el destino.

Piensa en elecciones.

Y en que quizá, por primera vez, no está eligiendo desde el miedo.

Y eso, más que la noche, es lo que la tiene temblando por dentro.

La moto se detiene frente al colegio a las 8:57.

Hora punta de padres acelerados y mochilas mal cerradas.

Martina se baja despacio. Se quita el casco. El pelo, que ya venía imposible, ahora tiene categoría de fenómeno meteorológico.

Sento no arranca de inmediato. La mira como si el colegio fuera un territorio hostil que está a punto de invadir.

—¿Lista para volver al mundo real? —pregunta.

Martina observa la fachada beige, los dibujos de mariposas en las ventanas y a un niño que llora porque «quiere crecer».

—Define mundo real.

Él sonríe.

—Luego me escribes.

Martina asiente. Se inclina y le da un beso rápido. Rápido para estándares adultos. Largo para estándares de puerta de colegio.

Un par de madres levantan la vista. Huele la envidia. Algunas tienen seguridad con sus maridos, otras que están a punto de separarse intentan ver el futuro con otro hombre que la saque de su rutina.

Y ahí está Germán.

Camisa azul impecable. Pantalón beige. Elegancia contenida. Su hijo de la mano.

Germán no sonríe del todo cuando la ve bajarse de una moto negra con un tipo tatuado.

La mira.

Luego mira a Sento.

Luego vuelve a mirarla a ella.

Es un gesto mínimo. Pero Martina lo detecta. Una décima de segundo de evaluación.

¿Incomodidad? Ella piensa que era el tipo que podría encajar con ella en un principio, no él.

—Buenos días, Martina —dice Germán con voz neutra.

—Buenos días, Germán.

Silencio.

Sento lo mira. Medición silenciosa de testosterona.

Martina casi puede oír la música de documental de National Geographic.

Sento se coloca el casco.

Sento arranca y se va.

Martina se gira hacia el colegio con la sensación de haber mezclado universos que hasta ahora estaban perfectamente separados.

Y entonces aparece Lara.

Lara no saluda.

Lara escanea.

De arriba abajo.

Botas.

Vaqueros.

Camiseta blanca.

Pelo revuelto.

Marca en el cuello que ni el maquillaje ha conseguido borrar del todo.

Levanta una ceja.

—¿Es la misma ropa de ayer? —pregunta sin filtro.

Martina se detiene un segundo.

—Buenos días, Lara.

—No me vengas con buenos días. ¿Es la misma ropa?

—Puede.

Lara entrecierra los ojos.

—Hija de puta.

Martina se ríe.

—Te odio.

—No, me amas. ¿Has dormido fuera?

Martina abre la boca para responder.

—No me lo digas —dice Lara levantando la mano—. Has dormido fuera. Has follado. Y has venido directamente a clase.

—Lara…

—¿Te lo has tirado en un viñedo? Tienes cara de viñedo.

Martina intenta mantener la compostura profesional mientras entran varios padres.

—Luego te cuento.

—No. Ahora.

—No puedo. Tengo 29 monos esperando y uno suele intentar comerse la plastilina azul.

Lara se cruza de brazos.

—Te espero en el recreo. Y si no me das detalles, me invento cosas. Y créeme, no quieres eso.

Martina suspira y entra al aula.

Y ahí está el contraste.

—¡PROFEEEE!

—¡Se me ha caído el diente!

—¡Teo ha dicho culo!

Una mochila impacta contra la mesa.

Alguien llora.

Otro grita que su dinosaurio «no respira».

Martina deja el bolso.

Respira.

Y se da cuenta de algo.

Todo es más soportable.

El ruido.

Las quejas.

Los padres intensos.

Incluso el niño que hoy ha decidido que no quiere sentarse porque «la silla le mira raro».

Todo es más llevadero cuando llevas el cuerpo con memoria reciente de placer.

Se agacha frente a un niño que llora.

—¿Qué ha pasado?

—Que quiero crecer.

—Te entiendo —dice Martina, sincera—. Es un lío.

Mientras ata cordones, organiza colores y separa a dos que están a punto de morderse, siente una ligereza distinta.

No está pensando en si Sento la llamará.

No está repasando el beso.

No está analizando nada.

Solo sabe que ha elegido algo.

Y que esa elección le da una energía que ni el café malo de la sala de profesores consigue.

Desde la puerta, Lara la observa un segundo.

Sonríe.

Y mueve los labios en silencio:

«Luego me cuentas, perra.»

Martina le saca la lengua discretamente.

—Buenos días, saltamontes —dice en voz alta—. Hoy vamos a intentar no morder a nadie.

Y por primera vez en mucho tiempo, incluso la jaula parece un poco menos jaula.

A media mañana, su móvil vibra.

Sento:

Sigo oliendo a ti.

Martina traga saliva.

Mira alrededor.

Un niño está intentando comerse una témpera azul.

Martina:

Estoy rodeada de plastilina y mocos. Mantén la fantasía viva.

Sento:

Imposible no hacerlo.

Silencio.

Tres puntitos.

Desaparecen.

Vuelven.

Sento:

No te asustes.

Martina se queda quieta.

Sento:

Pero creo que esto no va a ser una anécdota.

Ahí está.

La frase que activa todas sus alarmas internas.

No por él.

Por ella.

Sentir mucho… y preguntarte si estás preparada para sostenerlo.

Martina apoya el móvil boca abajo.

Mira a sus alumnos.

Uno se ha puesto el jersey al revés.

Otro ha decidido que hoy es día de llorar sin motivo.

La normalidad es absurda y maravillosa.

Respira.

Lo piensa.

No quiere huir.

No quiere correr.

No quiere dramatizar.

Coge el móvil.

Martina:

Entonces no la tratemos como tal.

Envía.

Se queda mirando la pantalla.

El corazón le late fuerte.

Pero no es ansiedad.

Es decisión.

Entra de nuevo en la jaula de los monos.

—Profe, ¿por qué sonríes sola?

Martina se agacha a su altura.

—Porque a veces tomar decisiones da un poco de miedo… pero también da mucha vida.

El niño la mira como si estuviera hablando en chino.

—¿Puedo morder a Teo?

—No.

Definitivamente, Darwin tenía razón.

Y, aun así, Martina siente que, por primera vez en mucho tiempo, no está sobreviviendo al día.

Capítulo 10

El salón de Beth siempre huele igual: una mezcla densa de acetona, crema de manos cara con aroma a almendra, café recién hecho y algo dulce que no sabes si es ambientador o colonia cara mal disimulada. Es un olor que se queda en la ropa. En la piel. En la memoria.

Martina empuja la puerta de cristal y el tintineo de la campanilla anuncia su llegada. El sonido se mezcla con el zumbido constante de los tornos eléctricos, el roce de las limas y el murmullo cruzado de conversaciones que nunca son del todo privadas.

Beth no está trabajando hoy. Está sentada en uno de los sillones centrales, con una de sus empleadas inclinada sobre sus manos. Lleva el pelo recogido en un moño alto, gafas grandes y un conjunto blanco que, en cualquier otra persona, parecería uniforme clínico. En ella es declaración de poder.

Levanta la vista.

La ve.

Y sonríe.

No una sonrisa educada. Una sonrisa de «ven aquí ahora mismo».

—¡Chocho! —exclama, apartando ligeramente la mano para no estropear el esmalte recién aplicado.

Martina avanza entre mesas con cuidado de no tropezar con cables ni bolsos de clientas. Antes de decir nada, Beth ya está levantándose medio torpe con las manos abiertas.

Se abrazan.

Es un abrazo fuerte. De los que aprietan costillas. Beth huele a crema de cutículas y a algo floral que Martina no sabe identificar.

—Vale —dice Beth sin separarse del todo—. ¿Qué está pasando con el tío ese?

Martina se ríe en su cuello.

—Hola, ¿qué tal estás tú?

—No me cambies el tema. —Se separa, la examina de arriba abajo—. Cara luminosa. Ojeras bonitas. Boca hinchada. ¿Qué ha pasado?

Varias cabezas se giran.

Inés, en su silla habitual junto al ventanal, levanta una ceja perfectamente perfilada.

—Ya decía yo que hoy entraba con paso raro.

—Paso raro no —dice Martina—. Paso normal.

—Paso postcoital —dictamina la universitaria de la mesa del fondo sin levantar la vista del móvil.

Risas.

Beth vuelve a sentarse, pero arrastra a Martina a la silla contigua.

—Siéntate. —Mira a la chica que le está haciendo las uñas—. Para un segundo, esto es importante.

La trabajadora sonríe con profesionalidad.

—Claro, jefa.

Martina se deja caer en la silla, consciente de que acaba de entrar en un tribunal no oficial compuesto por mujeres de distintas edades y opiniones fuertes.

El salón está lleno. Dos madres jóvenes comparan precios de colegios privados mientras se secan las uñas bajo luz azul. Una señora mayor hojea una revista sin leerla realmente. El torno eléctrico vuelve a zumbar como fondo sonoro.

Beth cruza las piernas.

—Empieza desde el principio.

Martina mira alrededor.

—¿Aquí?

—Aquí —responde Beth—. Esto es mejor que terapia.

Beth se recoloca en la silla.

—Chicas, os pongo en contexto.

Varias cabezas se giran automáticamente. El torno eléctrico baja de intensidad. Inés deja de soplarse las uñas. La universitaria se quita un auricular.

—Martina conoció a un tío en un grupo de filosofía.

Pequeña pausa dramática.

—Pero no os penséis que es un friki con bufanda y barba triste. Está más bueno…

Hace un gesto con la barbilla hacia el techo, buscando la palabra exacta.

—…que el pan caliente de la gasolinera.

Risas generalizadas.

—Alto, tatuajes bien puestos, sonrisa de «sé lo que hago», camiseta negra estratégica y espalda que parece que la han esculpido en mármol —continúa Beth—. Y no es de esos que van de intensitos.

—Eso suena peligroso —murmura la madre joven.

—Eso suena sexy —corrige la universitaria.

Beth asiente.

—Se conocieron discutiendo sobre el destino. Él le preguntó si estaba ovulando delante de sesenta personas.

El salón estalla.

—¡No! —dice Inés.

—Sí —responde Martina, tapándose la cara.

—Y en vez de abofetearlo, ella le respondió. Con argumentos. Y le llamó idiota.

—Bien hecho —dictamina la señora del moño blanco.

Beth se gira hacia Martina con los ojos entrecerrados.

—Hasta ahí me quedé yo. Discusión filosófica, tensión sexual y mensajitos. Ahora continúa. ¿Qué ha pasado desde entonces?

Martina siente todas las miradas clavadas en ella. El salón zumba. El olor a esmalte fresco se intensifica cuando una de las chicas abre un bote nuevo. El sonido del pincel contra el cristal parece exageradamente alto.

—Quedamos otra vez —dice Martina.

—¿Café? —pregunta la universitaria.

—No.

—¿Cerveza? —añade Inés.

—No.

Beth se inclina hacia delante.

—No me digas que hiciste algo interesante.

Martina respira hondo.

—Fuimos a una cata de vinos.

Silencio.

Beth parpadea.

—¿Perdón?

—Una cata —repite Martina—. En una bodega a las afueras.

—¿Desde cuándo tú vas a catas de vino? —pregunta Beth.

—Desde el viernes.

La trabajadora que está aplicando esmalte rojo levanta la vista.

—Eso ya es nivel.

Beth se reclina en la silla, incrédula.

—¿Una cata? ¿En plan copas finas, gente diciendo «retrogusto» y «mineralidad»?

Martina asiente.

—Exacto.

—No me lo creo. Tú no sabes diferenciar un Rioja de un cartón.

—Ni él tampoco —admite Martina.

Risas.

—Fingimos saber —continúa—. Decíamos cosas como «tiene buena lágrima» y la gente asentía.

La universitaria se parte.

—Impostores.

—Totalmente.

Beth se queda mirándola con una sonrisa que empieza a crecer.

—Vale. Eso ya me gusta. ¿Y después de la cata?

Martina duda apenas una décima de segundo.

Ese microsegundo es suficiente.

Inés lo detecta.

—Oh, no.

La madre joven levanta la cabeza.

—Oh, sí.

Beth clava los ojos en Martina.

—¿Qué hiciste?

Martina se muerde el labio.

—Nos quedamos.

—¿Dónde? —pregunta Beth lentamente.

—En el hotel de la bodega.

Silencio absoluto.

Ni el torno suena ahora. Alguien lo ha apagado sin darse cuenta.

—¿Hotel hotel? —susurra la universitaria.

—Hotel hotel —confirma Martina.

Beth abre la boca, la cierra, vuelve a abrirla.

—¿Pero… tú no ibas a ir tranquila? ¿No ibas a observar?

—Le observé muy bien—responde Martina.

Risas nerviosas.

La señora del moño blanco sonríe con elegancia.

—Eso es eficacia.

Beth recupera el control.

—Vale. Espera. Necesito datos. —Señala con las manos aún húmedas—. ¿Fue impulsivo o fue…?

—Fue decidido —dice Martina, firme.

Esa palabra vuelve a caer como algo serio.

No como un desliz.

La madre joven asiente despacio.

—Eso cambia la narrativa.

Inés cruza los brazos.

—¿Y qué tal? ¿Cómo la tiene? —La señora se frota las manos.

Martina no sonríe esta vez. Se acaban los chistes.

—Bien.

—Eso es demasiado poco —dice Beth.

Martina respira.

—Muy bien.

La universitaria golpea la mesa suavemente.

—Reina.

Beth observa su cara.

No está alardeando.

No está nerviosa.

Está… distinta.

—Vale —dice Beth más despacio—. Y ahora viene mi pregunta favorita. ¿Qué te gusta de él?

Martina tarda en responder.

El olor a crema de manos dulce le llega de golpe. El salón vuelve a su ritmo. Una clienta sopla sus uñas con cuidado.

—Me gusta cómo soy cuando estoy con él —dice al fin.

Silencio.

La señora mayor habla primero.

—Ay, hija mía. Eso es peligroso y maravilloso a la vez. Recuerdo un chico con el que sentí eso y lo dejé escapar por miedo… Nunca volví a notar ese cosquilleo. Me pregunto qué hubiera sido con él. Con esa intensidad.

Inés añade:

—La intensidad engancha.

Beth la mira fijamente.

—¿Te estás flipando?

Martina niega despacio.

—No siento que me esté dejando arrastrar. Siento que estoy eligiendo.

Esa frase cae con peso.

Beth se reclina.

—Vale. Ahora viene la parte que me preocupa. ¿Sabes a qué se dedica?

Martina hace una pausa.

—No.

Varias voces a la vez:

—¿Cómo que no?

—No lo sé.

—¿Te has ido a un hotel con un hombre cuyo trabajo desconoces? —Inés parece dividida entre el horror y la admiración.

Martina se encoge de hombros.

—Sí.

La universitaria sonríe ampliamente.

—Eso es arriesgado.

La señora mayor interviene con calma:

—Eso es confiar en el momento.

—El viernes me recogerá para ir a donde trabaja.

Beth levanta una mano pidiendo orden.

—Contexto ampliado, chicas. —Se gira hacia el salón—. Nuestra amiga se ha ido a un hotel en un viñedo con un hombre cuyo trabajo no conoce. Pero —levanta un dedo— el viernes la recoge en su coche para llevarla al suyo.

Murmullo general.

—¿En coche? —pregunta la universitaria automáticamente—. ¿Qué coche?

—No lo sé.

—¿Pero vas a ir, no? —pregunta Beth.

—Sí.

No duda.

Beth la estudia.

—¿Te apetece?

—Sí.

La madre joven interviene:

—Si te enseña su trabajo, no te está escondiendo.

Inés replica:

—O es un psicópata organizado.

Risas.

La señora mayor sentencia:

—Cuando un hombre te abre su mundo, es porque quiere que estés dentro.

Martina absorbe cada frase.

Beth vuelve al centro.

—Pregunta clave. Cuando estabas en ese hotel, ¿pensaste «qué estoy haciendo» o pensaste «esto soy yo»?

Martina no tarda esta vez.

—Pensé las dos cosas y me sorprendí de que fuera yo misma.

Beth sonríe muy despacio.

—Entonces no estás perdiendo el control.

El salón vuelve a llenarse de ruido. Secadores. Limas. Conversaciones cruzadas.

Martina se levanta y se despide de Beth con un abrazo.

Antes de salir, Beth la llama.

—Eh.

Martina se gira.

Beth ladea la cabeza.

—El viernes más.

Martina sonríe.

Sale a la calle con el olor a acetona todavía pegado a la ropa.

Mañana la recogerá en su coche.

Y ahora, después de decirlo en voz alta, ya no es solo una idea.

Es un paso.

Y esta vez, no quiere echarse atrás.

Capítulo 11

Martina tiene muchos talentos, pero el superpoder de tomar una decisión rápida de qué ropa ponerse, no es uno de ellos.

Está de pie frente al armario abierto como si fuera un portal a un universo hostil. La cama está cubierta de ropa que, técnicamente, es suya, pero hoy le parece la de otra persona. Hay un vestido negro que compró «por si acaso» y que lleva colgado ahí desde hace tres años. Hay una blusa blanca que arruga con solo mirarla. Hay un top que sabe que le queda bien, pero que hoy no le dice nada.

En el móvil, un mensaje de Sento:

Sento:

Te recojo a las 19h. Ponte lo que te dé la gana.
(pero ponte algo, luego ya dará igual…)

Martina lo mira y siente dos cosas a la vez: una sonrisa automática y un pequeño escalofrío.

«Ponte lo que te dé la gana» es, para ella, la frase más violenta del idioma.

Se apoya en el marco del armario, respira y se dice en voz alta:

—No es una boda. No es una entrevista de trabajo. No vas a conocer a su madre. No vas a firmar una hipoteca. Es una noche. Solo una noche.

Su cerebro responde, como siempre, con su tono favorito:

Las noches son el inicio de muchas cosas.

—Cállate —le dice a su cerebro, y eso solo confirma que la conversación interna ya ha empezado.

En el espejo del pasillo se ve de perfil. Pelo rubio y ondas que hoy han decidido tener personalidad propia. Pecas. Cara normal. Cuerpo normal. Y, sin embargo, hay algo distinto desde el viñedo. Como si su piel se hubiera quedado con una memoria pequeña y obstinada.

Replay, piensa, y se odia un poco.

Se pone unos vaqueros. Los vaqueros del culo recogido. No porque vaya a hacer nada, sino porque el culo recogido le da una

seguridad absurda. Se prueba tres camisetas. Dos le parecen demasiado infantiles. Una demasiado «estoy intentando ligar». Al final elige una negra sencilla, de tirantes, que le deja los hombros fuera. Tiene un punto de «no he venido a impresionar» pero también de «si me miras, no me quejo».

Se pone una chaqueta vaquera encima. Porque, aunque haga buen tiempo, Martina tiene una necesidad patológica de llevar una capa de protección en forma de ropa.

En el baño se mira la marca del cuello, ya casi desaparecida, y piensa que podría maquillarla por completo, pero decide que no.

No por rebeldía sino por pereza.

En el móvil, otro mensaje.

Beth:

CHOCHOOOOOO.
¿VAS A SALIR CON ÉL HOY?
Dime que sí o te denuncio por desperdicio de buenorro.

Martina suspira, escribe rápido.

Martina:

Sí. Me recoge en mi casa.
Voy normal.

Beth:

«Voy normal» dice.
Eso significa que vas a ir como una zorra tímida.
Mándame foto.

Martina se hace una foto en el espejo y se la manda. Beth responde al segundo.

Beth:

ME CAGO EN TU PUTO CUELLO.
Vas guapísima.
Ese hombre va a llorar.
O a follarte.
O las dos cosas.

Martina bloquea el móvil boca abajo como si fuera una granada.

En ese mismo momento suena el timbre.

El corazón le pega un golpe ridículo en la garganta. Ridículo porque tiene treinta y cinco años y porque ya no está en la adolescencia. Ridículo porque no es que él le esté pidiendo matrimonio. Ridículo porque, sin embargo, ahí está su cuerpo, haciendo de las suyas sin consultar.

Abre la puerta.

Sento está apoyado en el marco, con esa postura suya de «yo no tengo prisa aunque el mundo se esté quemando». Lleva una cazadora de cuero negra —cómo no—, camiseta oscura, vaqueros y botas. Tatuajes en el antebrazo. La barba de dos días que parece una decisión estética y no el resultado de la pereza. Huele bien. Demasiado bien para ser legal.

—Buenas noches, profesora —dice.

Martina nota cómo se le eleva la comisura de la boca sin pedir permiso.

—Buenas noches, idiota.

Él la mira de arriba abajo, sin disimulo, pero sin esa mirada de catálogo que a ella le irrita. Es una mirada tranquila, como si estuviera confirmando algo.

—Vas bien —dictamina.

—Gracias. He tardado cuarenta minutos en llegar a esa conclusión.

—Yo tardo dos.

—Claro. Porque vosotros tenéis el uniforme de hombre. Camiseta oscura, vaqueros y decidir que ya está.

—Pues tú también vienes de negro. Igual estamos empezando a parecer pareja.

Martina siente un microsegundo de pánico. Luego se ríe para quitárselo de encima.

—No digas palabras peligrosas en mi puerta.

—Vale. —Sento levanta las manos como si se rindiera—. No vuelvo a decir «pareja». Diré «dospersonasqueseconocieronenungrupodefilosofíayquedarondespuesparaunacataehicieronelamoryhoyterecojoparallevarteamitrabajo».

—Eso me tranquiliza muchísimo.

Ella se ríe y asiente, aunque por dentro su cerebro ya ha hecho una lista:

1. Va a enseñarme su trabajo.
2. Sigue sin decirme qué es exactamente.
3. Eso es raro.
4. Me gusta que sea raro.
5. No debería gustarme.

Bajan. El coche está aparcado frente al portal.

Es un BMW X3. Es negro, discreto, limpio. Un coche elegante, un coche que no llama la atención, pero sí a la vez.

Martina se sube, abrochándose el cinturón con una seriedad absurda, como si fuera a iniciar una misión de espionaje.

Sento arranca.

Durante los primeros minutos no habla. Martina mira por la ventana. La ciudad pasa con sus luces amarillas, sus terrazas llenas, su gente paseando. Todo parece normal, y sin embargo ella siente que no lo es.

—¿Nerviosa? —pregunta él sin mirar.

—No —miente Martina.

Sento sonríe.

—No pasa nada. Yo también.

Martina lo mira.

—¿Tú?

—Claro. No todos los días llevo a alguien a mi trabajo. Es como… mezclar mundos.

A Martina le sorprende la honestidad. Le gusta. Le gusta demasiado.

—¿Y por qué quieres hacerlo? —pregunta.

Sento se encoge de hombros.

—Porque me apetece que veas una parte de mí que no has visto. Y porque tú me vas a enseñar la tuya.

—Mi parte es un aula con niños que se muerden.

—La tuya es estar con unos niños y tomar parte para moldear sus futuros.

Martina se calla un segundo.

Llegan.

Martina lo nota antes de verlo del todo.

La música.

Un «boom» sordo que atraviesa el aire como un latido de animal grande. Luces en la fachada. Un edificio enorme, negro y minimalista, con una entrada que parece la puerta de un aeropuerto, pero con gente vestida como si fueran a una versión nocturna de sí mismos.

Martina abre los ojos.

—¿Esto es una discoteca? —pregunta, aunque es evidente.

Sento aparca con calma.

—Sí.

Martina traga saliva. No sabía por qué, pero esperaba algo más pequeño. Algo más «normal».

—Es grande —dice, como si estuviera describiendo un elefante.

—Es bastante grande.

Martina se queda un segundo quieta, mirando la cola, los porteros, las luces. Gente riendo. Gente sacándose fotos. Gente que parece tener la seguridad vital que a ella le cuesta fabricar incluso para elegir camiseta.

—Yo no he venido nunca a una discoteca así —confiesa, sin querer.

Sento se gira hacia ella, sorprendido.

—¿En serio?

—En serio. Me gusta la música electrónica, pero… no sé. Siempre me ha dado pereza. Me agobia la gente. El ruido. La idea de bailar sin saber dónde poner los brazos.

Sento se ríe.

—Los brazos se ponen donde te salga del coño.

Martina lo mira.

—Lo dices como si fuera fácil.

—Lo es. Tú solo te complicas.

Martina resopla.

—Sí, ya. Gracias por el diagnóstico.

Él se baja y rodea el coche para abrirle la puerta. Martina se queda un segundo sentada, mirando fuera como si estuviera a punto de cruzar una frontera.

Sento le tiende la mano.

Martina la coge.

Y ese gesto tan simple hace que todo sea un poco menos intimidante.

Caminan hacia la entrada. Martina intenta no parecer fuera de lugar. Lo logra un setenta por ciento, que para ella es un éxito. Nota miradas. No sabe si la miran a ella o a él.

Al acercarse, uno de los porteros lo reconoce.

—Buenas, Sento.

Martina frena un segundo.

Sento.

Otra vez ese nombre raro, pronunciado por alguien con pinganillo como si fuera lo más normal del mundo.

—Buenas —responde él, tranquilo.

El portero mira a Martina. Luego a él.

—¿Con ella?

—Sí.

El portero asiente y abre la valla.

Martina se queda un segundo con esa sensación rara de «acabo de entrar sin hacer cola». Algo que solo le pasa en sueños o cuando en el supermercado le dejan pasar porque lleva dos cosas.

—¿No tenemos que…? —empieza.

—No —dice Sento.

Entran por un pasillo oscuro. Hay un control, una puerta negra, un pasillo aún más oscuro. Martina siente que esto es ilegal aunque no haya nada ilegal. Es la estética.

En un punto, pasan junto a una pared de espejos donde se ve reflejada. Se ve pequeña. Un poco seria. Con la chaqueta vaquera como si fuera a un concierto de barrio, no a una discoteca gigante.

Sento se inclina hacia ella.

Suben unas escaleras. El sonido sube con ellos. El «boom» se convierte en un golpe real en el pecho. Martina nota el bajo como si alguien le estuviera masajeando el esternón desde dentro.

Y entonces salen.

La sala principal es enorme. Techos altos. Pantallas LED. Luces que se mueven como si tuvieran voluntad propia. Una barra larguísima. Dos alturas. Una cabina elevada al fondo como un altar moderno. Gente por todas partes.

Martina se queda quieta.

Es demasiado.

Y a la vez… es espectacular.

La música no es una canción concreta. Es una ola. Un ritmo que te entra por la piel y hace que te vibre el cuerpo.

Sento la mira, divertido.

—¿Qué?

—Esto es… —Martina busca palabras—. No sé. Es como entrar en una película.

—Pues aún no ha empezado lo bueno.

Martina se gira hacia él.

—¿Qué significa «lo bueno»?

Sento sonríe, pero no contesta. Solo la guía por un lateral. Pasan junto a la barra, esquivando gente. Martina se pega un poco a él, no por romanticismo, sino por supervivencia.

Ve a un grupo sacándose fotos. Ve a chicas bailando como si no existiera el juicio social. Ve a un chico que lleva gafas de sol dentro. Dentro. Y eso que es de noche. Eso le parece un crimen.

Sento la lleva hacia una puerta discreta con un cartel que dice «STAFF».

—¿Entramos ahí?

—Sí.

Martina lo sigue. La puerta se abre y de repente el ruido baja un poco, como si hubieran metido la discoteca en una caja y la escucharan desde fuera. Hay pasillos. Cables. Un par de técnicos con walkies. Un tipo con una tablet mirando una lista.

—Sento —dice el de la tablet, sin levantar mucho la vista—. Vas bien de tiempo. ¿Ella?

Sento pone una mano ligera en la espalda de Martina.

—Martina.

El tipo la mira, rápido, y sonríe con un gesto de «ah, vale».

—Encantado. Soy Dani. —Se gira de nuevo a Sento—. Te esperan en cabina en diez.

Martina parpadea.

Cabina.

La palabra se queda flotando.

—¿Qué… cabina? —pregunta ella en voz baja.

Sento la mira con una sonrisa mínima.

—La cabina.

Martina traga saliva.

—¿Tú… trabajas aquí? Ya lo sabía, pero… ¿en qué?

Sento se detiene. Por primera vez parece medir la escena.

—Ven —dice.

No responde con palabras. Responde con dirección.

Y eso es peor. Porque su cerebro tiene tiempo de inventar.

Seguridad.

Encargado.

Marketing.

El que pone copas.

El que hace la lista de invitados.

El que recoge vasos y por eso huele tan bien. (No, eso no tiene sentido).

Llegan a una puerta con una ventanita. Dentro se ve luz azul y pantallas. Sento abre.

La cabina está elevada, con vistas a toda la sala. Hay una mesa llena de equipo: platos, mezclador, pantallas, cables. Un técnico ajusta algo. Otro mira niveles. Una chica con auriculares habla por un walkie.

Sento entra y todo el mundo lo saluda con naturalidad.

—Ey.

—Buenas.

—¿Qué tal, tío?

—Te dejamos esto listo.

Martina se queda en la puerta, clavada.

Sento se acerca a ella, le quita la chaqueta vaquera como si eso fuera un gesto normal, la cuelga, y luego le habla al oído:

—Trabajo aquí.

—Eso ya lo sé.

—No. Trabajo *aquí*.

Martina lo mira.

Sento se pone los cascos.

Y en cuanto lo hace, su cara cambia.

No es un cambio dramático. Es algo más fino. Se le afila la concentración. Se le calma la sonrisa. Se le vuelve la mirada precisa. Como si, de pronto, hubiera encontrado su sitio natural.

Martina siente un vuelco.

—Sento… ¿tú eres…?

Él no le deja terminar. Le da un pequeño toque con los nudillos en la frente, suave.

—Shh. Mira.

Señala hacia abajo, hacia la sala.

El DJ que está pinchando ahora termina una mezcla. Hay un pequeño break, un subidón contenido. La gente grita. Las luces cambian. La pantalla muestra un logo gigantesco de la discoteca.

Sento se coloca frente a la mesa. Ajusta algo. Habla con el técnico. Asiente. Mira el reloj.

Martina no se mueve.

Por primera vez en mucho tiempo, no tiene ganas de analizar.

Tiene ganas de observar.

El DJ actual se aparta y le da un golpe en el hombro a Sento como quien entrega un testigo.

—Te toca, cabrón.

Sento sonríe.

Se coloca.

Agarra el micrófono.

Martina nota cómo el corazón le empieza a latir más fuerte. Ridículo. Como si fuera ella la que va a salir.

Sento no dice «hola». No hace show. Solo dice, con una voz baja que se escucha igual en toda la sala:

—Buenas noches.

Y con ese «buenas noches» la discoteca cambia de energía.

No sabe explicarlo, pero lo siente.

Y entonces empieza.

El primer golpe de bajo cae como una puerta cerrándose.

La segunda mezcla entra perfecta.

La gente reacciona como si lo estuvieran esperando.

Martina lo mira, aturdida.

Sento está ahí arriba. En su sitio. Con las manos moviéndose con una precisión hipnótica. Con el cuerpo siguiendo el ritmo sin esfuerzo. Con una seguridad que no es chulería: es oficio.

Y de pronto entiende algo que llevaba días flotando.

Su cara le sonaba por esto.

Porque no es «un tío que trabaja de noche».

Es el tío que hace que un sitio entero se mueva al mismo tiempo.

Martina baja la mirada hacia la gente. Ve móviles levantados. Ve flashes. Ve a dos chicas señalando hacia la cabina con emoción.

Y escucha, detrás de ella, la voz de la chica del walkie, hablando con alguien:

—Ya está arriba. Sento ya está arriba. Sí, está petado.

Martina se queda quieta.

No sabe si reír.

No sabe si asustarse.

No sabe si sentirse orgullosa o ridícula.

Solo sabe una cosa:

Ella pensaba que había ido a conocer «su trabajo».

Y acaba de entrar en un mundo que no encaja con su vida tranquila, sus vaqueros de culo recogido y su café malo de sala de profesores.

Sento se gira un segundo.

La busca con la mirada.

La encuentra.

Y le sonríe, apenas.

Un gesto mínimo, pero clarísimo, como diciendo:

Bienvenida.

Martina siente un calor raro en el pecho.

No es el bajo.

No es el alcohol, porque no ha bebido nada.

Es otra cosa.

Como si, sin querer, hubiera dicho sí a una puerta mucho más grande de lo que imaginaba.

Y abajo, la sala explota con el siguiente subidón.

Martina traga saliva.

Y, por primera vez en su vida, entiende por qué la gente sale a bailar.

Porque hay momentos en los que no quieres pensar.

Quieres rendirte al ritmo.

Y en este momento, el ritmo tiene nombre.

Capítulo 12

Martina descubre dos cosas en los siguientes cinco minutos.

La primera: en una discoteca grande, el aire no se respira. Se negocia.

La segunda: su cuerpo tiene una capacidad insospechada para traicionarla cuando la música le entra por el pecho como si le hubiera firmado un contrato.

Sento sigue pinchando arriba, en la cabina, y Martina se queda donde la han dejado, en un lateral, intentando actuar como una persona que entiende lo que está pasando.

El técnico del walkie —la chica— le hace un gesto con la mano, como diciendo *no te pongas ahí que molestas*, y la mueve con amabilidad quirúrgica a un sitio donde, por lo visto, Martina no molesta.

Un pequeño espacio detrás de la cabina, con vistas a toda la sala.

—Quédate aquí, ¿vale? —le dice la chica.

Martina asiente como si fuera perfectamente normal que alguien le asigne un puesto de observación en una discoteca gigante.

Mira tú. Me han colocado. Soy un mueble VIP.

Abajo la gente salta. La pantalla cambia. Las luces barren la pista como si buscaran culpables.

Martina intenta concentrarse en algo concreto: el ritmo, la estructura, la música.

Porque ella *sí* escucha electrónica. En casa. En el coche. En la cocina mientras hace pasta y se siente de veinte años aunque en realidad esté pensando en si el lavavajillas huele raro.

Lo que no sabía es que en directo la música no se escucha: te empuja.

Sento sube el volumen en el momento exacto en el que todo el mundo lo necesita. Mete un corte y la sala grita. Recupera el beat y la pista responde como una criatura obediente.

Martina lo mira con una mezcla de:

1. asombro
2. orgullo que no sabe de dónde sale
3. y una cosa muy concreta en el estómago que no es hambre.

No es que lo esté viendo trabajar.

Es que lo está viendo mandar.

Y ese matiz, para su cerebro, es peligrosísimo.

Un chico aparece por el lateral de la cabina.

Treinta y algo. Camiseta negra. Pinganillo. Cara de «yo controlo el caos».

—¿Tú eres Martina?

Martina parpadea.

—Sí.

El chico mira una lista en el móvil y asiente como si Martina fuera un paquete que tenía que comprobar.

—Vale. Soy Javi, del staff. Si necesitas algo, me dices. ¿Quieres una copa? Agua, refresco, lo que sea.

Martina se queda un segundo bloqueada, porque «si necesitas algo», es una frase que normalmente se le dice a la gente que está enferma o a la gente que se va a morir.

—Eh… agua, por favor.

—Ahora te la subo.

Y se va.

Martina se queda mirando su propia mano.

¿Por qué me están tratando bien?

Una parte de ella entiende la lógica: Sento trabaja ahí, la han identificado como «la persona que viene con Sento» y por lo tanto hay un protocolo.

Otra parte, la de siempre, la que no sabe recibir cosas sin pensar que luego habrá factura, sospecha.

Esto no puede ser gratis.

Sento hace un giro y mira un segundo hacia el lateral. Martina se queda muy quieta, como una niña a la que han dicho «no te muevas».

Él la encuentra con la mirada otra vez.

Esta vez no sonríe.

Solo levanta un poco la barbilla, como preguntando sin palabras: *¿bien?*

Martina asiente.

Y ahí ocurre algo ridículo: se siente vista en mitad de mil personas.

Como si durante un segundo estuvieran solos.

Luego vuelve a la música, al trabajo, a su mundo.

Martina inspira.

No te líes. No te líes. No te líes.

Su cerebro responde:

Demasiado tarde. Ya estás dentro.

Javi vuelve con una botella de agua pequeña y fría. Se la da como si fuera importante.

—Si quieres bajar a pista, me dices y te abro. Hay zona de invitados.

Martina mira la botella.

—¿Zona de invitados?

—Sí. Para gente… —Javi se calla un segundo, como buscando una palabra que no sea «importante»— …para gente del artista.

Martina parpadea.

—¿Del artista?

Javi la mira, como si de verdad no supiera cómo explicarle lo obvio sin humillarla.

—Sí. De Sento.

Martina se atraganta con el aire.

¿Artista?

Ella se había montado una película donde Sento era «un DJ que trabaja en una discoteca grande».

Pero «el artista» suena a alguien que tiene camerino. A alguien que tiene riders. A alguien que no se compra su propio papel higiénico, sino que alguien se lo pone en el baño con un lacito.

—Vale —dice Martina, porque su boca es una traidora y ha decidido que lo mejor es fingir que todo es normal.

Javi hace un gesto hacia un pequeño sofá al fondo, detrás de la cabina.

—Puedes sentarte. En serio, lo que necesites.

Y se va otra vez.

Martina se sienta despacio, con esa elegancia torpe de quien está intentando no romper nada.

A su alrededor hay más gente. Dos chicos que hablan de cables. Una chica que se retoca el maquillaje con una luz del móvil. Un tipo mayor con cara de «yo he visto demasiadas noches» que está sentado y mira la pista como si fuera un juez.

Y Martina, en medio, con su chaqueta vaquera colgada y sus vaqueros de culo recogido, intentando asimilar.

Bebe agua.

La botella está fría y eso la ancla un poco.

A los diez minutos, ya no está tensa.

A los quince, está moviendo un pie.

A los veinte, se descubre con los hombros siguiendo el ritmo.

Se mira a sí misma con sorpresa.

Ah. Vale. Era esto.

No era que no le gustara la electrónica.

Era que no se había permitido ser alguien que baila.

En el colegio, ella es la que ordena. La que gestiona. La que dice «no se grita en clase» con una paciencia que se le gasta como una batería.

En su vida normal, es la que calcula.

Aquí, en cambio, no hay cálculo.

Hay una sala entera que se rinde.

Y Sento, arriba, es el que dirige la rendición.

Martina lo mira de nuevo.

Es una mujer que se ha metido en el carril de alguien que vive en otro mundo.

Y ella, con su café malo y sus rutinas, no sabe si tiene el carnet para ese carril.

El móvil vibra en su bolso.

Lo saca.

Es Beth.

Beth:

FOTO O MUERTE.

Martina duda.

Mira alrededor. Nadie la mira. Nadie tiene tiempo para ella.

Se hace una foto rápida desde el sofá, con la cabina al fondo, las luces, la sala.

La manda.

Beth tarda exactamente tres segundos.

Beth:

¿PERO QUÉ COÑO ES ESO?

Luego otro mensaje.

Beth:

ESPERA.

Y otro.

Beth:

ESPERA ESPERA ESPERA.

Martina frunce el ceño.

Beth:

MARTINA.

MARTINA DIME QUE ESE NO ES SENTO.

Martina levanta la vista hacia la cabina.

Sento está concentrado, mezclando como si el mundo dependiera de ese gesto mínimo.

Martina:

Sí.

La respuesta tarda dos segundos.

Luego Beth entra en modo Beth.

Beth:

¿TÚ ERES GILIPOLLAS?

Martina sonríe sin querer.

Beth:

¿TÚ SABES QUIÉN ES ESE TÍO?

Martina escribe:

Martina:

Estoy empezando a sospechar.

Tres puntos.

Luego:

Beth:

MARTINA ESE TÍO ME SUENA DE INSTAGRAM.
Y DE SPOTIFY.
Y DE LAS STORIES DE MEDIA HUMANIDAD.

Martina levanta la vista otra vez hacia la cabina.
De pronto todo encaja un poco más.
La cara conocida.
La seguridad.
La gente haciendo fotos.

Martina:

Pues yo no había caído.

La respuesta llega inmediata.

Beth:

TÚ NO HAS CAÍDO PORQUE VIVES EN UNA CUEVA.

Luego otro mensaje.

Beth:

MARTINA TE VOY A DECIR UNA COSA MUY SERIA.

Martina espera.

Beth:

HAZLE UN HIJO.

Martina abre mucho los ojos.
Otro mensaje.

Beth:

O DOS.

Otro.

Beth:

Y SI TE DA PEREZA PARIR MÁS
YO ME OFREZCO.

Martina se tapa la boca para no reírse.

Beth:

TE LO DIGO EN SERIO.
ESE TÍO ES MATERIAL GENÉTICO DE PRIMERA DIVISIÓN.

Martina escribe:

Martina:

Beth por favor.

Beth ignora la súplica.

Beth:

¿PERO TÚ LO HAS VISTO PINCHAR?

Martina:

Ahora mismo.

Beth:

MARTINA.

Tres puntos.

Beth:

ESTÁS SALIENDO CON UN PUTO DJ DE VERDAD.

Martina mira hacia la cabina.

Sento levanta la vista justo en ese momento.

La encuentra.

Y durante un segundo todo el ruido desaparece.

Vuelve al móvil.

Beth:

NO LA CAGUES.

Luego:

Beth:

Y NO TE ENAMORES.

Y justo después:

Beth:

MENTIRA.

Beth:

ENAMÓRATE PERO NO SEAS TONTA.

Martina bloquea el móvil.

Y se queda un momento mirando hacia arriba, donde Sento está trabajando como si ese fuera su sitio natural desde siempre.

Ahora entiende mejor por qué su cara le sonaba.

No de un sitio concreto.

De muchos pequeños sitios donde nunca había prestado suficiente atención.

Martina bloquea el móvil otra vez y se queda pensando en ese «todavía» como si fuera una maldición lanzada al aire.

En ese momento, se abre la puerta del pasillo del staff.

Entra una chica.

Martina la ve y su cerebro hace «alerta».

Porque no es «una chica».

Es *una chica de discoteca grande*.

Alta. Pelo largo. Vestido que no está intentando ser sexy: lo es. Tacones que podrían matar a alguien.

La chica entra con una sonrisa enorme, como si estuviera en su casa.

Se acerca a la gente del staff y saluda con familiaridad.

—¡Eeeeh! —dice, y le dan dos besos como si fuera parte del equipo.

Luego mira hacia la cabina.

Y Martina ve algo en su cara.

Una emoción rápida.

Como ilusión.

La chica camina directa hacia el lateral de la cabina.

Javi se acerca y le dice algo, pero ella no se detiene.

Se coloca cerca de donde está Martina, mirando hacia arriba.

Martina observa.

No por celos, se dice.

Por curiosidad científica.

Soy una analista de situaciones.

Yo no siento celos.

Yo hago informes.

La chica levanta el móvil y graba un vídeo de Sento pinchando.

Luego sonríe hacia alguien al otro lado.

Y entonces Martina entiende que eso de «mezclar mundos» no era solo una frase bonita.

Este mundo está lleno de gente que tiene acceso.

De gente que entra sin cola.

De gente que se mueve como si todo le perteneciera.

La chica se gira un poco… y por un segundo sus ojos se cruzan con los de Martina.

La chica la mira, la evalúa rápido, como quien escanea.

Y sonríe.

—Hola —dice.

Martina, que no sabe por qué se siente como una alumna nueva en un instituto, responde:

—Hola.

La chica mira hacia la cabina otra vez.

—¿Has venido con él?

Martina traga saliva.

—Sí.

La chica asiente, como si eso confirmara algo.

—Qué guay. —Hace una pausa, y su sonrisa se vuelve más amplia—. No suele traer a nadie.

Martina siente que le han metido un cubito de hielo por la espalda.

—Ah —dice, porque «ah» es lo único que su cuerpo produce cuando no sabe qué hacer con una frase.

La chica se inclina un poco hacia ella.

—Soy Rosa.

Martina se obliga a sonreír.

—Martina.

—Encantada.

Rosa vuelve a mirar a Sento, con esa familiaridad tranquila de quien no está impresionada porque ya lo conoce.

Martina bebe agua otra vez.

La botella ya no le sabe a ancla.

Ahora le sabe a «mantén la calma, profesora».

En la cabina, Sento baja el volumen en un break.

La sala aguanta la respiración.

Y en ese silencio tenso, Sento habla por el micro.

—Esta va para… —hace una pausa, como si estuviera eligiendo— …la que está arriba y no sabe todavía que le gusta bailar.

La pista grita.

Martina se queda congelada.

Rosa se gira hacia ella lentamente.

—¿Esa eres tú? —pregunta, divertida.

Martina siente que se le sube el calor a la cara como si tuviera quince años y la hubieran señalado en clase.

Arriba, Sento la mira.

Ahora sí sonríe.

Una sonrisa pequeña.

Pero de esas que son una mano en el pecho.

Martina suelta el aire.

Y en vez de pensar «qué vergüenza», piensa algo peor:

Me está incluyendo.

Sento vuelve a subir el beat.

Y la sala explota.

Javi aparece otra vez, pegado al walkie.

—Martina, ¿quieres bajar? Te acompaño.

Martina mira hacia la pista.

Bajan.

La música se vuelve gigantesca.

Martina nota que todo el mundo está sudando, brillando, viviendo.

Javi le señala la barra.

—Pide lo que quieras. Diles que vas con Sento.

Martina asiente.

Camina hacia la barra con una seguridad falsa que se sostiene por pura supervivencia.

El camarero la mira.

—¿Qué te pongo?

Martina piensa en pedir agua otra vez, porque su identidad es una señora.

Pero luego mira la pista.

Mira las luces.

Y se dice: *una noche.*

—Un gin tonic —dice.

El camarero asiente, rápido.

—¿Con qué ginebra?

Martina parpadea.

¿Con qué ginebra?

Ella, en su casa, si compra ginebra, compra la primera que le suena.

Martina se obliga a mover el cuerpo un poco.

Al principio es un intento patético.

Luego, poco a poco, se suelta.

No sabe cómo, pero su cuerpo empieza a encontrar el ritmo. Los brazos, sorprendentemente, se ponen donde les sale del coño.

A los pocos minutos, siente una mano en su cintura.

Se gira.

Sento ha bajado de la cabina durante un cambio de DJ.

Está sudado. Brillando un poco. Con esa energía eléctrica de quien ha estado arriba controlando el mundo.

Se acerca a su oído.

—¿Ves? —dice—. Te gusta bailar.

Martina le mira.

—Me gusta… no pensar.

Sento la besa en la sien.

Un gesto que parece pequeño, pero para ella no lo es.

Capítulo 13

Martina descubre que hay un tipo de cansancio que no se quita durmiendo.

Se quita viviendo.

Sale de la discoteca con el cuerpo todavía vibrando, como si los graves le hubieran dejado una firma en los huesos. La noche fuera es otra cosa: aire fresco, farolas, taxis, gente que habla alto y camina torcido con una felicidad que mañana les dará acidez.

Sento camina a su lado con una calma irritante. Como si no acabara de dirigir a mil personas con la muñeca.

Martina lo mira de reojo.

No va a decir nada.

Va a hacer como Beth: actuar como si la vida fuera algo que se vive y no algo que se controla.

La teoría dura exactamente veinte segundos.

Porque en el lateral de la puerta del staff aparece Rosa con seguridad.

—¡Eh! —dice, sonriendo.

Sento se gira y la abraza rápido, de esos abrazos que duran lo justo para que nadie pueda llamarlos abrazo, pero sí lo suficiente para que tu sistema nervioso lo registre como «cuidado».

—¿Qué tal? —pregunta él.

—Brutal. Has estado muy top hoy —responde ella.

Rosa lo mira un segundo más, luego mira a Martina.

Y Martina siente ese escaneo rápido, profesional, de mujer que vive en ambientes donde la gente cree que la energía se mide en seguidores. La saluda por protocolo.

Martina responde el gesto por educación, pero su cuerpo se queda un poco rígido.

Rosa se gira de nuevo hacia Sento.

—Mañana me dices lo del horario—comenta.

—Vale —dice él, sin más.

Rosa se despide con una sonrisa amplia y desaparece hacia la calle como quien pertenece a la noche.

Martina se queda un segundo en silencio.

—¿Te cae bien? —pregunta Sento, abriendo el coche con un clic.

Martina lo mira.

—¿Rosa?

—Sí.

Martina entra en el coche como si el asiento fuera un lugar seguro. Se abrocha el cinturón demasiado fuerte.

—No la conozco —responde.

Sento arranca.

El coche se aleja de la discoteca y, poco a poco, la música se queda atrás como una resaca.

Martina mira por la ventana. La ciudad parece menos brillante ahora. Más real. Más normal.

—Es una amiga —dice Sento, como si leyera su cabeza con un escáner barato.

Martina se gira.

—Yo no he preguntado.

—Ya, pero tu cara sí.

Martina resopla.

—Mi cara siempre está diciendo cosas que yo no autorizo.

Sento sonríe un poco.

—Rosa curra conmigo a veces. Hace gestión, redes, mueve cosas. Es… del entorno.

Martina asiente, intentando que su cabeza no convierta «del entorno» en «se la ha follado en un festival en 2024». Aunque, siendo honestos, su cabeza ya lo ha hecho.

—¿Y por qué me lo dices? —pregunta Martina, intentando sonar neutra. Le sale a medias.

Sento no mira hacia ella. Conduce.

—Porque no quiero que te montes una película rara.

Martina se ríe, sin humor.

—Tarde.

Sento gira la cabeza un segundo, la mira.

—¿Qué película?

Martina traga saliva.

—Ninguna —miente, por orgullo.

Sento asiente como quien decide no insistir.

Martina se queda mirando la carretera.

El problema no es Rosa.

El problema es todo lo que ha visto.

El staff tratándola como «la de Sento».

El agua gratis.

La zona de invitados.

La gente grabándolo.

El micro momento en el que él habló por el micro para ella.

Eso no es una discoteca.

Eso es un mundo.

Y ella no sabe si habla el mismo idioma que él.

—¿Quieres ir a mi casa? —pregunta Sento de pronto.

Martina parpadea.

—¿A tu casa?

—Sí.

La pregunta parece inocente, pero a Martina le suena a «¿quieres entrar más?» y eso es demasiado para su sistema nervioso a las cinco de la mañana.

—No —dice, más rápido de lo que pensaba.

Sento no se ofende. Solo espera.

Martina aclara, algo más suave:

—Prefiero… mi casa.

Sento asiente.

—Vale.

Es curioso cómo la percepción de las cosas cambia, a veces, casi por completo.

Martina acaba de entrar en su casa y la ve cutre. Antes estaba orgullosa de su decoración del Jysk, de Ikea y de Maisons du Monde. Hasta veía con buenos ojos la lámpara que puso con tres ramas de pino con una tira led. La hizo ella siguiendo los pasos que vio en un reel de Instagram. Se ha sorprendido de ese cambio en su

mente y el culpable es él: Sento. En su cabeza no es solo un tío bueno y gracioso que se ha tirado y con el que está muy a gusto, sino un dj famoso que puede ganar más pasta en un año que ella en 10.

—Adelante —dice Martina abriendo sin mirar adentro por si se ha dejado algo por en medio.

Sento pasea con las manos en los bolsillos, como si no hubiera hecho bailar a cientos de personas que le hacían fotos y vídeos para fardar en Instagram. Ella lo observa y piensa que no se lo merece. ¿Qué hace una superestrella con una profesora de infantil que la mayoría de los días de su vida limpia culos que no son el suyo?

Sento da pasos observándolo todo a su alrededor. Ella se muere de vergüenza, aunque en su mente se libra una lucha de que no debería de ser así.

No es su lugar, piensa. Está fuera de su zona de confort. Muchas chicas estarían encantadas de estar con un famoso, pero para ella no es así. Era más fácil antes de saber quién era en realidad, aunque por otro lado, está orgullosa de que la haya elegido. ¿Puede haber esa contradicción conviviendo?

—Me gusta —dice Sento levantando el pulgar como si le hubiera dado like a una publicación de Facebook.

—Es muy normalita, pero estoy cómoda en ella.

—No te justifiques.

—No, bueno… —titubea—. No será como las mansiones que estarás acostumbrado. Veo muchos dj que descansan cada temporada en una.

—El lujo está sobrevalorado. Si tuviera que comer algo todos los días de mi vida, pediría una buena paella antes que ostras Gillardeau y champán vintage.

Martina sonríe.

—Pues tengo un vino del Lidl que está que te mueres —dice ella más relajada—. Tiene notas afrutadas y una acumulación de taninos perfecta y está macerado en barrica de nogal.

—¿Y no tiene notas florales con bergamota?

—¿Bergamota? Eso es lo que dicen los entendidos en perfumes, nosotros somos sumilleres.

—Sommeliers —la corrige.

—Pues eso, que nos gusta el vino y punto.

Los dos se acomodan en el sofá con sus respectivas copas. Ella por momentos se olvida de que tiene casi un millón de seguidores en las redes sociales. Martina se pensaba que a partir de los quinientos mil seguidores, la vida era lujo a todas horas y que el servicio te haría todas las tareas.

—Tengo muchas preguntas —dice Martina mientras se lleva el cristal a los labios.

Se ha descalzado y ha subido las dos piernas al sofá. Se echa un mechón de pelo hacia atrás. Sabe que está nerviosa, pero no lo puede controlar. Nunca le había pasado esto antes. Pero le parece que Sento también está nervioso. ¿Puede ser? Si detrás de la cabina había chicas despampanantes con unas curvas de infarto y unas caras angelicales, una combinación explosiva…

—Creo que ahora ya estamos en un momento que ya no es el típico y podemos preguntarnos cosas. Hemos podido vernos tal cual somos sin los filtros de nuestros gustos, familias, trabajos… Así que pregunta.

—¿Cómo… cómo es vivir así? Digo siendo… famoso.

Sento se echa atrás y se acomoda en el sofá. Le coge la mano. Ambos sienten como si sus cuerpos les obligasen a tocarse. Aunque solo sea una leve caricia.

—Pues la verdad es que después de tener más de cierta cantidad de dinero en la cuenta y que te reconozcan por la calle, la cosa cambia.

—¿Sí? —pregunta atenta ella.

—Sí, la gente que te parecía normal ahora es mundana y más fea y las casas de las chicas que no tienen fama son como cuevas nauseabundas.

Sento se lleva los dedos a la nariz mirando a su casa.

—¡Capullo! —Martina le pega un manotazo en el hombro—. ¿Sabes que eres de los más idiotas que conozco?

Él se echa a reír.

—¡Pues mi vida es como la de cualquiera, pero con más dinero! Es verdad que vivir sin preocuparse de pagar facturas, da mucha tranquilidad, pero al final, la felicidad no la da el dinero. Son muchas otras cosas más que la gente no valora, como las personas que tienes alrededor, un motivo para vivir, cómo gestionas las adversidades de la vida… Me uní al grupo de filosofía para ver todas estas cosas. No entiendo cómo la gente de mi mundo ahoga sus penas comprando lujos.

A Martina le resuena *mi mundo*. Un mundo en el que ella no está… ¿todavía? Ella acaricia su mentón. Le gustan sus palabras.

—La fama y triunfar en la vida no tiene tanto mérito como la gente se piensa —continúa Sento—. Cuando era pequeño, a mi padre le dio por comprar un CD de música tecno de la época. Él era más de los Beatles y Queen, pero le dio por ahí. Y un día, yo tendría sobre 8 años, me puse el discman y los cascos y ocurrió algo que no me esperaba. Me fundí con la música. No sé explicarlo, cerré los ojos y fue como si la viera. Como si la sintiera. Desde entonces, para mis cumpleaños pedí más y más CD. Luego, de más mayor, cuando iba a las discotecas, me ponía cerca del dj. No podía dejar de pensar en cómo se mezclaban entre sí las canciones. Cómo entrelazaban las notas y creaban nuevas melodías entre ellas. Ahora te pregunto, ¿qué hubiera pasado si mi padre no se hubiera comprado ese CD o hubiera nacido en un pueblo donde lo más parecido a la música electrónica es el sonido de un tractor?

Martina se queda pensando en ello.

—Pero tú te lo has currado. Llegar donde has llegado, no es fácil.

—No, no es fácil, pero yo lo he tenido más que otros.

—¿Por qué?

—Mírame. Estoy muy bueno —dice, levantándose la camiseta y acariciándose los abdominales. Le lanza besitos al aire—. Mira, nena, toca, toca…

Martina, aunque lo ha visto de cerca, se sigue sorprendiendo de la uve que se le marca en dirección al calzoncillo. Si supiera que no la ve, se mordería el labio inferior.

—Sí, puedo admitir que estás muy bueno.

—Y claro, eso es una ventaja. No es que me lo crea, pero en este mundo el sexo manda y un cuerpo atractivo, llama más la atención que uno que no. Tengo compañeros mucho mejores que yo, pero son feos. No lo digo despectivamente, sino desde el punto de vista analítico. Así que sí, me lo he trabajado. Pero no ha sido un esfuerzo. Lo hubiera hecho gratis como lo hacía hasta que un representante me llamó después de ver un vídeo mío en YouTube. Entonces, en el caso de que mi padre sí que hubiera comprado el CD y yo no hubiera tenido este físico, o al representante que me llamó no le hubiera salido el vídeo mío, no estaría donde estoy. Y esto es para poner los pies en la tierra.

Martina se queda pensando en la decisiones y en el destino. A lo mejor no tenemos tanta capacidad de decidir cómo había pensado. ¿Podría ser que pequeñas decisiones que haya tomado en su vida la hayan llevado a estar dónde está? ¿A tener el trabajo que tiene o conocer a un dj internacional? ¿Qué hubiera pasado si esa mañana en la que fue andando y vio el cartel de filosofía hubiese ido en coche? Le da vértigo las miles de opciones que la vida va poniéndole en el camino y que no aprovecha.

—Lo del finde y el viaje… sigue en pie —dice Sento, tranquilo.

Martina tarda medio segundo en procesarlo.

—Sí. Tenías que irte a trabajar.

—Exacto. Quiero que formes parte.

—¿Dónde?

—Corfú —responde él, como si la isla griega fuera el Carrefour exprés donde compras el tomate frito que se te ha olvidado.

Silencio.

Martina se pasa una mano por el pelo.

—Pero no lo había entendido.

—¿Qué no habías entendido?

Martina duda, pero lo dice.

—Que «irte fuera» es esto. —Hace un gesto vago, como si pudiera meter la discoteca entera en el salón—. Que no es un viajecito. Es… tu mundo.

Sento la observa con atención real.

—Es trabajo.

—Ya. —Martina se ríe un poco, sin humor—. Pero es un trabajo que tiene luces, y gente que te mira como si fueras… importante.

Sento no responde inmediatamente.

—Y eso te asusta.

Martina no lo niega.

—Me coloca en un sitio raro. —Lo mira—. No sé dónde encajo yo ahí. No quiero estar ahí por ser «la que viene contigo».

Esa frase es clave.

Él asiente.

—Entonces no estés por eso.

—¿Y por qué estaría?

Sento sonríe apenas.

—Porque te gusta la música. Porque quieres vivirlo. Porque te apetece.

Martina respira.

Ahí cambia el foco.

No es «¿puedo estar en tu mundo?»
Es «¿quiero estar en ese mundo por mí?»

Y entonces sí encaja la decisión:

—Vale —dice, más tranquila—. Vamos.

Martina asiente despacio.

—Vale de verdad —repite.

Sento no celebra. No hace show. Solo la acerca más y la besa en la frente, suave, como si eso fuera un acuerdo.

Martina apoya la cabeza en su pecho un segundo.

Oye su respiración.

Y piensa, con una lucidez extraña:

No sabe si está tomando una decisión inteligente.

Pero sabe que, por primera vez en mucho tiempo, no la está tomando por miedo a equivocarse.

La está tomando por ganas de vivirla.

Sento la mira, con esa calma que le jode.

—Entonces… Corfú.

Martina se ríe, bajito.

—Sí… Corfú.

Y se queda un segundo mirándolo. Cada grieta que le muestra le abre por dentro un cosquilleo raro, uno de esos que antes habría intentado desactivar con una broma y que ahora, no sabe por qué, decide dejar estar.

Sento entrelaza los dedos en su pelo.

La besa.

Pero esta vez no es ese beso lento de la primera noche, ese beso de "vamos a aprendernos despacio". Es otro. Más directo. Más reconocible. El beso de quien ya sabe lo que viene después y no necesita anunciarlo.

Martina lo nota.

Y le gusta notarlo.

—Quita.

—¿Qué quito?

—La camiseta.

Sento se ríe contra su boca.

—Mandona.

—Tienes diez segundos.

Se la quita en cinco. Y antes de que ella pueda decir nada más, le tira del jersey hacia arriba, sin ceremonia, y se lo pasa por la cabeza con esa torpeza graciosa que tienen estas cosas en la vida real, donde a veces el pelo se queda enganchado en una manga y nadie hace como si no pasara.

—Espera.

—Estoy esperando.

—Que se me ha quedado el pendiente.

Sento la ayuda. Le suelta el pelo de la pulsera. Le pasa la mano por la mejilla un segundo después como diciendo *ya está, sigue*. Y siguen.

Esto sí.

Esto, piensa Martina, no lo hicimos en el viñedo.

En el viñedo había sábanas blancas y luna y olivos. Aquí hay un sofá pequeño, una luz de Ikea que les da por debajo y un cojín que se cae al suelo en cuanto se mueven un poco.

Y le encanta más.

Sento le besa el cuello con esa hambre nueva que tiene cuando llevan dos días sin verse. Martina le clava las uñas en la espalda sin querer.

—Eh —dice él contra su piel.

—Perdón.

—No, no perdones. Otra vez.

Ella se ríe.

Y lo hace otra vez.

Esta vez aposta.

Sento gruñe algo bajito, contra su clavícula, que Martina no entiende pero le funciona. Le quita el sujetador con un gesto rápido (sin gag esta vez, sin "qué virguería", porque ya no toca: ahora el sujetador desaparece y punto) y la empuja con suavidad contra el respaldo del sofá.

—Sento, espera.

—¿Qué?

—Que me estoy clavando algo.

Él la ayuda a recolocarse. Le mete una mano por debajo de la espalda y le saca un mando de la tele.

Lo miran.

Los dos.

Se descojonan.

—Tu salón es un campo de minas.

—Tu casa también, no te creas. La última vez encontré una zapatilla debajo de tu almohada.

—Eso es porque tú te mueves como si estuvieras pinchando.

—Cállate.

Él la calla con la boca.

Y ahora va más rápido.

No hay coreografía. No hay paciencia educada. No hay "te llevo al borde y te dejo". Está pasando otra cosa: dos personas que ya saben perfectamente lo que le gusta a la otra y que tienen ganas de cobrárselo todo a la vez.

Martina le baja el botón del vaquero sin pensar. Sento la ayuda a quitarse los suyos y casi se cae del sofá.

—Joder.

—Es que es muy estrecho.

—Pues vamos al suelo.

—No.

—¿No?

—Me gusta el sofá.

—Tu casa es rara.

—Calla.

Él se ríe. Pero no se mueve. Se queda donde ella le dice. Y eso, que parece una tontería, es un dato nuevo: en el viñedo él guiaba. Aquí ella guía. Aquí ella conoce el terreno y él la deja.

Cuando él se desliza por fin contra ella, sin ropa de por medio, los dos sueltan el aire al mismo tiempo.

—Cuidado —murmura Martina.

—Estoy.

—No, digo el cojín. Que se vuelve a caer.

Sento lo lanza al suelo de un manotazo y vuelve a besarla. Esta vez ya no para. La sujeta con un brazo por la espalda, la atrae hacia él hasta que ella queda casi sentada encima, y le habla al oído con esa voz baja y rota que solo le sale a partir de cierto momento.

—Lo tengo en el bolsillo del vaquero.

—Cógelo.

Él se estira sin sacarla del regazo, busca, lo encuentra, lo abre con los dientes. Martina no puede evitar reírse.

—¿Qué?

—Que lo haces como en las películas.

—Es eficiencia.

—Es postureo.

—Las dos cosas.

Y entonces ya no hablan más durante un rato.

Ella le rodea la cintura con las piernas. Lo mira un segundo desde muy cerca, con la respiración acelerada, y antes de moverse le dice, sin saber bien por qué:

—No te quiero perder.

Sento se queda quieto.

Apenas un instante.

—No me vas a perder.

—Vale.

—Vale.

Y se dejan caer juntos en el ritmo, despacio al principio, más rápido después, sin coreografía, sin "ahí" susurrado, sin nada de lo de la otra vez. Solo los dos, en un sofá pequeño, en un salón que huele a velas baratas, con la persiana medio bajada y la respiración cortada. Martina hunde la cara en su cuello y muerde, sin pensarlo. Él suelta un sonido que no es ni un gemido ni una palabra, algo intermedio, algo que solo puede salir cuando ya no estás vigilándote.

A los pocos minutos él se tensa, le aprieta la cintura más fuerte, y termina mordiéndole el hombro para no hacer ruido. Martina lo siente y se deja caer encima, con la cara en su pecho, con los dos respirando como si hubieran subido cinco pisos.

Sento le pasa la mano por la espalda, despacio, distraído.

—¿Tú? —pregunta él, con la voz ronca.

—Yo bien.

—¿Bien o muy bien?

—Mejor que bien.

La aprieta un poco más fuerte. Le besa la coronilla. Y se quedan los dos en silencio, escuchando la calle, alguien cerrando un portal, un coche pasando despacio.

Martina nunca había entendido bien por qué la gente decía eso de "estar". Le sonaba a frase de Instagram. A poesía barata. A ñoñería de revista de domingo.

Ahora lo entiende un poco.

No del todo.

Pero un poco.

Y un poco es bastante.

Pasan unos minutos. O más. Martina pierde la cuenta. En algún momento Sento alarga el brazo, agarra la manta del respaldo y la echa por encima de los dos con esa naturalidad de quien ya no pide permiso para hacer pequeñas cosas en una casa que no es la suya.

Martina lo mira de reojo.

—Qué rápido te has instalado en mi casa.

—Es que tu sofá es muy acogedor.

—Mi sofá es muy pequeño.

—Me gusta pequeño.

Ella le da un manotazo flojo en el pecho y él se ríe.

Se quedan en silencio un rato. Fuera se oye un coche pasando despacio. Alguien cierra un portal. La vida normal sigue ahí, al otro lado de las paredes, y por primera vez en mucho tiempo a Martina no le da la sensación de estar perdiéndose algo.

Piensa, con los ojos medio cerrados, que el viñedo fue descubrirse.

Esto es quedarse.

Y que todo esto —el DJ, la discoteca, la cabina, la moto, el sofá de Ikea, este hombre con tatuajes respirando contra su hombro — parece una serie de Netflix.

Y lo peor es que quiere ver el siguiente capítulo.

Capítulo 14

Martina se despierta como todas las mañanas.

Bueno, casi.

Se queda bocarriba y estira todo el cuerpo como si fuera un gato: despacio, con gusto y con esa dignidad absurda de «esto es mi pequeño placer diario y nadie me lo quita». Nota cómo crujen cosas que no deberían crujir a los treinta y pico, pero decide ignorarlo. Luego alarga la mano hacia la mesita, palpa a ciegas su reloj y entreabre un ojo.

Las nueve y…

Martina gira la cabeza hacia el otro lado.

Y lo ve.

Un tío tumbado, respirando profundo, con el pecho al aire, el pelo despeinado en modo anuncio de champú y una cara que no pertenece a su cama, ni a su vida, ni a su sofá de Ikea, ni a su lámpara de ramas de pino.

Martina parpadea.

Su cerebro intenta procesar.

Un hombre.

Un hombre guapo.

Un hombre demasiado guapo.

Un hombre… desnudo.

Martina se incorpora de golpe, se queda sentada con la sábana pegada al cuerpo y piensa lo primero que le sale, sin filtro y con mayúsculas mentales:

¡UN PUTO DJ INTERNACIONAL! ¡SE HA ACOSTADO CON UN PUÑETERO DJ INTERNACIONAL!

Le cuesta unos segundos asimilar la situación. No porque sea lenta, sino porque su cabeza es de las que necesitan desayunar para aceptar la realidad.

Sento.

Su actuación.

Su casa.

Follando…

Martina se pasa una mano por la cara como si se estuviera borrando un sueño, pero no. No se borra. Se queda ahí. Pesado. Real.

Sacude la cabeza.

Esto no es un sueño, es algo que tiene que gestionar.

Y esa palabra —gestionar— la pone nerviosa, porque la usa cuando hay un niño con diarrea en clase o cuando le llega un correo del colegio y pone «asunto: reunión urgente».

Él está a su lado durmiendo plácidamente, como si lo de anoche fuera lo más normal del mundo.

Como si no fuera un DJ famoso.

Como si no hubiera estado delante de cientos de personas anoche, con luces, humo, teléfonos en alto y chicas que podrían salir en una portada de revista sin despeinarse.

Martina lo mira y le entran dudas. De golpe.

Dudas de esas que no hacen ruido, pero te aprietan por dentro.

¿Esto es mi mundo?

¿Encajo aquí?

¿Qué hago yo con un tío que vive… así?

Se mira de reojo: pelo revuelto, cara de dormir, una pierna fuera de la sábana… y la otra probablemente en una dimensión alternativa.

En su cabeza suena una frase que no sabe de dónde ha salido, pero le golpea igual:

No es tu lugar.

Como si hubiera entrado en una fiesta elegante con zapatillas de deporte y un táper.

Sento se mueve.

Abre un ojo y hace una mueca. La luz le molesta. Está guapo incluso cuando se queja. Eso es un delito.

Alarga la mano y le roza la cara con el dorso de los dedos, muy despacio, como si fuera lo más normal tocarla así por la mañana.

Martina se queda quieta, porque su cuerpo está en modo «sí» y su cabeza está en modo «¡peligro!».

—Buenos días, profe —dice él con voz ronca—. ¿Cuál es la clase de hoy?

Martina tarda medio segundo en responder, porque hay una parte de ella que sigue atascada en *puto DJ internacional*, y otra que quiere hacerse la graciosa para no llorar de emoción y miedo a la vez.

—Quedarnos aquí desnudos eternamente.

Sento sonríe.

—Mmm… suena genial.

Martina nota que, cuando sonríe así, la vida se vuelve un poco menos seria.

Sento se estira, bosteza y le da un beso en el hombro, de esos que parecen casuales pero te derriten.

—Pero más tarde tenemos un vuelo a Corfú —dice, como quien dice «luego bajamos a por pan»—. Así que tienes que preparar tu maleta.

Martina se queda congelada.

No porque no lo supiera.

Lo sabía perfectamente.

De hecho, lo habían hablado. Lo habían dicho. Lo tenía registrado.

Pero una cosa es saberlo con la cabeza y otra es oírlo en voz alta, en su habitación, con él medio desnudo.

La frase «tenemos un vuelo a Corfú» le hace retorcerse algo dentro de sus tripas.

Martina traga saliva.

—Ya… —dice, y se le nota que está intentando sonar normal —. Ya lo sé.

Sento la mira, divertido.

—Tu cara dice lo contrario.

—Mi cara está procesando —se defiende Martina—. Estoy… actualizando la aplicación.

Sento se ríe bajo.

—Vale. Actualiza rápido que si no perdemos el vuelo.

Martina se pasa una mano por el pelo.

—Vale, vale. Maleta.

Se levanta y, en cuanto pone los pies en el suelo, su casa le vuelve a parecer su casa. Pequeña. Real. Con su desorden bonito. Con sus cosas baratas. Con su vida normal.

Y ahí le vuelve el pensamiento: *Corfú no es mi lugar*.

Se obliga a moverse.

Porque quedarse quieta es lo peor. Quedarse quieta es darle espacio a la duda para que ponga un sofá y se instale.

Abre el armario y empieza la batalla.

La batalla de «¿qué demonios se lleva una profesora de infantil a una isla griega con un DJ internacional que tiene una casa allí?»

Saca un bikini que se compró para un «algún día», pero no se lo ha probado hace poco.

Saca ropa interior bonita, luego ropa interior cómoda, porque no sabe cuál de las dos Martinas va a aparecer en Corfú: la segura o la que se siente impostora. O todas.

Saca un vestido que nunca se ha puesto porque le da miedo «ir demasiado». No llega a un par de días, pero necesita una maleta bien grande.

Sento la observa desde el marco de la puerta como si estuviera viendo un documental.

—¿Vas a mudarte? —pregunta.

—No —dice Martina, metiendo cosas con furia—. Estoy llevando ropa. Por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

—Por si acaso soy otra persona allí. Yo qué sé, Sento.

Sento entra, se sienta en el borde de la cama y la mira con una paciencia que a Martina le da rabia porque ella no tiene esa paciencia ni para esperar a que hierva la pasta.

—Vas a ser tú —dice él—. En Corfú o en tu salón.

Martina lo mira un segundo. Esa frase le gusta. Y a la vez le asusta, porque suena a promesa.

Luego él señala la maleta.

—¿Eso es necesario?

Martina saca la maleta gigante. La enorme. La que parece diseñada para transportar un piano.

Sento abre mucho los ojos.

—Martina…

—No me mires así. No sé cómo es tu mundo. Igual aquí la gente se cambia de ropa como de personalidad.

—Vamos no llega a dos días.

Sento le da un beso en el cuello.

—De nada, señora maleta de cadáver.

Martina se gira para darle un manotazo suave.

—No digas eso, idiota, que me traumatizas.

Termina de cerrar la maleta con esfuerzo. Se sienta encima para cerrarla y Sento la mira como si fuera lo más adorable del mundo.

—¿Ves? —dice él—. Ya está.

Martina baja la mirada.

Ya está.

Y esa frase le deja un hueco raro en el pecho. Porque «ya está» suena a facilidad. A decisión tomada. A vida que avanza sin pedir permiso.

Y ella no suele vivir así.

En el coche hacia el aeropuerto, Martina mira por la ventana. Sento conduce un coche normal, sin chofer, sin cristales tintados, sin nada que grite «soy famoso».

Eso la desconcierta.

—¿Por qué conduces un coche tan normal? —pregunta.

Sento no aparta la vista de la carretera.

—Porque me gusta.

—Pero tú podrías… —Martina hace un gesto— …tener un coche de famoso.

Sento suelta una risa.

—¿Qué es un coche de famoso?

—Uno que parezca un tiburón.

—Me miran suficiente a mí. No necesito que el coche también pida atención.

Martina se queda callada un segundo.

Eso le encanta, aunque le da rabia que le encante.

En el aeropuerto, Martina empieza a notar miradas. Algunas directas, otras disimuladas. Un móvil levantándose como quien no quiere la cosa.

Sento saluda con una sonrisa breve, sin pararse, como si aquello fuera parte del paisaje y no el centro del universo.

Y entonces Martina ve el cartel: **PRIORITY / BUSINESS / FIRST**.

Se detiene.

—¿Vamos por ahí?

Sento asiente.

—Sí.

Primera clase.

Martina siente que su cerebro vuelve a actualizar.

No es sorpresa. Lo sabía. Lo sabía también.

En el avión, Martina se sienta y mira todo como si fuera un museo: asientos enormes, pantallas, copas de verdad, una atención que la incomoda porque no está acostumbrada a que la traten como si fuera… importante.

Sento, en cambio, se mueve como si fuera su hábitat natural. Y lo hace sin chulería. Da las gracias. Sonríe. Habla normal. No se cree más que nadie.

Martina lo observa y piensa, con un pinchazo en el pecho, que eso es lo que la engancha: que podría ser un imbécil y, sin embargo, no lo es.

Llegan a Corfú y el aire huele a sal y a calor suave.

El coche los recoge y van por carreteras con olivos, casas blancas y curvas que parecen diseñadas para que te marees y te enamores a la vez.

Cuando llegan a la casa, Martina se queda parada.

No porque no se lo esperara.

Sino porque una cosa es imaginar una «casa en Corfú» y otra es ver *eso*.

Una casa que no es muy grande, blanca, en la playa. Ventanales. Terraza. Una piscina que parece una broma. Es cómoda.

Martina se queda con la maleta enorme en el suelo y piensa que su maleta parece aún más absurda.

—¿Esto… es tu casa? —pregunta.

—Sí.

Martina lo mira y se muerde la pregunta que le quema desde ayer.

¿Cuántas más tienes?

Pero no se atreve. Le da miedo la respuesta. Le da miedo confirmarse a sí misma que está jugando en una liga que no conoce.

Entran. Todo es bonito. Bonito de verdad. Bonito de «revista». Bonito de «aquí nadie tiene un cajón con cables y pilas sueltas».

Martina camina despacio. Mira el sofá. Mira la cocina. Mira el mar ahí delante, como si fuera un cuadro en movimiento.

Sento deja la mochila.

—Tenemos dos horas y luego nos vamos al evento —dice.

Martina asiente, tragándose el vértigo.

Dos horas.

Como si se pudiera aterrizar en otra vida en dos horas.

Se va al dormitorio. Abre su maleta gigantesca y se ríe sola.

—Soy ridícula —susurra.

Se ducha. Se arregla. Se pone un vestido sencillo, sandalias, pelo suelto. Se mira al espejo y se reconoce, pero también se ve distinta: como si el espejo la hubiera colocado en una versión alternativa de sí misma.

Sale y Sento está listo. Negro, simple, guapo sin esfuerzo, como si hubiera nacido sabiendo qué ponerse.

—¿Lista? —pregunta.

Martina asiente.

—Lista.

El evento es frente al mar, con luces cálidas, música y gente guapa. Martina entra y nota inmediatamente el idioma: inglés por todas partes, acentos, risas, palabras que le suenan y otras que le hacen sentir que su nivel real es «subtitles».

Sento la presenta a varios.

Martina sonríe, asiente, suelta frases cortas, y se sorprende de que el inglés le salga mejor de lo que pensaba.

Friends, por una vez, sirve para algo.

Sento sube a la cabina y empieza a pinchar. Martina se queda abajo, mirándolo.

Es distinto verlo aquí. Más cerca. Más íntimo. Sin la locura de anoche. Y se da cuenta de que él no solo pone música: manda el ritmo como si fuera un idioma suyo.

Cuando termina, todo el mundo se mueve a una fiesta posterior. Copas. Conversaciones. DJs. Gente de la industria.

Martina se encuentra hablando con una chica italiana sobre España, sobre Valencia, y Martina improvisa como puede.

—Valencia is… very sunny. Very good food. Paella. And… we have orange trees everywhere.

La chica se ríe y asiente como si Martina acabara de contarle un secreto.

Martina se anima.

Y entonces, aparece uno.

Un DJ alto, rubio, sonrisa con alcohol. Se acerca demasiado a Martina. Demasiado rápido. Demasiado seguro. Ella lo reconoce. Es Jonhergy Music. Lo ha escuchado miles de veces en sus AirPods.

—You’re gorgeous —dice.

Martina sonríe por educación.

—Thanks.

—Are you with him? —pregunta, señalando a Sento.

Martina se queda un segundo en blanco. No sabe qué son. No sabe qué decir sin convertirlo en algo que todavía no está definido.

—We’re… —empieza.

—Because if not, I can show you the island —dice él, acercándose más.

Martina da un paso atrás. Él le toca el brazo, como si tuviera derecho.

Martina se queda rígida.

En ese momento Sento aparece a su lado.

No hace drama. No monta escena. No se pone en modo macho de discoteca.

Solo se coloca cerca y pone una mano en la cintura de Martina. Un gesto pequeño, claro. Y elegante.

—Everything okay? —pregunta en inglés, con una sonrisa educada que tiene borde.

El rubio mira la mano y entiende.

—Yeah, yeah. I was just talking.

Sento asiente.

—Cool. She doesn't like being touched.

Lo dice tranquilo. Firme. Como una norma básica de humanidad.

El rubio se ríe, levanta las manos.

—Sorry.

—No problem —dice Sento.

El rubio se va.

Martina se queda mirando a Sento con el corazón acelerado.

—Gracias —dice en español, bajito.

Sento la mira.

—No tienes que aguantar eso por quedar bien.

Martina suelta una risa pequeña. Se relaja.

La noche sigue. Copas. Risas. Música más alta. Alguien propone bajar a la playa y, como en una película, varios terminan ahí: descalzos, medio borrachos, hablando en inglés como si la vida no pesara.

Martina se sienta en la arena. El mar suena. La noche es cálida.

Sento se sienta a su lado.

Martina apoya la cabeza en su hombro sin pensarlo demasiado.

Y ahí vuelve la duda, inevitable.

No porque el día haya sido malo.

Justo por lo contrario.

Porque ha sido bonito.

Y lo bonito le da miedo cuando no sabe si puede quedarse.

Martina se ríe sin humor.

—¿Qué piensas? —pregunta Sento.

Ella se queda unos instantes dándole vueltas a la cabeza. A la idea que le está invadiendo todo el rato.

—Que no. Que no encajo. Que mi casa es una cueva comparada con lo tuyo. Que tu vida es… gigante. Y yo soy… —se queda buscando la palabra— …pequeña.

Sento la mira un segundo largo.

—Tu cabeza dice muchas tonterías —dice.

Martina lo mira, ofendida y aliviada a la vez.

—Gracias.

Sento sonríe.

—No quiero que encajes en mi mundo, Martina. Quiero que estés en el tuyo… y que yo pueda entrar.

Martina nota un golpe suave en el pecho.

Se queda callada.

Y, como si el silencio le diera permiso, sale lo que lleva rondándole desde hace días:

—Y lo de producir música… —susurra—. Me sigue rondando.

Sento asiente, como si ya lo supiera.

—Lo sé.

—Me da miedo hacer el ridículo.

—Hacer el ridículo es el precio de aprender —dice él—. Podrías intentarlo. Me parece que se te va a dar genial.

Martina mira el mar y se imagina otra vida. Una donde se atreve. Una donde no se queda pequeña.

Y a la vez se imagina volviendo a su casa, a su sofá de Ikea, a su lámpara de pino, y le entra ternura por su vida normal.

Sento le da un beso en la sien.

—Mañana te enseño el estudio —dice.

Martina asiente.

No dice nada más.

Porque, aunque el mar suena perfecto y ella está aquí, en Corfú, con un DJ internacional…

Sigue sin saber si esta película es para ella.

Capítulo 15

Es curioso cómo la resaca puede ser una cosa elegante cuando no estás en tu casa con la persiana medio bajada, un vaso de agua en la mesita y la sensación de haber hecho un pacto con el diablo por dos cubatas. En Corfú, la resaca viene envuelta en luz, brisa y un mar que parece que lo hayan editado con un filtro de Instagram.

Martina está en bikini sentada en la terraza, con las piernas recogidas en la silla como si fuese normal desayunar así cada mañana. Y no lo es. No para ella. Ella normalmente desayuna con una camiseta vieja de publicidad de la carrera de la *Volta a peu*, esa que te regalan cuando llegas tarde a apuntarte, y un moño que no es un moño: es una amenaza.

Han preparado tostadas entre los dos. Eso también es raro. Sento ha sacado un pan que cruje como si hubiese estudiado en un conservatorio del crujido.

—Has puesto el tomate como si estuvieras haciendo una ofrenda —dice Sento, apoyado en la barandilla. Va en bañador, sin camiseta, con el pelo todavía un poco alborotado. Tiene cara de haberse acostado tarde, pero también de haber nacido guapo, que es la mayor injusticia del sistema.

—Es que lo es —contesta ella, muy seria—. En mi casa el tomate se respeta. Es lo único estable que he tenido en la vida. Mi padre no, mi ex no… el tomate sí.

Sento se ríe y se sienta frente a ella, estirando la mano para coger una tostada. Martina le mira los antebrazos. Le mira la clavícula. Le mira esa uve que aparece cuando se mueve y que a ella le da un microinfarto cada vez.

Martina se da cuenta de lo que está haciendo y vuelve al tomate como si fuese un trabajo.

—¿Dormiste bien? —pregunta Sento.

—Sí… —Martina mastica—. O sea, sí, pero mi cabeza ha tenido reuniones. Ha habido comité.

—¿Comité de qué?

—De… «¿qué hago yo aquí?» —dice Martina, señalando con la tostada alrededor—. Mira esto. ¿Qué soy? ¿Una excursión escolar? «Niños, hoy vamos a visitar el hábitat natural del DJ internacional».

—Eso suena bastante bien, en realidad —Sento ladea la cabeza—. Yo me apunto. ¿Hay merienda?

—Hay ansiedad —dice Martina, y luego se ríe, porque se lo dice a él y él no se va corriendo. Eso ya es algo.

Sento se inclina un poco hacia delante.

—¿Te apetece piscina?

Martina mira el agua desde la terraza. La piscina está ahí abajo, tan azul que parece falsa. El sol le da y se mueve con destellos. Martina siente una mezcla rara: calma y alerta. Como cuando en clase, de repente, todos los niños están demasiado callados. Sabes que eso no es paz, es preparación.

—Me apetece —dice—. Pero sin… cosas raras.

—¿Qué cosas raras? —pregunta Sento con esa cara de «no he sido yo».

—Sin sexo en el agua —suelta Martina, y le sale tan rápido que ni lo piensa. Luego se sorprende de sí misma por hablar así. Ella no es de decir esas frases sin ponerse roja. Pero claro, está en Corfú. Corfú desbloquea cosas.

Sento abre mucho los ojos.

—El sexo en el agua está sobrevalorado.

Martina lo mira como si lo estuviese evaluando.

—¿Lo dices por experiencia o por filosofía?

—Por experiencia y por filosofía —dice él—. Es incómodo.

Martina se ríe. Le sale una risa limpia, sin filtro. Eso es nuevo.

Bajan a la piscina con dos toallas, y Martina siente que cada paso es como una escena de película en la que ella debería ir más lenta, más elegante, más… actriz. Pero va normal.

En la piscina se quitan el bikini y el bañador con naturalidad, como si fuese su rutina de todos los días. Martina se sorprende de lo rápido que su cuerpo se acostumbra a algo que su mente todavía está intentando archivar.

El agua la envuelve y le quita un poco el peso del pecho. Se mueve despacio. Sento se acerca y la mira con esa tranquilidad suya que a Martina le pone nerviosa porque ella siempre cree que la tranquilidad de alguien esconde un plan.

—¿Qué? —pregunta ella, cruzándose de brazos bajo el agua de forma automática, aunque bajo el agua todo es un poco inútil.

—Nada —dice Sento—. Estoy mirando.

—¿Mirando qué?

—Tu cara cuando intentas parecer que no estás pensando.

Martina frunce el ceño.

—No estoy pensando.

—Te está saliendo el circulito ese dando vueltas que sale cuando se carga una página de internet.

Martina bufa.

—Vale, sí. Pero no es mi culpa.

Sento se acerca más. Martina nota el cuerpo de él cerca, la temperatura, la presencia. No hacen nada. Solo están. Y eso, por algún motivo, le da más electricidad que lo otro.

Ella, en cambio, lo observa a él. En silencio. Porque en el agua, con el sol cayendo y el cuerpo de Sento así, tan… real, le resulta imposible no mirar. Porque ese cuerpo no encaja con la idea que ella tenía de «un tío gracioso del grupo de filosofía».

Cuando salen del agua, el sol les golpea la piel húmeda y Martina siente una especie de bienestar raro, como si le hubieran reseteado algo por dentro.

Se tumban en un sofá grande, bajo un cenador que da sombra. De esos que parecen diseñados para que una influencer se haga fotos con un libro que no está leyendo. Martina se seca el pelo con la toalla y se coloca de lado, intentando que su cuerpo se vea… normal. Aunque desnuda en una casa de lujo en Corfú, «normal» es un concepto que ha muerto.

Sento se tumba también, con una mano detrás de la cabeza. Martina lo mira de reojo. Él la pilla.

—¿Qué? —dice él, otra vez.

—Nada —dice Martina.

—Eso es mentira. Te conozco desde hace… —Sento mira como si estuviera calculando—. ¿Cuántos años? ¿Tres? ¿Cuatro? —ironiza—. Y ya sé cuándo dices «nada».

Martina resopla.

—Es que… me siento bien —admite—. Y eso me da miedo.

Sento baja un poco la sonrisa. No se pone intenso, que es lo que ella teme. Se queda en ese punto exacto donde no huye, pero tampoco se vuelve un poeta.

—¿Por qué?

Martina mira al mar. Luego vuelve a él.

—Porque cuando me siento bien con alguien, mi cabeza empieza a hacer una lista de todo lo que puede salir mal. Como si fuese un mecanismo de defensa. «No te emociones, Martina, que luego vienen los impuestos emocionales».

Sento suelta una risa breve.

—Impuestos emocionales… —repite—. Eso es bastante exacto.

Martina se encoge de hombros.

—Yo soy así. Mi mente quiere protegerme.

—Tu mente es una señora con rulos que grita desde una ventana —dice Sento—. «¡Martina, ponte una chaqueta que te vas a constipar de ilusión!»

Martina se ríe otra vez y se tapa la cara con la toalla.

—Vale, ya. Cállate.

Sento le tira un poco de toalla para descubrirle la cara.

—Venga. Hoy volvemos a rutina. Pero una rutina buena.

Martina aparta la toalla.

—¿Rutina buena? Eso suena a secta.

—No. Rutina de verdad. Comer. Sol. Y… —Sento hace una pausa dramática—. Estudio.

Martina se incorpora un poco.

—¿Estudio?

—Sí. Te lo dije. Hoy te enseño mi estudio. Y haces cosas.

Martina traga saliva.

—¿Cosas?

—Cosas musicales. No te pongas nerviosa.

Martina abre la boca.

—No estoy nerviosa.

Sento la señala con el dedo.

—Lo estás.

Martina lo odia.

Suben a la casa y se visten de manera ligera, como quien se va a una excursión. Martina se pone un vestido sencillo y unas sandalias. Sento va con una camiseta blanca y pantalón corto. Parece un anuncio de colonia de hombre que huele a «yo no sudo».

Caminan por un pasillo y llegan a una puerta. Sento pone la mano en el pomo y mira a Martina con una sonrisa que parece de niño enseñando un juguete.

—Bienvenida —dice— al templo.

Martina levanta una ceja.

—¿El templo de qué?

—Del ruido bonito.

La puerta se abre y Martina se queda quieta.

La habitación está pensada para una sola cosa: que el sonido sea el rey y no haya distracciones. Las paredes tienen paneles acústicos, algunos con forma geométrica, otros como espuma diseñada para tragarse cualquier eco. Hay trampas de graves en las esquinas. El suelo tiene una alfombra gruesa. La luz es suave, cálida, sin brillos, como si fuese un estudio de cine en miniatura.

En el centro hay una mesa grande con un ordenador potente, dos pantallas, una tarjeta de sonido y una superficie de control con faders y botones. A los lados, monitores de estudio colocados con precisión. Hay un teclado MIDI sobre un soporte. En una esquina, una guitarra apoyada. En otra, una estantería con cables perfectamente enrollados, como si alguien aquí hubiera tenido una infancia sin trauma.

—Madre mía… —murmura Martina.

Sento la observa con satisfacción.

—Esto es mi habitación favorita de la casa.

—Yo tendría que pedir un préstamo para respirar aquí dentro —dice Martina.

Sento se ríe.

—Ven. Siéntate.

Martina se sienta en la silla, que es cómoda de verdad, de esas que te abrazan la espalda. En la pantalla hay un programa abierto con pistas, ondas, nombres raros. Sento se coloca detrás, sin invadir, pero cerca.

—Vale. Lo primero: esto no muerde —dice—. Lo segundo: aquí no hay vergüenza. Y lo tercero: te voy a dar cosas muy simples.

Martina asiente, con la sensación de estar en primero de primaria otra vez, pero como alumna. Y eso le hace ilusión.

—Haz clic aquí —dice Sento señalando un icono—. Crea un proyecto nuevo.

Martina lo hace.

—Ahora pon el tempo a… —Sento piensa— ciento veintidós.

—¿Eso es rápido? —pregunta Martina.

—Es… bailable —dice él—. Vale. Ahora te voy a cargar un sonido de percusión. Elige este.

Martina ve una lista con nombres: «Kick», «Clap», «Shaker»… Hay uno que pone «Perc 07». Le hace gracia porque suena a contraseña del WiFi.

—¿Perc 07? —dice Martina—. Esto parece un robot triste.

—Es el robot que te va a dar ritmo —dice Sento.

Martina coloca el sonido, y Sento le explica lo básico del grid, del compás, de cómo colocar golpes sin que parezca que un niño ha tirado canicas por una escalera. Se lo explica con paciencia, pero sin ponerse profesor pesado.

—Vale, ahora… —Sento se apoya en la mesa—. Haz un patrón que te salga natural. No pienses en «hacerlo bien». Piensa en… cómo te gustaría que sonara si estuvieras caminando por la calle con seguridad.

Martina lo mira.

—¿Caminando por la calle con seguridad? Eso es ciencia ficción.

—Pues imagínatelo —dice él.

Martina respira. Y empieza a colocar golpes. Uno aquí. Dos allá. De repente, mete un pequeño silencio que le sale solo, como cuando en una conversación haces una pausa para que la otra

persona se pique un poco. Un golpe doble, un espacio, un «clac» que cae justo donde a ella le gusta.

Le da play.

Suena simple. Pero suena con intención.

Martina se queda escuchando, como si no se creyera que eso lo ha hecho ella.

Sento se queda quieto. No dice nada durante unos segundos, y eso pone a Martina nerviosa.

—¿Qué? —pregunta ella—. ¿Está horrible?

Sento niega despacio.

—No. Tiene groove.

Martina abre los ojos.

—¿Groove?

—Sí. Ritmo. Personalidad. —Sento se inclina un poco y vuelve a darle play—. Mira esto. Esto no es una persona poniendo golpes al azar. Esto es alguien que escucha música de verdad.

Martina traga saliva.

—Bueno, también escucho reggaetón.

—Eso también cuenta —dice él, serio, como si fuese una verdad universal—. Vale, ahora vamos a añadir una base. Algo suave. Un pad.

Sento le enseña a buscar un sonido más atmosférico. Martina elige uno que suena como si un fantasma hubiese aprendido a ser sexy. Lo pone de fondo. De repente, la percusión se siente menos desnuda. Martina sonríe.

—Ahora mete un bajo simple —dice Sento—. Pero con intención. No muchas notas. Que el bajo sea como una persona segura: habla poco, pero cuando habla, manda.

Martina se ríe, pero lo hace. El bajo entra, y de pronto, aquello parece algo. No una canción. Pero algo que podría ser.

Martina se queda mirando la pantalla.

—Esto… —susurra—. Es divertido.

—Te lo dije —Sento cruza los brazos—. Y ahora viene lo mejor: te voy a enseñar a hacer una subida.

Martina le mira.

—¿Una subida?

—Un build-up. Para que luego caiga el drop y la gente haga «uuuh».

Martina intenta hacer el sonido con la boca.

—Uuuh.

—Exacto —dice él—. Eso.

Le enseña a automatizar un filtro, a subir la energía con un ruido blanco, a jugar con la tensión. Martina lo hace como si estuviera montando un puzzle. Se concentra. Se le olvida el mar. Se le olvida que está en una casa de lujo. Se le olvida que él es un DJ internacional. Solo existe el sonido.

Cuando le da play a la secuencia completa, Martina se queda quieta. Suena coherente. Tiene un principio, un camino, un gesto.

Sento no sonríe de inmediato. Eso le asusta. Luego, por fin, asiente.

—Vale —dice—. Esto… con un poco de forma, con un arreglo más limpio, y una melodía encima… podría salir al mercado en unos meses.

Martina se gira despacio, como si acabara de oír una frase que no cabe en su vida.

—¿Qué?

—Que tienes base —dice él—. Base de verdad. Y lo más difícil no es aprender un programa. Lo más difícil es tener oído y tener intención. Y tú… —Sento la señala suavemente—. Tú tienes intención.

Martina siente un calor raro en el pecho. No es excitación. No es vergüenza. Es algo más limpio. Como orgullo.

—No me digas eso así —dice Martina—. Que luego me emociono y me da un ictus.

Sento se ríe.

—Pues emociónate un poco. Que no pasa nada.

Martina mira la pantalla otra vez. Ve sus golpes. Ve su pequeño ritmo. Y por primera vez en mucho tiempo, piensa: «igual sí puedo».

Sento le toca el hombro con suavidad.

—Ahora guardamos esto. —Le pone un nombre al proyecto —. ¿Cómo lo llamamos?

Martina se queda pensativa.

—«Perc 07 y la profe de infantil» —dice.

Sento suelta una carcajada.

—Perfecto. Nadie lo va a piratear.

Martina se levanta y, de repente, nota que está feliz. De verdad. Y eso le asusta un poquito, pero también le da ganas de agarrarlo y no soltarlo.

—Quiero crear uno nuevo —dice Martina.

—¿Quieres seguir?

—Por supuesto, esto es adictivo.

—Lo que estás diciendo es señal que puede que sea tu lugar. Pocas personas se enganchan tanto en ta…

—¡Calla que no me concentro!

Martina ha creado ya un nuevo proyecto de tema y está probando varias opciones para el beat principal. Ha escuchado mucha música en su vida y eso ya es un avance.

—Bueno… yo me voy a comer algo…

—Vale, cariño —dice sin apartar la mirada de la pantalla del ordenador y subiendo uno de los faders—. Tráeme algo para picar.

Sento se marcha con una sonrisa en la boca de ver cómo se desenvuelve en un su mundo. En sus diales.

Después de un par de horas y varios paquetes de Pringles, Sento vuelve para advertirle que tiene que salir de la cueva para que le dé el sol.

—Esto es mucho mejor de lo que me imaginaba.

—Llevas más de dos horas, Martina —dice Sento—. Creo que ya es hora de que nos duchemos. He invitado a unos amigos productores, dueños de discotecas y otros colegas.

Martina piensa que está dentro. Dentro de su vida. Que la incluye sin dudar. Que solo

—Vale —dice Sento—. Ahora sí. Cena.

Martina parpadea.

—¿Cena?

—Sí —dice él—. Nos duchamos, nos ponemos guapos, y luego comemos algo que no sea tostada con tomate como si fuéramos dos jubilados.

Martina camina hacia la puerta y se gira un instante. Mira el estudio otra vez. Ese cuarto insonorizado. Ese templo del ruido bonito. Y siente que una parte de ella se queda allí, no atrapada, sino… despertada.

Capítulo 16

—¿Hola? —pregunta Sento, abriendo la puerta del estudio de grabación—. Llevas más de dos horas aquí, tenemos que irnos a cenar, cariño.

Martina sacude la cabeza como si la acabaran de sacar de debajo del agua. O de un sueño. O de una de esas escenas en las que alguien lleva auriculares y el mundo exterior es un rumor de fondo.

Ha estado ensimismada creando música. Era como si llevara todo eso dentro esperando a que saliera. Los beats, las melodías, los filtros… mentalmente estaba flotando. Y lo peor —o lo mejor— es que no le había costado.

—Ay, sí, perdona… —dice parpadeando—. Pero es que no sabía que esto era tan… tan.

—¿Tan qué? —Sento se cruza de brazos en el marco de la puerta.

—No sé cómo describirlo con palabras.

—¿Envolvente?

—¡Sí! ¡Eso! —Martina señala como si acabara de encontrar una palabra en el Scrabble—. Es como… como meterte dentro de un sitio. Como si el sonido te abrazara y te dijera «tranquila, que aquí mando yo».

Sento sonríe con una cara que mezcla orgullo con «te lo dije».

—Conozco esa sensación. Me ocurre cuando estoy en cabina.

Martina se gira hacia la pantalla del ordenador y ve el proyecto abierto con pistas de colores, automatizaciones, nombres que todavía le hacen gracia. Mira la forma de onda como quien mira una foto de un viaje.

—Es que… —murmura—. Me ha pasado el tiempo volando.

—Pues venga —Sento da dos golpes suaves en la puerta, como si fuera el jefe de un sitio serio—. Que van a llegar en breve.

La palabra *llegar* le hace recordar que existe el mundo exterior. Y que, además, va a entrar en su casa. A su casa de Corfú. A su casa de «esto no es mi vida.

Martina sale del estudio con las melodías en la cabeza bailando. Nota una energía nueva en el cuerpo, como cuando un niño en clase descubre que se le da bien algo y ya no se calla ni debajo del agua.

Suben a la habitación y ambos se arreglan esperando a los invitados.

Martina se pone un vestido sencillo, pero que le queda bien. Sento, por su parte, va guapo como siempre. Ojalá tener que preocuparse tan poco por qué ponerse como lo hace Sento y que le quede bien. Camisa abierta lo justo para que a Martina le dé rabia, pantalón claro, sonrisa fácil.

—¿Nerviosa? —pregunta él mientras se perfuma.

—No —miente Martina.

Sento la mira como si fuera un detector de mentiras con piernas.

—Sí.

Martina suspira.

—Un poco. Porque… —se señala alrededor—. Esto es… mucho.

Sento le coge la mano y se la aprieta.

—Son personas. No te las imagines con etiqueta.

—Ya, pero algunas vienen con etiqueta incorporada —dice Martina—. Como los vinos caros. Es como si pudieran oler que yo soy de Lidl.

Sento suelta una risa baja.

—Tú eres de paella buena. Eso no falla.

A Martina le viene un pensamiento a la cabeza de que no es su lugar. Uno pequeño, traicionero. De esos que se cuelan como si fueran una notificación del móvil que no has pedido.

¿Qué haces tú aquí?

Martina lo detecta y lo aparta.

—Mira, cabeza —murmura en voz baja mientras se mira al espejo—. Estoy un poco harta de que no pares de sabotearme. Hoy

no. Hoy no toca.

Pero aun así, se introducen algunos. Como si tu mente tuviera la costumbre de abrir la puerta sin llamar.

Suena el timbre.

Martina se queda recta.

—Respira —dice Sento, y le da un beso rápido en la sien—. Vamos.

Bajan.

Primero llega la influencer. Sabina Beltrán.

Martina la reconoce al instante. No porque sea su fan, sino porque el algoritmo es como ese cuñado pesado que te enseña cosas aunque no se las pidas. Sabina entra sonriendo, con una naturalidad que descoloca. Martina esperaba a una chica perfecta que mirara por encima del hombro y hablara de «targets»e impacto social, pero no: es simpática, cercana, con una risa que no suena ensayada.

—¡Sento! —dice ella, abrazándolo como si fueran colegas de verdad—. ¡Qué locura, Corfú!

—Sabina —dice él—. Esta es Martina.

Sabina le da dos besos a Martina con una calidez inesperada.

—Encantada. ¡Qué sitio más bonito! —dice mirando alrededor —. O sea… es de revista.

Martina se ríe un poco, sorprendida.

—Gracias —dice, y se da cuenta de que acaba de agradecer como si la casa fuera suya. *Qué fuerte.*

El novio de Sabina aparece detrás, con una sonrisa de «soy amable pero tengo reuniones». Tiene pinta de tener negocios por todo el mundo. No porque lo diga, sino porque lo transmite. Es de esos hombres que, incluso cuando están en chanclas, parecen que van a cerrar una inversión.

—Encantado —dice él estrechándole la mano a Martina—. ¿Tú también estás en el sector?

Martina parpadea.

—En el sector de… ¿Corfú?

Sento tose para tapar una risa.

—Es profe de infantil —aclara él.

—Ah, qué bonito —dice el novio, como si acabara de decir «soy voluntaria en un refugio». Pero lo dice bien. Sin condescendencia. Martina lo agradece mentalmente.

Sabina, mientras tanto, entra y se mete en la cocina como si viviera ahí.

—¿Hay algo de comer? —pregunta sin filtro—. Porque yo en redes parezco una persona que se alimenta de aire, pero en realidad podría comerme un jabalí.

Martina abre los ojos.

Vale. Me cae bien.

Van llegando los demás.

Llega un DJ amigo de Sento. Martina lo reconoce. Ha escuchado sesiones suyas. Se llama… bueno, da igual, porque los DJs tienen nombres que parecen contraseñas. El caso es que entra con una seguridad de cabina incluso en un salón.

Su mujer es despampanante. Guapa de forma agresiva. De esas mujeres que parecen estar siempre a punto de salir en un anuncio de perfume.

Y también parece… un poco tonta. Pero no tonta de mala persona. Tonta de pija. De esas que dicen «me encanta lo rústico» mientras miran un ladrillo normal.

—¡Ay, qué *cute* todo! —dice ella mirando la casa—. Me recuerda a… no sé… a Santorini, pero más… ¿cómo decirlo? Más… *asthetic*.

Martina asiente, sin saber qué hacer con eso.

Llega también un político. O expolítico. Martina no sabe distinguirlos, pero sabe que tiene cara de salir en tertulias y que le gusta la música electrónica porque queda moderno decirlo.

Viene con su pareja, que parece una persona normal y eso, curiosamente, tranquiliza a Martina.

Se saludan, se reparten copas, suenan risas. Martina intenta estar presente. Intenta no analizar cada gesto como si estuviera en un laboratorio.

Se sientan a cenar. Una mesa larga, bonita, con velas. Todo es agradable. Todo parece fácil. Martina, de hecho, empieza a relajarse.

Vale. Igual esto no es tan horrible.

Hablan de viajes, de música, de sitios, de eventos. Sabina cuenta una anécdota de un aeropuerto en el que casi se queda en tierra por culpa de una crema facial de más de cien mililitros.

—Fue humillante —dice—. Yo allí, explicándole a un guardia que esa crema vale más que mi coche.

Se ríen.

Martina también.

Luego, en un momento, el político —que ya ha bebido dos copas y se siente gracioso— se viene arriba y comienza a hablar de cosas caras.

—No, no, esto es de Richard Mille —dice el político a todos, levantando un poco la muñeca. Lleva ya varias copas y habla con esa seguridad relajada de quien está convencido de que el mundo es un sitio bastante cómodo—. Es un capricho, pero bueno… son cosas que te permites cuando… puedes.

Sento levanta las cejas como si no le importara mucho.

Martina mira el reloj. Es grande, raro, como si alguien hubiera desmontado un coche de carreras y lo hubiera metido dentro de una caja transparente.

—Qué reloj más chulo —dice ella con naturalidad—. Debe de valer casi como un Rolex, ¿no?

Silencio.

No largo. No dramático. Pero sí lo suficiente para que Martina note cómo el aire cambia de textura.

Primero una risa pequeña. Luego otra. Después varias.

La mujer del DJ suelta una carcajada como si Martina hubiera contado un chiste sin darse cuenta. El político mira su muñeca otra vez y niega con la cabeza, divertido.

—Bueno… —dice—. Digamos que algo más.

El DJ amigo de Sento levanta las cejas.

—Bastante más.

El novio de Sabina sonríe un poco, incómodo, mirando su copa como si de repente el vino necesitara toda su atención.

Sabina intenta suavizarlo.

—Bueno, al final un reloj es un reloj…Te dice la hora igual. Incluso yo, a pesar de llevarlo, miro la hora en el móvil.

Pero ya está hecho.

Martina nota cómo la sangre se le va de la cara, o quizá es el ego el que se le va al tobillo.

—Perdón —dice con una sonrisa rápida—. Voy un momento al baño.

Lo dice con tanta normalidad que nadie sospecha nada. O al menos eso espera.

Camina hasta el baño con esa sensación de estar actuando en una obra de teatro donde todo el mundo sabe el guion menos tú.

Cierra la puerta.

Se apoya un segundo en el lavabo.

Respira.

—Vale… —murmura—. No pasa nada.

Saca el móvil.

Abre ChatGPT.

Escribe: *Richard Mille reloj precio*.

En la pantalla aparecen cifras que a Martina le cuesta incluso leer sin parpadear.

Ciento cincuenta mil.

Doscientos mil.

Trescientos mil.

Uno de los modelos aparece con un precio aproximado que ronda **el medio millón de euros**.

Martina se queda mirando la pantalla como si acabara de descubrir que el agua del grifo sale de una nube privada.

Luego busca **Rolex**.

Ve números.

Diez mil.

Quince mil.

Treinta mil.

Algún modelo muy exclusivo sube más… pero aun así la diferencia sigue siendo absurda.

—Hostia… —susurra.

Se le escapa una risa corta, incrédula.

Medio millón de euros en la muñeca de un tipo que está mojando pan en aceite mientras habla de festivales.

Martina apaga el móvil.

Se mira en el espejo.

Durante un segundo vuelve ese pensamiento que ya conoce. Ese que se le cuela como una corriente de aire por debajo de la puerta.

No es tu lugar.

No perteneces a esta sociedad.

Se queda quieta un momento. Esta vez el pensamiento tiene mucha fuerza. No puede empujarlo fuera de su mente.

Luego se moja un poco las muñecas con agua fría.

—Ya estamos otra vez… —dice en voz baja—. Otra vez tú.

Porque reconoce esa voz. La de su propia cabeza intentando convencerla de que siempre está en el sitio equivocado.

Respira.

Se seca las manos.

Y se queda un segundo más mirándose en el espejo antes de volver a salir.

No encajas.

Esto era una excursión. Ya se ha acabado.

Sale al exterior por una puerta lateral sin que nadie la vea.

La noche de Corfú le golpea la piel con humedad. El mar suena de fondo. Martina respira y, de repente, siente que se le llenan los ojos de lágrimas, pero no llora. No quiere darles ese espectáculo ni a ellos ni a sí misma.

Se apoya en una barandilla. Mira las luces a lo lejos. Se acuerda del estudio. Del ritmo. De cómo se había sentido capaz hace una hora.

Y ahora se siente otra vez la misma de siempre: la que entra en un sitio y ya está pensando en cómo salir sin molestar.

—No pertenezco —susurra, como si lo dijera a alguien que no está—. No pertenezco a esta sociedad.

Se queda ahí, respirando, intentando convencer a su cuerpo de que no pasa nada. De que solo ha sido una risa. De que no es para tanto.

Pero su pecho no opina lo mismo.

Y, dentro, en la mesa, el ruido de las risas sigue. Pero a Martina ya le suena lejano, como si estuviera otra vez debajo del agua.

—¿Estás bien?

Martina gira la cabeza.

Sento ha salido por la puerta lateral y camina hacia ella.

—Sí —dice Martina demasiado rápido—. Solo quería tomar un poco el aire.

Sento se apoya a su lado, en la barandilla. Mira hacia las luces del fondo, hacia el mar negro que apenas se ve pero que suena. No parece nervioso. No parece haber entendido gran cosa. Y eso, por algún motivo, a Martina le duele más.

—No le hagas caso —dice él—. Ese hombre siempre está con sus cosas caras. Si no habla de relojes, habla de vinos. Si no, de barcos. Le falta enseñarnos una roca y decir que la ha traído de Marte.

Martina se ríe un poco por obligación.

—No, si me da igual.

Mentira.

Le da igual el reloj. Le da igual el político. Le da igual hasta la mujer del DJ y su risa de anuncio caro.

Lo que no le da igual es cómo se ha sentido ella. Como si hubiera abierto la boca y de repente todo el mundo hubiera visto de qué material estaba hecha. Y no fuera el adecuado.

Sento gira un poco la cabeza para mirarla.

—¿Seguro?

—Sí, de verdad. Ha sido una tontería.

Sento asiente. Y entonces mete la pata.

Lo hace sin mala intención. Eso es lo peor.

—Además —dice—, no tienes que compararte con nadie de aquí.

Martina nota algo pequeño y afilado atravesándole el pecho.

No tiene que compararse con nadie de aquí.

De aquí.

Como si hubiera un aquí y un ella. Como si fueran dos sitios distintos. Como si la frase fuera amable y, al mismo tiempo, confirmara justo lo que su cabeza lleva toda la noche susurrándole.

No pertenece.

No encaja.

No habla ese idioma.

Martina se obliga a sonreír un poco.

—Ya.

Sento, que no parece darse cuenta del golpe, le roza la espalda con la mano.

—Vamos dentro, anda. O van a pensar que me he puesto intenso y te has escapado.

—Eso sería bastante realista —dice ella.

Él se ríe.

Y Martina también, porque ya no sabe hacer otra cosa.

Vuelven a la mesa.

La conversación sigue como si nada. Sabina está contando una anécdota de una campaña con una marca absurda de agua en lata. El expolítico habla con el novio de ella sobre no se sabe qué inversión. La mujer del DJ se ha puesto a enseñar unas fotos de Mykonos donde todo el mundo parece bronceado desde el útero.

Martina se sienta.

Sonríe cuando toca.

Asiente cuando toca.

Incluso hace un comentario sobre lo raro que le parece que exista el agua en lata y Sabina se ríe de verdad, pero ya da igual.

Porque Martina está en otra parte.

No físicamente. Ahí sigue. Con la servilleta sobre las piernas y una copa delante. Pero por dentro está en modo evacuación.

Piensa en vuelos.

En si desde Corfú sale Ryanair temprano.

En si tendrá que hacer escala.

En si hay un avión a las siete, a las ocho, a las seis de la mañana o a la hora que sea con tal de desaparecer de allí sin montar una escena.

Sento le pone una mano en la rodilla debajo de la mesa. Un gesto pequeño. Cariñoso. Normal.

Martina mira esa mano un segundo.

Le gusta esa mano.

Le gusta él.

Y justo por eso todo esto duele más.

La cena termina más tarde de lo que ella querría. O quizá no. Quizá no termina tarde y el problema es que cada minuto ahí dentro se le ha hecho larguísimo. Cuando por fin suben a la habitación, Martina nota el cansancio clavado en la nuca.

Sento se quita la camisa y la deja sobre una silla. Está hablando de no se sabe qué tema que podría funcionar bien en un cierre de sesión, pero Martina apenas lo escucha. Tiene la cabeza llena de zumbido. Como si todavía llevara puestos los auriculares del estudio, pero ahora con una canción mala.

—¿Te pasa algo? —pregunta él al girarse.

Martina ya está metida en la cama, de lado, con la sábana por encima como si eso pudiera protegerla de sí misma.

—Me duele un poco la cabeza.

Sento la mira un segundo.

—¿Mucho?

—No. Pero estoy cansada.

Él asiente.

—Vale. Duerme, entonces.

Apaga una de las luces. Se mete en la cama a su lado. Le da un beso suave en el hombro.

—Mañana estarás mejor.

Martina cierra los ojos.

No responde.

Porque sabe que no.

Y porque, por primera vez desde que ha llegado a Corfú, no está pensando en quedarse.

Está pensando en cómo irse.

Capítulo 17

Martina abre los ojos en la oscuridad.

No sabe cuánto ha dormido, pero sabe que poco. Lo nota en la boca seca, en la presión rara detrás de los ojos y en esa sensación de haber pasado la noche discutiendo con su propia cabeza.

Mira la hora en el móvil.

4:47.

Perfecto.

Se queda quieta unos segundos. Escuchando.

El aire acondicionado suena bajo. El mar, al fondo, parece lejano. Sento respira a su lado, profundamente dormido, como alguien que ha encontrado su propia vida y no estuviera perdido.

Martina se gira despacio para mirarlo.

Duerme boca arriba, con un brazo por encima de la almohada. Tiene el pelo revuelto. La boca relajada. Envidia esa calma. Ojalá algún día poder tenerla.

Martina siente ternura.

Y eso lo complica todo.

Se queda mirándolo un poco más de la cuenta. Podría meterse otra vez bajo la sábana. Podría esperar a desayunar. Podría intentar actuar normal y salir a pasear y luego ver si se le pasa.

Podría.

Pero no quiere.

Porque sabe que, si se queda, tendrá que hablar. Tendrá que explicarse. Tendrá que poner en palabras algo que ahora mismo le parece ridículo y enorme al mismo tiempo. Y no puede.

Se incorpora despacio.

Sale de la cama con cuidado de no hacer ruido y va directa al baño con el móvil en la mano. Cierra la puerta sin encajarla del todo. Se mira al espejo y ve una cara normal. Demasiado normal para la cantidad de drama interno que lleva encima.

Se hace una coleta.

Se cambia en silencio.

Se pone unos leggings, una camiseta y una sudadera. Mete cuatro cosas en la maleta sin ordenar nada. Cargador. Neceser. Ropa doblada como sale. Un bikini hecho una bola. Todo con esa prisa rara de cuando no quieres que nadie te vea.

Antes de cerrar la maleta, se queda un segundo parada.

Mira la habitación.

Mira la cama.

Mira a Sento, que sigue dormido.

Se le encoge algo en el pecho.

Coge el móvil y le escribe:

Me vuelvo antes a España. No estoy muy bien y necesito irme. Luego te escribo. Perdón.

Se queda mirando el mensaje.

No le gusta.

Lo odia un poco.

Pero tampoco tiene fuerzas para mejorar su propia huida.

Lo envía.

Luego abre el chat de Beth.

Estoy yéndome al aeropuerto. No puedo estar aquí ahora mismo. Luego te cuento.

Beth no contesta, claro. Son casi las cinco. Bastante tiene con existir a esas horas.

Martina sale al pasillo arrastrando la maleta con la mano levantada para que no haga demasiado ruido. Baja las escaleras despacio. En la planta de abajo la casa parece otra. Más fría. Menos película. Más paredes blancas y silencio.

Pide un taxi.

Le sale carísimo.

Le da igual.

Mientras espera, se sienta en el borde del sofá un segundo, con la maleta al lado. La casa de Corfú, que ayer por la mañana le parecía un sitio donde podían pasar cosas buenas, ahora se le antoja un decorado precioso del que la están echando sin que nadie la haya echado de verdad.

Cuando el taxi llega, sale con la maleta, cierra la puerta con cuidado y sube sin mirar atrás.

Solo cuando el coche arranca se permite girar un poco la cabeza.

La casa se va quedando atrás entre sombras y olivos. Bonita. Inalcanzable. Como muchas cosas.

En el aeropuerto todo le parece muy distinto de cuando llegó.

La gente demasiado despierta. El café demasiado malo. Las pantallas demasiado brillantes. Una niña pequeña llorando como si expresara por ella lo que Martina no está dispuesta a hacer en público.

Hace cola.

Entrega la maleta.

Pasa el control.

Compra una botella de agua que cuesta lo mismo que media sandía en Mercadona y piensa que, efectivamente, ha vuelto al territorio del abuso.

Sento le ha escrito varias veces.

¿Qué pasa?

Martina.

¿Estás bien?

Llámame cuando puedas, por favor.

Ella mira los mensajes y le entra una mezcla feísima de culpa y enfado.

Apaga el móvil.

No del todo. Modo avión.

Lo suficiente para que el mundo se calle.

En el avión se sienta junto a la ventanilla y se abraza la sudadera al cuerpo. No duerme. Tampoco llora. Solo se queda ahí, mirando las nubes cuando despegan, con la sensación de haber salido corriendo de un sitio sin correr de verdad.

Cuando aterriza en España, el calor es distinto. Más seco. Más feo. Más suyo.

Pone el móvil en modo normal otra vez.

Tiene mensajes de Beth.

Muchos.

QUÉ

MARTINA

ESTÁS BIEN????

Te juro que si ese hombre ha hecho algo cojo un vuelo y le arranco la cara con las uñas recién hechas

Martina casi se ríe.

Le contesta solo:

Estoy bien. Luego te llamo.

No avisa a nadie más.

Coge un taxi a casa y, cuando entra, se queda quieta en medio del salón con la maleta aún en la mano.

Su casa vuelve a ser su casa.

El sofá.

La lámpara.

La mesa.

La cocina pequeña.

Todo lo de siempre.

Y, aun así, hay algo raro.

No porque la vea peor.

Sino porque ella ya no está exactamente igual que antes de irse.

Deja la maleta en el suelo.

Se quita las zapatillas.

Va a la cocina, bebe agua directamente de la botella y se apoya en la encimera.

Podría dormir.

Podría ducharse.

Podría meterse en la cama y quedarse ahí como una larva.

En vez de eso, coge el portátil.

No se lo piensa demasiado, porque si se lo piensa demasiado no lo hace.

Busca programas para producir música.

Lee comparativas.

Ve vídeos de gente hablando de DAWs como si fueran religiones distintas.

Uno dice que Ableton. Otro que Logic. Otro que FL Studio porque algo de los loops. Martina no entiende la mitad de lo que dicen, pero sigue mirando. Con una concentración rara. Casi animal.

Luego entra en Amazon.

Busca auriculares.

Luego un teclado pequeño.

Luego una controladora.

Luego vuelve atrás porque no sabe exactamente qué necesita y le parece ridículo comprarse un estudio entero por despecho existencial.

Pero sigue.

Mira vídeos de iniciación.

«Cómo hacer tu primer beat».

«Errores de principiante».

«Guía básica para producir electrónica desde cero».

«Qué necesitas de verdad y qué solo te quieren vender».

Y mientras escucha a un chico con gorra explicar para qué sirve un plugin, Martina nota algo extraño. Algo que no esperaba sentir ese día.

Calma.

No mucha. No una cosa zen ni madura ni de persona equilibrada.

Pero sí una calma pequeña. Una especie de hilo.

Como si en medio de toda la vergüenza, la huida, la culpa y el ruido mental, hubiera algo que sigue ahí esperándola.

El estudio.

El sonido.

La sensación de ayer por la tarde.

Ese momento en el que se sintió capaz.

Martina apoya los codos en la mesa y mira la pantalla.

Luego susurra, solo para ella:

—Vale. Pues vamos a ver.

Y por primera vez desde la cena, no piensa en el reloj. Ni en la risa. Ni en la gente de allí.

Piensa en el beat.

Capítulo 18

El despertador suena a las siete y cuarto.

Martina tarda unos segundos en recordar dónde está.

Su habitación. Su casa. España. Nada de olivos, nada de mar negro, nada de DJs que se llaman Sento.

El teclado blanco está sobre la mesa del salón, visible desde la puerta del dormitorio.

Lo mira unos segundos desde la cama.

Luego suspira y se levanta.

La rutina vuelve rápido. Ducha rápida. Café. Una tostada que se come de pie mientras revisa el correo del colegio. Un mensaje de la directora recordando la reunión de evaluación de la semana siguiente.

Todo normal.

Demasiado normal.

Cuando llega al colegio, el patio ya está lleno de ruido.

Niños corriendo. Mochilas enormes. Madres hablando rápido antes de irse al trabajo. Un padre intentando convencer a su hijo de que el lunes no es una conspiración contra él.

Germán saludando con ímpetu.

Germán…

Martina cruza la puerta.

—¡Martina!

Cris, una de las profes de infantil, aparece con un abrigo a medio poner.

—¡Pero si estabas en Grecia! —dice. Habrá visto alguna story. Martina no es muy de colgar cosas, pero algo sube—. ¿Qué tal?

Martina sonríe.

—Bien. Muy bonito.

—¿Mucho guapo?

—Algo así.

—No me cuentes nada, que luego me deprimo.

Martina se ríe y sigue caminando hacia su aula. Tampoco quiere contar.

Abre la puerta.

Y el mundo vuelve a su escala real.

Tres mochilas en el suelo.

Una caja de plastilina abierta.

Un niño intentando meter una pieza de Lego en el enchufe.

—¡NO!

Martina cruza la clase en dos pasos y le quita la pieza.

—Eso no se hace.

El niño la mira como si acabara de descubrir que la electricidad no es un juego.

—Vale.

—Vale.

Martina suspira.

Cinco minutos después tiene a veinte niños sentados en círculo. O intentando estarlo.

Uno llora porque quiere a su madre.

Otro porque no quiere sentarse.

Otro porque otro le ha mirado.

—Buenos días —dice Martina con su voz de profesora.

—¡BUENOS DÍAS! —gritan algunos.

—¡NO QUIERO! —grita otro.

Martina se ríe.

Y durante un rato todo vuelve a su sitio.

Los cuentos.

Las canciones.

Las preguntas absurdas.

—¿Los tiburones duermen?

—¿Los astronautas comen pizza?

—¿Mi abuelo puede vivir doscientos años?

Martina responde como siempre.

Natural.

Paciente.

Casi automática.

Pero algo es distinto.

Mientras un niño le explica con gran intensidad que su perro se llama Batman, Martina nota un ritmo en la cabeza.

Bum.

Bum.

Bum.

Como un bombo.

Parpadea.

Sacude un poco la cabeza.

—¿Martina? —dice el niño—. ¿Me escuchas?

—Sí.

—Batman también sabe nadar.

—Eso está muy bien.

Más tarde, en el baño infantil, la realidad vuelve a aterrizar con precisión quirúrgica.

—Martinaaaa —llama una voz desde uno de los cubículos.

—Voy.

Entra.

Un niño la mira con una expresión seria.

—Creo que ha pasado algo.

Martina mira.

Sí.

Ha pasado algo.

—Vale —dice con calma profesional—. Vamos a arreglarlo.

Diez minutos después está limpiando manos, pantalones y una cantidad de papel higiénico que podría cubrir un campo de fútbol pequeño.

Cuando termina, se lava las manos en el lavabo del baño infantil.

Agua fría.

Silencio momentáneo.

Se mira en el espejo.

Profesora.

Treinta y cinco años.

Acaba de limpiar caca a las diez y media de la mañana.

Y lo hace bien.

Porque siempre lo ha hecho bien.

Pero mientras se seca las manos, vuelve ese sonido en su cabeza.

Bum.

Bum.

Bum.

El beat.

El niño del perro Batman aparece en la puerta.

—Martina.

—¿Sí?

—Creo que necesito otra vez el baño.

Martina cierra los ojos un segundo.

Respira.

—Claro.

Cuando sale al patio a media mañana, Cris se le acerca con un café de máquina.

—Cara de lunes.

—Es martes.

—Pues peor.

Martina bebe un sorbo.

Cris la mira.

—¿Estás bien?

Martina tarda un segundo en responder.

—Sí.

Y no es mentira.

Pero tampoco es del todo verdad.

Porque mientras observa a los niños correr por el patio, Martina siente algo raro.

Una especie de doble vida.

Aquí: mochilas pequeñas, plastilina, baños infantiles.

Y en otro sitio: sonidos, beats, un estudio en Corfú, una versión de sí misma que apareció durante unas horas y todavía no se ha ido del todo.

Cris le da un codazo suave.

—Estás en la parra.

—Un poco.

—¿Pensando en el DJ?

Martina sonríe.

—No exactamente.

Cris levanta las cejas.

—Eso suena impreciso.

Martina mira el patio.

Los niños.

El sol.

La vida que lleva años viviendo.

Luego piensa en el teclado blanco que la espera en casa.

Y por primera vez desde que volvió de Grecia entiende algo.

Termina el café.

Y cuando vuelve a su clase, el ritmo sigue ahí.

Bum.

Bum.

Bum.

Como si algo hubiera empezado dentro de su cabeza y no tuviera ninguna intención de parar.

Martina no llamó a Beth el día que volvió.

Tampoco al siguiente.

Le mandó un mensaje corto para decirle que estaba bien y que ya le contará. Beth respondió con varios audios seguidos, un «¿QUÉ HA PASADO?» en mayúsculas y una amenaza bastante específica que incluye las palabras «rodillas» y «bate».

Martina no escuchó los audios.

No porque no quisiera.

Porque sabía exactamente lo que iba a pasar en cuanto oyera la voz de Beth: tendría que contar la cena, el comentario, la huida, el avión, el modo avión, todo.

Y si lo cuenta en voz alta, ya no podrá fingir que lo tiene más o menos controlado.

Así que pospuso.

Estos días, nada más llegar a casa, después de las clases se metió en su portátil casi sin pensarlo.

Aprendió lo que es un loop.

Descubrió que hay foros enteros donde adultos con cara de tener hipoteca discuten durante horas sobre compresores como si hablaran de política.

Se descargó una versión de prueba de un programa.

No entiende la mitad de lo que ve en pantalla, pero algo en ese caos técnico la mantiene concentrada. Es como un idioma nuevo que todavía no habla, pero que le resulta familiar.

El teclado que compró es pequeño. Blanco. Bastante más serio de lo que esperaba.

Lo conecta.

Pulsa una tecla.

Suena.

Pulsa otra.

También suena.

No es música. No es nada.

Pero es suficiente para que Martina pase una hora entera tocando cosas sin ningún sentido.

Llaman al timbre.

Martina está en el sofá con el portátil sobre las piernas y el teclado delante, intentando entender el porqué de todo.

El timbre vuelve a sonar.

Luego suena el móvil.

Beth.

Martina suspira.

Se levanta.

Abre la puerta.

Beth entra como si tuviera una orden judicial.

Lleva gafas de sol en la cabeza, un café helado en una mano y una bolsa de bollos en la otra.

Se para en mitad del salón, la mira de arriba abajo y frunce la nariz.

—Tienes cara de llevar tres días peleándote con la oscuridad.

—Gracias.

Beth deja la bolsa en la mesa.

—He venido a salvarte de ti misma.

—Qué descanso.

Beth la abraza.

Solo un segundo.

Lo justo.

Luego se separa y se sienta en el sofá.

—Vale. Cuéntamelo todo.

Martina se apoya en la mesa.

—No hay mucho que contar.

Beth la mira.

—Martina.

—¿Qué?

—Has huido de una isla griega a las cinco de la mañana después de una cena con un DJ famoso y un político con relojes absurdos.

Martina se queda callada. Con pocos detalles le iba narrando su aventura por la isla con Sento.

Beth abre los brazos.

—Diría que sí hay bastante que contar.

Martina se sienta frente a ella.

Y empieza.

Le detalla Corfú.

La casa.

La cena.

La mujer del DJ.

El comentario del reloj.

La risa.

La conversación fuera.

La frase de Sento.

No tienes que compararte con nadie de aquí.

Beth no la interrumpe.

Cuando Martina termina, se queda en silencio unos segundos.

Luego dice:

—No estás así por el reloj.

Martina resopla.

—Ya.

—Ni por la pija.

—Ya.

—Ni por el político.

Martina se cruza de brazos.

Beth la mira con calma.

—Estás así porque te sentiste pequeña.

Martina no responde.

Beth continúa:

—Y te pasó justo después de sentirte enorme en el estudio.

El comentario se queda flotando entre las dos.

Martina baja la mirada.

—La frase me mató.

—Normal.

—Pero él no lo dijo a malas.

Beth asiente.

—Precisamente por eso.

Martina se queda mirando la mesa.

—¿Lo echas de menos?

La pregunta tarda en asentarse.

Martina tarda todavía más en responder. Y no lo hace con palabras.

—Pues entonces el problema no es solo romántico. Esto también te hizo sentir.

Beth señala el teclado sobre la mesa.

—Creo que quiero aprender.

—No por él.

Beth asiente.

En ese momento el móvil vibra sobre la mesa.

Las dos miran la pantalla.

Sento.

Martina tarda unos segundos en abrir el mensaje.

No sé qué ha pasado, pero me gustaría entenderlo. Si no quieres hablar ahora, lo respeto. Solo dime que has llegado bien.

Martina lo relee.

Beth espera.

—No está siendo imbécil —dice Martina al final.

—Qué fastidio.

—Mucho.

Martina escribe.

He llegado bien. Necesito un poco de tiempo.

Lo envía.

Aparecen los dos ticks azules.

Sento está escribiendo.

Se detiene.

Vuelve a escribir.

Al final llega un solo mensaje.

Vale. Tómate el tiempo que necesites.

Martina deja el móvil boca abajo.

Beth la observa.

—Bueno.

—¿Qué?

—Primer contacto superado.

Martina suspira.

Beth mira el portátil.

—¿Qué estabas haciendo antes de que llegara?

—Intentando que esto no suene como una alarma de incendio.

Beth se inclina para ver la pantalla.

—Esto parece la cabina de un avión.

—Un poco sí.

Beth se levanta.

—Voy a hacer café. Porque ese café frío que llevas tres días bebiendo parece meconio líquido.

Mientras Beth abre armarios en la cocina como si viviera allí desde siempre, Martina vuelve a poner el vídeo.

El chico del tutorial explica cómo construir un ritmo básico.

Bombo.

Caja.

Hi-hat.

Martina lo escucha con más atención que los dos días anteriores.

Pulsa una tecla.

Luego otra.

No es nada todavía.

Pero ya no se siente como una huida.

Se siente más bien como empezar algo.

Beth vuelve con dos cafés.

—¿Qué tal vamos?

Martina no aparta la vista de la pantalla.

—Creo que voy a comprar otra cosa.

Beth se detiene.

Beth suspira.

—Siempre empieza así.

Martina bebe café.

Y al hacerlo siente algo muy extraño.

No felicidad.

No alivio.

Pero sí una decisión pequeña.

Como si hubiera puesto el pie en un sitio nuevo sin saber todavía a dónde lleva.

Deja la taza sobre la mesa.

—Bueno —dice—. Ya que estás montando un miniestudio, por lo menos espero que cuando seas famosa me invites a backstage.

Martina sonríe.

—No sé ni abrir el programa —dice Martina.

La música vuelve a sonar.

—¿Alarma de incendios dices? Joder si suena de puta madre

Martina vuelve a mirar la pantalla.

El beat empieza a tener forma.

Y por primera vez desde que salió de Corfú, siente que no está escapando de algo.

Está yendo hacia algo.

Capítulo 19

Programación trimestral de actividades.

Solo leerlo da sueño.

Martina lo piensa mientras abre el documento en el ordenador de la sala de profesores y ve ese título en Arial tamaño doce como si fuera una amenaza. La clase de cosa que te hace cuestionarte todas las decisiones que has tomado en la vida y, al mismo tiempo, te obliga a decidir si la semana que viene tus alumnos van a experimentar con arroz de colores o con gelatina.

La sala está vacía.

Gracias a Dios.

A esa hora casi todo el mundo está en clase, en el patio o huyendo de una conversación sobre evaluaciones como si les fuera la vida en ello. Martina, en cambio, necesita ese silencio. Esa mesa grande llena de marcas de tazas. Esa cafetera que amenaza con morir desde 2022 y, sin embargo, sigue ahí. Todo eso le resulta extrañamente reconfortante.

Han pasado cuatro días desde que volvió de Corfú.

Cuatro días en los que ha intentado reconducir su vida con la energía de una persona que ha huido de una isla griega, ha descubierto que quizá tiene una crisis de identidad.

No está mal.

Sento ha respetado el tiempo que le pidió.

Demasiado.

Eso también le molesta.

No de una manera racional, claro. De una manera absurda, idiota y completamente humana. Porque una parte de ella piensa que qué bien, qué correcto, qué maduro todo. Y otra parte, bastante menos evolucionada, piensa joder, podrías por lo menos dar señales de vida. Un mensaje un poco menos educado. Un «oye, no te dejo desaparecer así». Un «la estoy cagando, pero aquí sigo». Algo.

Pero no.

Nada.

Silencio respetuoso.

Qué rabia.

Martina mira la pantalla del ordenador y escribe:

Objetivos del trimestre:

— Favorecer la exploración del entorno a través de experiencias sensoriales.

Conecta el teléfono a su altavoz bluetooth de la mesa.

Le da al play.

Empieza el beat.

Suave al principio. El golpe grave. La percusión tribal. Un fondo cálido que ha conseguido después de pasarse dos noches viendo tutoriales de un chico argentino que explica compresión como si hablara de qué se le echa a la paella. Luego entra la melodía. Una línea afro muy sencilla, pero con algo. Algo que a Martina le sigue sorprendiendo porque, si es sincera, todavía espera que de sus manos solo salga ruido de lavadora rota.

Lo empezó en Corfú.

Pero no.

Esto suena bien.

No perfecto. No profesional. Pero bien.

Bastante bien, incluso. Aunque quizá solo para ella.

Su dedo da pequeños golpecitos sobre la mesa siguiendo el ritmo.

No debería estar pensando en Sento.

Por supuesto que piensa en Sento.

Le pasa desde que volvió. El modo en que se reía en el estudio cuando ella decía algo absurdo. Cómo le explicaba cosas técnicas sin hacerla sentir idiota. Cómo la miró la primera vez que acertó con una melodía y se quedó un segundo callado, como si de verdad la estuviera viendo.

Y otras veces lo piensa peor.

Con rabia.

Con nostalgia.

Con esa mezcla asquerosa de «te echo de menos» y «qué bien te está quedando respetar mi espacio, desgraciado».

Ayer, sin ir más lejos, lo vio en una historia.

No porque lo buscara. Porque apareció.

Bueno.

Apareció porque una amiga suya había compartido una foto de él en una cabina en Ibiza y Martina, que es una mujer madura y centrada, abrió la historia, la vio durante dos segundos y la pasó enseguida como si la pantalla quemara.

Iba de blanco.

Eso es todo lo que registró antes de huir.

De blanco y sonriendo.

Y le sentó fatal.

No por nada concreto. Solo por el hecho ofensivo de que la vida siguiera. De que él siguiera guapo. De que Ibiza existiera. De que la gente sonriera en sitios con luces bonitas mientras ella estaba en casa descubriendo qué era exactamente un sidechain.

—¿Qué escuchas?

Martina da un pequeño respingo.

Levanta la vista.

Es Cris, la compañera de los pendientes enormes, la letra impecable y una vida sentimental tan intensa que parece escrita por tres guionistas con mucho café encima.

Está apoyada en el marco de la puerta, con una carpeta en la mano y expresión curiosa.

—Nada —dice Martina por reflejo.

Cris frunce la boca.

—Vale, pues ese «nada» tiene bastante ritmo.

—Es una cosa que he hecho yo.

Lo dice con un tono tan neutro que parece hasta extraño.

Cris arquea una ceja.

—¿Perdón?

—Una canción. Bueno, ni siquiera una canción. Un proyecto. Un… no sé. Una base.

—¿La has hecho tú?

Martina asiente, un poco a la defensiva, preparada para la sonrisa amable de «ay, qué mona, ha trasteado con GarageBand».

Pero Cris alarga la mano.

—Pon.

—¿Qué?

—Pon eso desde el principio. Que lo escuche bien.

Martina duda un segundo. Luego sube el volumen.

Le da al play otra vez.

La percusión empieza a llenar la sala de profesores.

Cris escucha en silencio.

No pone cara de compromiso.

No sonríe por educación.

Simplemente escucha.

Y cuando entra la melodía, abre mucho los ojos.

—Pero qué narices…

Martina se queda inmóvil.

Cris la mira.

—¿Esto lo has hecho tú de verdad?

—Sí.

—Martina.

—Qué.

—Esto tiene un flow que te cagas.

Martina se ríe sin querer.

—No me lo creo.

—Pues créetelo. O sea, no sé si decirte que me flipa o pedirte directamente dónde la puedo descargar porque me la pondría ahora mismo en el coche.

Martina nota algo rarísimo por dentro. Como si alguien le hubiera abierto una ventanita en el pecho para que entrara aire.

—No está para descargar en ninguna parte —dice.

—Pues mal. Corrígelo.

Cris se acerca más al portátil.

—¿Pero qué es esto? ¿Afrohouse?

—Sí. Bueno. Más o menos. Afrohouse.

—Pues me encanta. Tiene una cosa… —mueve la mano buscando la palabra—. Como elegante, pero con ganas de liarla.

Martina parpadea.

En ese momento entra Javi, de primaria, con una taza en la mano y cara de no haber dormido desde 2019.

—¿Qué pasa aquí? —pregunta—. ¿Por qué de repente esta sala parece un beach club?

Cris ni se gira.

—Calla y escucha.

Javi se queda quieto un momento, con la taza a medio camino de la boca. Suena la base. Entra el ritmo. Luego la melodía.

—Hostia —dice al cabo de unos segundos.

Martina cierra los ojos un segundo.

—No digas «hostia» tan alto, que estoy programando actividades sensoriales.

Javi la mira.

—Está muy chula.

—La ha hecho ella —. Cris lo señala con el dedo— ¿Ves? Lo estoy diciendo.

Javi deja la taza en la mesa y se acerca al portátil.

—No, en serio. Está muy chula. O sea, no tengo ni idea de estas cosas, pero esto lo escucho en un sitio con luces bajas y una copa cara y me creo que estás forradísima.

Martina suelta una carcajada.

—Gracias por ese criterio tan técnico.

—De nada. Soy un hombre del pueblo.

Cris sigue escuchando, balanceando apenas la cabeza.

—Te lo digo completamente en serio, Martina. Esto no suena a hobby cutre. Suena a que sabes lo que estás haciendo.

Martina va a responder que no, que no sabe, que está empezando, que ha visto mil tutoriales, que seguramente si lo oyera alguien de verdad se llevaría las manos a la cabeza. Pero no lo dice.

Porque, por primera vez, no le sale desmontarse automáticamente.

Mira la pantalla.

Escucha su propio beat sonando en la sala del colegio donde, en ese mismo momento, seguramente hay un niño llorando porque le han quitado una cartulina o porque alguien ha mirado mal su rotulador verde.

Y la escena le parece rarísima.

Maravillosa, pero rarísima.

Su vida real y la otra, durante unos segundos, han chocado de frente.

Y no se ha roto nada.

Javi da un último sorbo a su café.

—Bueno, yo solo venía a por azúcar, pero ahora necesito saber por qué la profesora más normal del centro tiene un temazo escondido.

—No soy la más normal del centro —dice Martina.

Cris y Javi se giran a mirarla al mismo tiempo.

—Lo eres bastante —dice Cris.

—Muchísimo —añade Javi.

Martina suspira.

—Qué asco me dais.

Cris le da un golpecito en el hombro.

—En serio. Sube eso a algún sitio.

—No.

—Sí.

—No.

—Sí.

—No sé ni terminarlo.

Cris se encoge de hombros.

—Pues lo terminas.

Así. Fácil. Como si terminar una canción, salir de una crisis existencial y asumir que quizás tienes más de una vida dentro del cuerpo fuera como hacer una lista de la compra.

Martina baja la mirada al documento de Word.

Actividad 3: Mesa sensorial con elementos del otoño.

Qué fantasía.

Javi coge el azucarero y se va con una última mirada al portátil.

—Cuando seas famosa, quiero que recuerdes que yo validé esto antes que nadie.

—Cris lo ha hecho antes.

—Entonces quiero que recuerdes que yo lo hice con más profundidad.

Se va.

Cris se queda un momento más, mirando a Martina con una sonrisita de esas que resultan un poco insoportables porque ven más de lo que una querría.

—Bueno —dice al fin—. Si en algún momento decides sacar tu era misteriosa de DJ de infantil, avísame.

—No soy DJ.

—Todavía.

Cris sale de la sala y la deja sola otra vez.

Martina mira el portátil.

Vuelve a darle al play.

La base suena de nuevo, pero ahora ya no le suena igual que hace media hora.

Antes era algo suyo, secreto, medio ridículo, medio importante.

Ahora también es otra cosa.

Martina se apoya en el respaldo de la silla y, casi sin querer, abre Instagram.

Error.

Lo sabe antes incluso de hacerlo.

Pasa una historia.

Otra.

Y entonces aparece él.

Sento.

Un vídeo corto. Cabina. Luces bajas. Gente moviéndose delante. Él con la cabeza un poco agachada, concentrado en algo que toca.

Martina va a pasarlo.

Pero no lo hace.

Porque hay algo en el sonido.

Al principio no le presta atención. Solo es música. Otro sitio. Otra vida.

Luego frunce el ceño.

Ese ritmo.

Ese golpe.

Es muy parecido.

No igual.

Pero…

Se queda quieta.

Sube un poco el volumen.

Entra una melodía.

Y ahí ya no puede apartar la mirada.

No sabe exactamente qué es.

No sabe si es suyo.

No sabe si es casualidad.

Pero hay algo en esa base que le resulta demasiado familiar.

Demasiado.

Sento levanta la vista en el vídeo y sonríe a alguien fuera de plano.

La música sigue.

Martina lo corta.

Demasiado rápido.

Como si se hubiera acercado demasiado a algo que no sabe todavía manejar.

Deja el móvil boca abajo sobre la mesa.

Se queda quieta.

Un segundo.

Dos.

Luego vuelve al portátil.
Le da al play.
Su beat suena en los auriculares.
Escucha.
Compara sin querer.
Corfú. El estudio. Esa melodía.
No es igual. Está acabada.
Pero tampoco es tan distinto.
Y esa idea, en lugar de calmarla, le acelera el pulso.
Abre una nota en el móvil.
Escribe:

No ver más historias de Sento.

Y, muy a su pesar, sonríe.

Capítulo 20

Martina aguanta hasta que sale del colegio.

No mucho más.

Consigue terminar la programación trimestral, mandar dos correos, corregir una ficha de grafomotricidad que parecía hecha por un huracán pequeño y fingir durante varias horas que su cabeza no se ha quedado enganchada a una historia de ocho segundos.

Porque desde que ha escuchado aquello en el vídeo de Sento, hay una idea que se le ha metido debajo de la piel y ya no sabe cómo quitársela.

No era igual.

Eso es verdad.

No era su beat tal cual. El primero que hizo en el estudio de Sento. La primera vez que descubrió que tenía muchas notas en su cabeza que deseaba salir.

No era su melodía entera. No era una reproducción descarada de nada.

Pero había algo.

Una textura.

Un ritmo.

Una forma de entrar.

Una sensación.

Algo demasiado parecido a lo que había hecho ella como para que su cuerpo no lo reconociera antes incluso que su cabeza.

Y eso, en lugar de aclararle nada, le ha complicado la vida.

Sale del colegio con el bolso colgado al hombro, las llaves en la mano y la sensación de que lleva dentro una conversación entera que nadie más puede oír.

En el coche no pone la radio.

No pone su canción. Tenía una copia que ha escuchó mil veces en el aeropuerto y durante el vuelo.

No pone nada.

Conduce en silencio.

Cuando entra, deja el bolso en la silla de siempre, se quita las zapatillas de cualquier manera y va directa al portátil.

Ni agua.

Ni ducha.

Ni una pausa entre persona adulta y criatura obsesiva.

Busca en el primer archivo que se envió. Abre el proyecto.

Le da al play.

Escucha.

Para.

Vuelve a poner la historia de Instagram. La ha guardado en la memoria con la precisión ridícula con la que una recuerda las peores cosas: cuánto duraba, cómo levantaba él la vista, en qué momento entraba la melodía.

Intenta reconstruirlo.

No puede.

Le da rabia.

Escucha otra vez su base.

Luego se queda mirando la pantalla en silencio, con el cursor quieto en medio del proyecto, como si fuera a aparecer una respuesta escrita en alguna pista de percusión.

—No puede ser casualidad —murmura.

Y justo después se lleva la mano a la frente, porque claro que puede ser casualidad. O no. O sí. O qué sabe ella.

Ahí empieza el desfile.

La duda entra en casa con ella, se sienta en su sofá, se sirve agua sin pedir permiso y se pone cómoda.

Igual se ha aprovechado.

La idea le produce un pinchazo tan limpio que casi le da vergüenza haberla pensado.

Porque «aprovecharse» suena feo. Sucio. Interesado. Y, si es sincera, no encaja del todo con Sento. No con el Sento que ella conoció en Corfú. No con cómo la miró en el estudio. No con la paciencia que tuvo. No con esa forma de escucharla que resultaba tan extraña en un hombre guapo y acostumbrado a que el mundo le sonriera antes de abrir la boca.

Pero aun así.

La idea está ahí.

Igual él cogió aquello, lo pulió, lo hizo suyo y ya está. Igual para él fue solo material. Una chispa. Un juego. Algo que se aprovecha porque sirve y porque puede.

Martina cierra los ojos un segundo.

Luego viene la otra versión de la historia en su cabeza.

Igual lo ha hecho por ella.

Y esa es peor.

Porque la enfada y la enternece a la vez. Porque entonces no sería un robo ni una casualidad, sino una especie de gesto. Un mensaje cifrado. Una manera de decirte he visto esto, lo que hicimos no fue nada, tú tampoco lo eres.

Y eso, aunque suene precioso en una película, en su cabeza tiene el poder de desregularla por completo.

—No —dice en voz alta, sola en su salón—. No me voy a poner romántica con un bombo y dos congas.

Se deja caer en la silla.

Mira otra vez la pantalla.

Luego llega la tercera opción, la más cobarde y quizá la más sensata.

Igual no es nada.

Igual se está inventando todo porque está sensible, porque le echa de menos, porque lleva días metida entre tutoriales y percusiones africanas y ahora cualquier cosa con un ritmo medio tribal le parece una señal divina.

También podría ser eso.

También podría ser ella. Siempre ella. Con su tendencia a convertir una duda en una saga de fantasía.

Se levanta para ir a la cocina. Bebe agua. Vuelve. Se sienta otra vez.

Abre Instagram.

Lo cierra.

Abre el proyecto.

Lo minimiza.

Abre una nota en el móvil y escribe sin pensar:

¿Se ha aprovechado?
¿Lo ha hecho por mí?
casualidad?
estoy loca?

Se queda mirando la lista.

Luego la borra.

Porque verla escrita la hace parecer menos compleja y más ridícula.

Durante unos segundos, se imagina otra cosa.

No quiere, pero se imagina.

Un estudio grande. No el de Corfú, otro. Una ciudad cualquiera. Noche. Ella sentada delante de una pantalla que ya entiende. Sento a su lado. Los dos discutiendo una entrada, una percusión, un filtro. Él sonriendo cuando ella acierta. Ella sin sentirse fuera de lugar. Sin relojes caros, sin cenas, sin mujeres que se ríen como si hubieran nacido con champán en vena. Solo música. Solo trabajo. Solo algo que tiene sentido.

Se ve incluso triunfando.

No mucho.

Lo justo.

Un éxito elegante. Una canción sonando en un sitio bonito. La sensación de que no ha llegado allí por estar al lado de nadie, sino por haber hecho algo de verdad.

Y esa imagen dura exactamente tres segundos antes de que la aparte con violencia.

—Venga ya.

Se levanta.

Da una vuelta absurda por el salón.

Recoge una taza que ya no tiene café.

La deja en la encimera.

La vuelve a coger porque en realidad iba al fregadero.

La vuelve a dejar.

Perfecto. Estado mental impecable.

Llaman al timbre.

Martina se queda quieta.

No espera a nadie.

Mira el móvil.

Beth.

Claro.

Abre.

Beth entra sin ceremonia, como si las puertas de esa casa no fueran una propiedad privada sino una sugerencia.

Lleva una bolsa del supermercado en una mano y una expresión de persona que ha venido a desactivar una bomba emocional con hummus y malas palabras.

—Antes de que me digas nada —dice nada más entrar—, he comprado uvas, queso y patatas. No sé por qué, pero me pareció una compra equilibrada para una crisis.

Martina cierra la puerta.

—Lo tuyo con los conceptos de equilibrio es digno de estudio.

Beth la mira.

—¿Qué te pasa ahora?

—Nada.

Beth deja la bolsa en la encimera.

—Voy a reformular: ¿qué nueva película de tu cabeza me he perdido?

Martina resopla.

—He visto una historia.

Beth cierra los ojos.

—Ay, Dios mío. Ya estamos.

—No era una historia normal.

—Nunca lo son. Sigue.

Martina va al salón, coge el móvil, abre Instagram y le enseña el vídeo. Beth lo ve entero. Luego lo vuelve a ver. Después deja el móvil sobre la mesa y mira a Martina con una expresión entre interesada y peligrosamente viva.

—Vale.

—¿Vale qué?

—Que eso no es casualidad.

Martina se cruza de brazos.

—No lo sabes.

—No, lo sé.

—Beth.

—Martina.

—Puede ser un ritmo parecido y ya está.

Beth la señala con un dedo.

—Eso que acabas de hacer se llama intentar parecer razonable cuando claramente no te lo estás creyendo ni tú.

Martina abre la boca.

La cierra.

Beth sigue:

—A ver. ¿Te ha copiado tal cual? No. ¿Puede haber cogido algo de lo que hicisteis juntos, de cómo sonaba, de la idea, de la vibra, llámalo como quieras? Sí. Completamente. Y además te digo otra cosa: casi mejor.

—¿Mejor?

—Sí, mejor. Porque si te hubiera robado una canción exacta, sería un capullo. Si ha tirado de algo que nació contigo, entonces eso significa que se le ha quedado dentro.

Martina aparta la mirada.

—No sé si eso me tranquiliza o me pone peor.

—Las dos cosas, seguramente.

Beth va a la cocina, vuelve con las uvas y se sienta como si fueran a comentar un crimen real especialmente adictivo.

—A ver, ordenemos. Tus opciones son: una, se ha aprovechado de ti. Dos, lo ha hecho por ti. Tres, te lo estás inventando todo. ¿Correcto?

Martina la mira.

—No me hace gracia lo bien que me conoces.

—Gracias. A mí sí.

Beth se mete una uva en la boca.

—Mi diagnóstico profesional, que como sabes no tengo, es que no se ha aprovechado de ti. No tiene pinta. Pero tampoco creo que lo haya hecho «por ti» en plan ramo de flores musical. Creo que le impresionaste, que eso se le quedó dentro y que ha tirado de ahí porque le salió así. Punto.

Martina frunce el ceño.

—¿Y eso qué significa?

—Que le importaste. Que le moviste algo. Que no eres una flipada por reconocer una huella tuya. Y que igual él tampoco ha sabido hacerlo mejor.

El salón se queda en silencio.

Beth se encoge de hombros.

—No sé, hija. A veces los hombres, cuando sienten cosas, hacen un tema en vez de ir a terapia.

Martina suelta una risa corta.

—Eres imbécil.

—Pero útil.

Martina se sienta frente al portátil.

Mira el proyecto.

Luego a Beth.

—Me da rabia.

—Normal.

—Porque si es por mí, me da rabia que no me lo diga. Y si no es por mí, me da rabia estar dándole tantas vueltas. Y si se ha aprovechado, me da rabia haber sido tan idiota.

Beth.

—Sí.

—No estás ayudando.

—Estoy validando. Que es distinto.

Martina se pasa una mano por la cara.

—No sé qué hacer con esto.

Beth mira la pantalla del portátil.

Mira el teclado.

Vuelve a mirarla a ella.

—Producir.

—¿Qué?

—Pues eso. Producir. Hacer cosas. ¿Qué otra cosa vas a hacer, abrir un grupo de debate sobre intenciones masculinas y percusión afro?

Martina se queda callada.

Beth se inclina un poco hacia delante.

—Escúchame. Si esto te ha removido tanto, úsalo. Haz otra cosa. Mejor. Más tuya. Más grande. Lo que no puedes hacer es

quedarte en el bucle de si él quiso decirte algo o no. Porque te conozco y eres capaz de estar tres semanas más viviendo dentro de esa historia de Instagram como si pagaras alquiler.

—Podría pasar.

—Va a pasar, como no te sientes ahora mismo y le des a algo.

Martina mira la pantalla.

El proyecto que ha enseñado en el cole sigue abierto. Esperando.

Aquí entra.

Aquí baja.

Aquí respira.

Aquí rompe.

La idea le da una calma rara. Física casi.

—Igual quiero cambiar la melodía —dice en voz baja.

Beth sonríe como una persona que acaba de ver a alguien volver en sí.

—Pues cámbiala.

Martina se coloca delante del portátil.

Coge los auriculares.

Se los pone.

Abre el proyecto.

Le da al play.

La base empieza a sonar.

Beth se levanta, va a la cocina y desde allí grita:

—¿Quieres queso o prefieres seguir teniendo una crisis artística con el estómago vacío?

Martina no se gira.

—Queso.

—Muy bien. Crisis, sí. Pero con calcio.

Martina se ríe sola.

Luego vuelve a escuchar.

Aísla una pista.

Prueba otra percusión.

Mueve una entrada.

No piensa en la cena. No piensa en el reloj. No piensa en Ibiza. Ni siquiera, durante un rato, piensa en Sento.

Piensa en el beat.

Está dentro.

Del sonido. Del ritmo. De esa concentración estrecha y absoluta en la que el mundo se vuelve soportable porque por fin solo exige una cosa cada vez.

Beth la observa un segundo.

Luego sonríe para sí y se va sin decir nada.

Martina toca una tecla.

Luego otra.

Y mientras la base se recompone poco a poco, entiende algo que le habría molestado bastante entender en cualquier otro momento.

Da igual, por ahora, si Sento lo hizo por ella, a partir de ella o sin pensar en ella.

Da igual si esa historia significaba algo o no.

Porque lo que se le ha quedado dentro no es solo él.

Es esto.

Y esta vez, en lugar de huir, Martina se queda.

Capítulo 21

El mensaje llega a las siete y doce de la tarde, justo cuando Martina está intentando decidir si la percusión de la segunda parte entra demasiado pronto o si solo tiene el cerebro derretido después de todo el día.

Mira la pantalla del móvil.

Sento.

Se le tensan los hombros antes incluso de abrirlo, que es una capacidad del cuerpo humano bastante impresionante y muy poco útil.

No quiero seguir hablando contigo a medias ni hacer como si no hubiera pasado nada. Si me dejas, quiero verte.

En el restaurante del primer día a las ocho y media de la tarde.

Martina se queda quieta.

Lo relee.

Luego otra vez.

No es un mensaje largo. No es un discurso. No es una explicación por WhatsApp con puntos suspensivos estratégicos ni un gif triste.

Es peor.

Porque es él, siendo claro.

Y porque el sitio del primer día le toca una parte concreta del pecho. Esa donde guardaba las cosas antes de Corfú, antes de la cena, antes del reloj, antes de sentirse pequeña y luego descubrir que quizá no lo era tanto.

Beth, que está sentada en la cocina pelando una mandarina.

—¿Quién?

Martina le enseña el móvil.

Beth lee. Luego deja la mandarina a medias.

—Bueno.

—No sé si ese «bueno» es bueno, bueno o bueno funeral.

—Es bueno de «ya era hora». Que no es lo mismo.

Martina apoya el móvil sobre la mesa.

—No sé si quiero verlo.

Beth la mira con una paciencia bastante artificial.

—Mentira.

—Vale. No sé si quiero verlo hoy.

—Más mentira todavía.

Martina aprieta los labios.

Beth se limpia los dedos con una servilleta y cruza los brazos.

—Vamos a ver. ¿Te da miedo? Sí. ¿Te apetece? También. ¿Te va a alterar el sistema nervioso? Por supuesto. Pero eso ya te lo altera una historia de Instagram de ocho segundos, así que tampoco estamos subiendo tanto el nivel.

Martina se deja caer en la silla.

—Gracias por cuidar de mí con tanto cariño.

—Es mi lenguaje del amor.

Mira el móvil otra vez.

El sitio del primer día.

No fue un sitio espectacular. No hubo reserva imposible, ni vistas de revista, ni nadie intentando impresionar a nadie. Solo un lugar sencillo, con una terraza algo estrecha y camareros que iban rápido. Un sitio en el que no había nadie compitiendo por parecer una versión mejorada de sí mismo. Un sitio donde Sento todavía no era «Sento» todo el rato, sino él sin etiquetas.

Eso, al final, es lo que más le puede.

Escribe:

Vale. Pero no me puedo quedar muy tarde.

Es mentira, pero le da un poco de seguridad pensar que puede ser breve el encuentro.

Tarda exactamente medio segundo en arrepentirse.

Beth se levanta.

—Muy bien. Vamos.

—¿Cómo que vamos?

—Vamos en el sentido espiritual. Yo me voy a mi casa, tú te duchas, te pones algo que no grite «llevo cuatro días teniendo una crisis musical» y dejas de poner esa cara.

—¿Qué cara?

Beth la mira de arriba abajo.

—Cara de persona que cree que una conversación puede matarla.

Martina suspira.

—Podría.

—No. Como mucho te deja más guapa de perfil. Venga.

Llega cinco minutos antes.

Ocho, en realidad, pero ella decide redondear a cinco porque hay verdades que no aportan nada.

El lugar no ha cambiado nada después de aquella cena. Las mesas pequeñas. Las sillas de metal algo incómodas. El toldo blanco. El ruido de platos. El murmullo normal de la gente que cena sin darse cuenta de que otras personas están a punto de tener una conversación que podría cambiarles media vida.

Martina se sienta.

Pide agua.

Luego piensa que el agua la hace parecer demasiado responsable y pide una cerveza. Luego piensa en por qué piensa eso.

La camarera la mira con cero interés, como Dios manda.

Bien.

Eso ayuda.

No quiere un sitio donde la miren mucho. Quiere hablar. O intentarlo.

Sento llega dos minutos después.

Martina lo ve venir desde media calle antes de que él la vea a ella. Va normal. Es decir, va guapo, que es una cosa bastante irritante, pero normal. Vaqueros oscuros, camiseta clara, una chaqueta ligera y esa forma de caminar tan suya, tan de Sento.

Cuando levanta la vista y la encuentra, Martina nota el golpe exacto en el centro del pecho.

No se le ha pasado.

Ni de lejos.

Sento se acerca despacio.

—Hola.

—Hola.

Él se queda un segundo de pie, como si quisiera medir si tiene derecho a besarla, tocarle el brazo o no hacer ninguna de las dos cosas. Al final opta por lo más prudente.

—¿Puedo?

Señala la silla.

Martina asiente.

—Claro.

Sento se sienta.

La camarera aparece. Él pide otra cerveza. Martina piensa que ojalá la vida consistiera solo en eso. Opciones pequeñas. Nada importante.

Pero no.

La camarera se va.

Y se quedan los dos.

Sento apoya los antebrazos en la mesa y la mira con ternura y comprensión.

Eso, por algún motivo, le complica la defensa.

—No sabía si ibas a venir —dice él.

—Yo tampoco.

Sento asiente.

—Justo.

Silencio.

No demasiado largo. Lo justo para que el aire cambie un poco de temperatura.

Martina da un trago a la cerveza.

—He visto lo de la canción.

Sento no se hace el tonto. Gracias a Dios.

Solo baja un momento la mirada a la mesa y luego vuelve a levantarla.

—Ya.

—Y he visto una historia antes.

Martina frunce el ceño.

—Y también lo sé. Sabía que tarde o temprano la ibas a oír.

La camarera deja la cerveza de Sento. Él le da las gracias. Espera a que se aleje antes de seguir.

—No te escribí por eso.

—Ya.

—Te escribí porque no quería seguir dejando que pareciera que lo único que tenía para decirte era una canción.

Martina se queda callada.

Eso no se lo esperaba.

Sento coge la botella, da un trago y la deja otra vez sobre la mesa.

—Lo de Corfú se me quedó dentro —dice, sin adornarlo—. El estudio. Tú allí. Lo que salió. La energía de ese rato. No fue una tontería para mí, Martina.

Ella mira un segundo a la gente de la mesa de al lado. Una pareja que está compartiendo unas bravas como si el mundo fuera un sitio sencillo. Luego vuelve a él.

—Ya, pero luego sí lo pareció.

Sento no se defiende rápido. Eso, en lugar de calmarla, la pone más nerviosa.

—Lo sé —dice al final.

Martina aprieta la botella entre los dedos.

—No, no lo sabes. Porque tú te fuiste a tu mundo y yo me quedé en el mío pensando si había hecho el ridículo, si había entendido cosas que no eran, si me había montado una película sola... y luego llego a esa cena y parece que de pronto todo tiene precio. La ropa. El reloj. El sitio. La gente. La forma de hablar. Todo.

Sento baja la vista un momento, como si la estuviera dejando sacar todo sin interrumpir.

—Y yo allí sentada —continúa ella—, pensando que no pintaba nada. Que era la profe de infantil que había entrado por error en una sala VIP de la vida.

Él la mira otra vez.

—No.

Martina suelta una risa breve. Sin humor.

—Pues yo sí me sentí así.

—Ya. Pero una cosa es cómo te sentiste tú y otra lo que era de verdad.

—Ah, vale. Perfecto. Entonces me lo he inventado todo.

—No he dicho eso.

—Pues casi.

Sento echa la espalda hacia atrás. No molesto. Concentrado.

—Martina, mírame un segundo.

Ella tarda un poco, pero lo hace.

—Tú no te inventaste sentirte fuera de lugar. Eso fue real. Te viste rodeada de gente que mide a los demás en marcas, nombres, cifras, contactos y postureo fino. Eso existe. Y es una mierda. Pero que ese mundo funcione así no significa que tenga razón.

Martina parpadea.

No esperaba exactamente eso.

Sento da otro trago a la cerveza.

—A esa gente le dices que una canción puede salir de una tarde encerrado en un estudio con una persona que no ha tocado un programa en su vida y no lo entienden. Porque no ven valor si no

hay etiqueta, dinero o apellido detrás. Solo entienden lo que pueden enseñar.

Martina no dice nada.

Él sigue, tranquilo.

—Pero yo sí sé de dónde salió esa canción.

Un camarero pasa con una bandeja. Alguien se ríe demasiado fuerte al fondo. Y, sin embargo, Martina tiene la sensación de que la mesa se ha quedado aparte del resto del mundo.

—Salió de allí —dice Sento—. De lo que hicimos juntos. Del ritmo que montaste. De la manera en que escuchaste. De cómo fuiste metiendo capas sin querer destacar, pero haciéndolo. ¿Te acuerdas?

Claro que se acuerda.

Se acuerda demasiado.

—Sí —dice, más bajo.

—Pues yo también. Y no se me fue cuando te fuiste de Corfú.

Martina siente un pequeño golpe en el pecho.

—La base la moví. La arreglé. La limpié. Metí producción de verdad. Pero la semilla estaba allí. El pulso estaba allí. Y estaba contigo delante.

Ella traga saliva.

—No digas eso así.

—¿Cómo?

—Como si...

Como si importe tanto, piensa.

Pero no termina la frase.

Sento la termina por ella.

—¿Como si hubieras hecho algo importante?

Martina aparta la mirada.

—No estoy acostumbrada a que me hablen así.

—Ya lo sé.

—En mi mundo eso no pasa, Sento.

Él se queda quieto un segundo.

—A lo mejor tu mundo tiene un problema.

Ella lo mira de golpe.

No lo ha dicho con superioridad. Ni con compasión.

—Mi mundo —dice Martina— tiene niños de cuatro años, padres que protestan por cartulinas, horarios, reuniones absurdas y café malo en la sala de profesores.

—Y música en la cabeza —añade él.

Ella se queda callada.

—Y oído —sigue Sento—. Y criterio. Y una forma de hacer las cosas que no necesita pedir permiso. Y eso, aunque tú no lo veas, vale muchísimo más que la mitad de la gente que se sienta en esas cenas enseñando relojes.

Martina nota que le sube calor al cuello.

—No hace falta que me subas la autoestima por pena.

Sento frunce el ceño.

—No estoy haciendo eso.

—Ya.

—No, de verdad. Escúchame bien. Yo no te estoy diciendo «pobrecita Martina, eres más válida de lo que crees». No va por ahí.

Se inclina un poco hacia delante.

—Te estoy diciendo que vi algo concreto. No abstracto. No bonito de decir. Concreto. Vi a una tía que entiende el ritmo, que entra en un estudio por primera vez y en dos horas no está jugando: está construyendo. Vi a alguien que tiene más verdad haciendo un beat torpe que mucha peña con contactos haciendo postureo delante de una mesa de mezclas.

Martina baja los ojos a la etiqueta de la botella.

No sabe bien qué hacer con eso.

Y quizá por eso le entra mejor que cualquier frase bonita.

—Lo de aquella noche me sentó fatal —dice ella al cabo de un momento—. No por la cena en sí. Sino porque me vi a través de esos ojos. Y me caí mal. Me vi pequeña. Como si tú fueras una cosa y yo otra que no encajaba.

Sento asiente muy despacio.

—Pues no fue mi intención. Yo encajo regular ahí también.

Martina levanta la vista.

—No fastidies.

Él sonríe, pero poco.

—No, en serio. Sé moverme. Sé hablar con esa gente. Sé poner la cara correcta. Sé sentarme donde toque. Pero no es mi sitio favorito del mundo. Ni de lejos. Hay peña que confunde éxito con pertenecer a una foto. A mí eso me da una pereza criminal.

—Pues no lo parecía.

—Porque si voy, bien. No voy a pedir perdón por entrar en una habitación. Pero una cosa es saber estar y otra creer en lo que hay allí.

Martina lo observa.

Por primera vez desde aquella noche, la imagen se recoloca un poco.

No mucho.

Lo justo.

—Entonces, ¿por qué vas? —pregunta.

Sento se encoge de hombros.

—Porque a veces toca. Porque hay gente con la que trabajas. Porque el mundo funciona así muchas más veces de las que debería. Pero no confundas eso con lo importante.

Silencio.

La cerveza de Martina ya está por la mitad. La de Sento también.

—Lo importante para mí fue otra cosa —dice él—. Fue verte en el estudio. Fue cómo te cambió la cara cuando entendiste que aquello podía sonar bien. Fue oír después la canción terminada y saber perfectamente dónde habías entrado tú. Eso sí me importa. Lo otro no.

A Martina se le aprieta algo en la garganta.

Y eso desarma más.

—La escuché tres veces seguidas —reconoce ella, antes de pensarlo demasiado—. La canción.

Sento sonríe apenas.

—Lo sé.

—¿Cómo lo vas a saber todo?

—Porque eres bastante obsesiva cuando algo te toca de verdad.

Martina entorna los ojos.

—Qué asco me das.

—Y tú a mí cuando finges que no te importa nada.

Ella resopla.

Y esa pequeña pelea casi doméstica, absurda y familiar, le afloja algo dentro.

—Pensé que a lo mejor había sido casualidad —dice ella—. Que yo me había montado una película con lo de la base, el ritmo y todo eso. Que había querido ver algo mío porque me convenía.

Sento niega con la cabeza.

—No. Y de hecho, te diré algo más. Si la canción ha funcionado no es porque yo sea muy listo ni porque tenga seguidores. Eso ayuda, claro. Pero funciona porque tiene alma. Y tiene alma precisamente porque no salió de una fórmula. Salió de un rato real. De curiosidad. De verdad. De algo que estaba pasando.

Martina se queda quieta.

Él se pasa una mano por la barba.

—A veces la gente piensa que el valor viene después. Cuando una cosa triunfa, cuando da dinero, cuando otro la valida. Y no. El valor ya estaba antes. Solo que a veces no lo ves hasta que alguien te lo enseña desde fuera.

Martina levanta la vista hacia él.

Ahí está.

Eso es.

No la está salvando.

Le está devolviendo una imagen.

Nada más.

Y nada menos.

—Me da mucha rabia que tengas razón —murmura.

—Ya.

—Y me da más rabia aún que me afectara tanto aquella cena.

—Eso también es normal.

—No me gusta sentirme así.

—A nadie le gusta verse pequeño.

Martina deja la botella sobre la mesa.

—No era solo por el dinero. Era por todo. La seguridad. El lenguaje. La gente que no duda. Esa sensación de que todos han

recibido un manual que yo no tengo.

Sento se ríe por la nariz.

—Te prometo que la mitad también improvisa.

—No parecía.

—Porque hay gente que lleva años ensayando seguridad vacía.

Martina lo mira y, por primera vez en días, se le escapa una sonrisa de verdad.

Pequeña.

Pero de verdad.

—Eso ha sido muy de filósofo de grupo de cerveza gratis.

—He venido trabajado de casa.

Ella niega con la cabeza.

Se quedan en silencio unos segundos.

No incómodo.

Solo lleno.

—Entonces, ¿qué? —pregunta él al final—. ¿Seguimos haciendo como si lo único que pasó entre nosotros fuera una canción y una cena incómoda?

Martina siente ese golpe en el pecho otra vez.

La pregunta no es agresiva.

Ni demandante.

Está puesta ahí.

Limpia.

Ella mira la calle. Mira la mesa. Mira sus manos.

—No lo sé —dice al final, sincera—. Pero sí sé que no quiero seguir pensando que fui menos en esa historia. Porque no lo fui.

Sento asiente.

—¿Queréis otra?

Martina mira su cerveza vacía.

Luego a Sento.

Luego otra vez a la camarera.

—Sí —dice—. Otra.

Sento la mira con media sonrisa.

—Eso es una gran decisión mínima.

Martina pone los ojos en blanco.

—No te pongas místico.

—Imposible. Me sale de serie.

La camarera se aleja.

Martina se reclina un poco en la silla y lo mira mejor. Le sigue molestando que vaya tan guapo sin esfuerzo aparente. Eso no se le ha pasado tampoco.

—Una cosa —dice ella.

—Dime.

—La próxima vez que me metas en una cena con gente que huele a dinero y a inseguridad cara, me avisas antes.

Sento se ríe.

—Trato hecho.

Martina toma aire.

No sabe todavía qué viene después.

Ni falta que hace.

Por ahora le basta con algo mucho más raro.

Volver a caber dentro de sí misma.

Y, mientras la segunda cerveza llega y el ruido del restaurante sigue su curso como si nada importante estuviera pasando, entiende por fin que el error no fue haber entrado en aquel mundo.

El error fue mirarse con los ojos equivocados.

Salen del restaurante sin prisa, como si ninguno tuviera claro en qué momento exacto ha terminado la conversación. La ciudad sigue igual, con su ruido, sus luces y su gente pasando de largo, pero para Martina todo tiene un volumen distinto. Más bajo. Más ordenado.

Caminan juntos, sin tocarse al principio. Luego, en algún punto, sus manos se encuentran. Es algo sencillo que encaja.

En el coche no hablan demasiado. Tampoco hace falta. Martina mira por la ventana, la cara apoyada ligeramente en el cristal, y nota algo nuevo en su forma de estar. No se está evaluando. No se está comparando. Solo está.

Cuando llegan a casa, el silencio se mantiene. Él deja las llaves en la encimera, se quita la chaqueta y se mueve por la cocina como si ese espacio le resultara familiar desde hace tiempo.

Sento abre la nevera, saca un bote de mascarpone, miel, unas nueces y un limón. No pregunta. No hace ruido innecesario. Simplemente empieza.

Machaca las nueces con el dorso de un cuchillo. Mezcla el mascarpone con la miel en un bol pequeño. Ralla el limón por encima con cuidado, como si eso importara más de lo que parece. Martina se apoya en la encimera, cruzada de brazos, mirándolo hacer.

El olor es suave. Dulce. Limpio.

Él le pasa una cuchara sin mirarla y ella prueba. Es sencillo. Pero está bien.

Se miran un segundo. Nada más.

Se llevan el bol al salón. Comen despacio, compartiendo la cuchara sin pensar en ello. Afuera, la noche sigue su curso. Dentro, todo está en su sitio sin haber tenido que forzarlo.

Cuando se levantan, no hay esa sensación de «¿y ahora qué?». No hay expectativas colgando en el aire. Solo continuidad.

En el dormitorio, la luz es tenue. Martina se quita la ropa con calma. Se mete en la cama y, cuando él se tumba a su lado, su cuerpo se acerca de forma natural, como si ya conociera el camino.

Se queda mirando al techo unos segundos antes de cerrar los ojos.

Algo ha cambiado.

No es euforia. No es intensidad desbordada. Es otra cosa más silenciosa. Más firme.

Ya no se ve pequeña.

Y no porque él la haya engrandecido, sino porque solo le ha mostrado cómo era.

Se gira hacia él. Nota su respiración, el calor de su piel, la tranquilidad de no tener que definir nada.

Solo están ahí.

Y, por primera vez en mucho tiempo, eso le parece suficiente.

Capítulo 22

Durante dos días, Martina consigue hacer una cosa que se le da sorprendentemente bien cuando la vida amenaza con ponerse intensa: fingir que todo puede quedarse exactamente como está.
No es una mentira del todo.
Es más bien una chapuza con acabado fino.
Porque está bien.
De verdad.
Está mejor que bien, incluso. Sento vuelve a aparecer en su casa como si nunca hubiera desaparecido del todo. Le manda audios cortos. Se ríe con ella de tonterías. Le corrige una percusión y luego le dice que no la toque tanto, que la gracia era precisamente que no sonaba limpia del todo. Le roba media tostada. Le desordena la cocina con una tranquilidad que en otra persona sería motivo suficiente para una denuncia y en él, por algún motivo irritante, no.
Todo encaja.
O, al menos, todo encaja si una no mira demasiado lejos.
Martina decide no mirar.
Porque mirar implicaría empezar a hacerse preguntas.
Y las preguntas, cuando se hacen grandes, suelen venir acompañadas de respuestas bastante pesadas.
Así que no.
No piensa en el estudio de Corfú.
No piensa en la canción.
No piensa en que él puede desayunar contigo un martes y estar pinchando el sábado al otro lado del planeta sin despeinarse.
No piensa en la diferencia entre una vida con reuniones de padres, plastilina seca pegada al suelo y café malo en vasos de cartón y otra con vuelos, hoteles, pruebas de sonido y personas que dicen *set* y *timing* como quien dice tutoría.
No piensa en eso.
Piensa en cosas pequeñas.
En que se ha dejado una lavadora sin tender.

En que Beth le ha grabado un audio de cuatro minutos para contarle que una clienta se ha hecho las uñas «milky white».
Piensa en que tiene que comprar limones.
Luego llega el viernes por la tarde y Sento aparece con una mochila, unas gafas de sol en la cabeza y una energía extraña. No mala. Solo distinta. Como si una parte de él ya estuviera en otro sitio.
Martina lo nota antes de saber por qué.
—¿Qué? —pregunta, apoyada en la encimera.
Él deja la mochila en el suelo.
—Nada.
—Eso es mentira.
Sento se acerca, le da un beso corto y coge una aceituna del cuenco que ella ha puesto sobre la mesa.
Él mastica, se sirve Aquarius sin hablar.
Eso ya es bastante respuesta.
Martina lo observa.
Parece… activado.
Como si tuviera la cabeza llena de cosas.
Y a Martina esa versión le gusta y le pone nerviosa a la vez.
Porque le recuerda algo que prefería no mirar: él pertenece a un ritmo que no se parece al suyo.
Se sientan en el sofá. Sento saca el portátil y lo abre sobre la mesa baja del salón.
—Tengo que enseñarte una cosa —dice.
Martina lo mira con recelo.
—Cada vez que alguien dice esa frase, una mujer acaba triste o viendo un Excel.
—No es un Excel, tranquila.
—Menos mal.
Él gira la pantalla hacia ella.
No hay hojas de cálculo. Gracias a Dios.
Hay fechas.
Ciudades.
Horas.
Nombres de festivales, salas, vuelos.

Una sucesión absurda y bastante agresiva de lugares, desplazamientos y compromisos que a Martina le hacen sentir cansancio solo de mirarlos.
París. Atenas. Dubái. Bali. Melbourne. Ibiza otra vez. Después no sabe qué. Todo muy junto. Todo muy rápido. Todo muy lejos de la vida que ella tiene.
Martina tarda unos segundos en decir algo.
—Ah.
—Ese «ah» no parece especialmente ilusionado.
—Es que no sé…
Sento sonríe un poco.
Pero no cierra el ordenador.
Sigue ahí.
Abierto.
Entre los dos.
Y Martina entiende entonces que no se lo está enseñando por presumir.
Se lo está enseñando porque existe.
Porque eso viene.
Porque no se puede besar a alguien en una cocina, compartir cama, hacer una base juntos y luego actuar como si las semanas siguientes no fueran a tener consecuencias.
Se recoloca en el sofá.
—¿Cuándo es?
—Empieza fuerte en tres semanas.
Martina asiente.
Tres semanas.
—Vale.
Sento la mira.
Ella sigue mirando la pantalla.
Atenas. Singapur. Seúl. Sidney.
—No digas «vale» así.
—¿Así cómo?
—Como si esto no fuera un problema.
Martina aparta la vista del portátil y lo mira.
—No estoy haciendo eso.

Sento arquea una ceja.
—Martina.
Ella resopla.
Odia bastante que la conozca ya lo suficiente como para detectarle el mecanismo tan rápido.
Cierra un poco las piernas bajo su cuerpo y se abraza a un cojín.
—Solo digo que… —mira de nuevo la pantalla— esto es mucho.
—Sí.
—Y rápido.
—Sí.
—Y raro.
Él se ríe por la nariz.
—También.
Martina calla un momento.
La tentación de hacerse la que no le importa mucho, la descarta. No quiere engañarse.
—No quiero pensar demasiado en esto —admite al final.
Sento se queda quieto.
La deja.
Eso le ayuda más de lo que debería.
—Porque ahora mismo estamos bien —continúa ella—. Muy bien, de hecho. Y como me pongas delante toda esta gira, todos estos vuelos y todas estas ciudades, me obligas a pensar en cosas que no me apetece pensar.
—¿Como cuáles?
Martina lo mira con cansancio.
—Como que tú vives así y yo no. Como que a ti te sale natural hacer una maleta y desaparecer a otro país y a mí me da pereza cambiar de supermercado. Como que yo tengo un trabajo de horarios, niños pequeños, rutina y trimestre escolar, y tú tienes… esto.
Señala la pantalla.
El mundo entero, resumido en una hoja de Word.
Sento baja la vista al portátil.
Luego vuelve a ella.
—Ya.

—Y no quiero que se convierta en una conversación de «qué bonito mientras ha durado».
Él la sigue mirando.
Martina nota un golpe seco en el pecho después de decirlo. Esto es mirar los problemas de frente.
—Yo tampoco quiero eso —dice Sento al cabo de un momento.
Martina aprieta el cojín.
—Ya, pero quererlo o no quererlo no cambia que nuestras vidas sean distintas.
—No.
La respuesta es tan simple que descoloca.
Nada de «no son tan distintas».
Nada de «cuando quieres, todo se puede».
Nada de filosofía de taza de Mr. Wonderful con problemas de comprensión lectora.
Solo **no**.
Sento se inclina hacia delante, apoya los codos en las rodillas y entrelaza las manos.
—Son distintas.
Martina lo mira en silencio.
—Y te da miedo —añade él.
—Sí.
—Y no quieres pensar demasiado porque te jode que justo ahora, cuando estamos bien, aparezca algo que te obligue a recolocarte.
Martina traga saliva.
—También.
Él asiente.
Como si no hubiera nada que discutir ahí.
Eso le entra todavía más hondo.
—Vale —dice él—. Pues no te voy a vender que esto sea fácil. Ni que de pronto podamos convertir dos vidas distintas en una sola sin fricción, porque eso sería tratarte como si fueras idiota y no lo eres.
Martina baja la vista.
Se lo agradece tanto que le da rabia.
Sento gira un poco el portátil, cierra el calendario y abre otra carpeta.

Sesiones.
Pistas.
Archivos con nombres horribles.
Versiones numeradas como si detrás de cada canción hubiera un brote psicótico perfectamente organizado.
Martina entrecierra los ojos.
—Esto ya me da más paz. El caos técnico me resulta más humano.
Él sonríe.
—Lo que sí creo —dice— es que tú estás mirando esto como si la única opción fuera quedarte exactamente donde estás mientras yo me voy exactamente donde me toca. Y no es la única.
Ella nota cómo se le tensan los hombros.
Ahí viene.
No sabe qué frase exacta espera, pero sabe que viene algo.

—¿Te acuerdas del tema que empezamos en Corfú?

—Claro que me acuerdo.

—Ha entrado en el 12 de Afro House en Beatport.

Martina frunce el ceño, porque no sabe si eso era mucho, poco o una secta.

—Vale…

—Y entre ventas, plataformas y lo que ha empezado a mover, ya ha generado un poco más de treinta mil.

Ella tarda dos segundos en procesarlo.

—¿Treinta mil qué?

—Euros.

Martina lo mira como si acabara de decirle que tenía una isla en Croacia.

—No me hace gracia cuando hablas en serio con voz de broma.

—No estoy bromeando.

Él abre el móvil, busca una captura y se la pone delante.

—Tu mitad son quince.

Sento pulsa en una carpeta, reproduce unos segundos del beat que empezaron juntos la semana anterior y lo deja sonando bajito en el salón.
Ese ritmo.
Otra vez.
Vivo.
Muy vivo.
Martina lo escucha con una mezcla absurda de orgullo y desconfianza.
—Tú ahí no estabas mirando —dice él, señalando el portátil—. Estabas haciendo.
Ella no responde.
—Y no fue casualidad. Ni una tontería. Ni algo bonito para contarlo luego en una cena. Lo hiciste bien.
Martina se mueve incómoda. No puede cuadrar todo lo que le está diciendo. Sacude la cabeza.
—Lo que te voy a decir ahora no tiene nada que ver con subirte el ego ni con liarte para que te sientas especial. Tiene que ver con que lo pensé en serio.
Martina lo mira.
Esa voz que no suena grande, pero pesa.
—Podrías venir conmigo una parte de la gira.
—¿Qué?
Sento no aparta la mirada.
—Podrías venir.
Ella suelta una risa breve, seca, bastante poco elegante.
—Ah, claro. Perfecto. Me cojo un bolsito, dos bikinis, una identidad nueva y me convierto en nómada internacional sin despeinarme.
—No he dicho eso.
—Ya, pero es que lo dices con una tranquilidad que parece que sí.
—Porque no te lo estoy planteando como fantasía.
Treinta mil euros resuenan en su cabeza de nuevo.
Martina deja el cojín a un lado.
—Pues explícamelo muy bien, porque ahora mismo suena bastante a secuestro premium.
Sento apoya la espalda en el sofá.

—No te estoy diciendo «vente a verme pinchar y pasea monísima por aeropuertos mientras yo trabajo». No te veo en eso ni cinco minutos sin querer tirarme una maleta por la cabeza.
—Bien. Me alegra que me conozcas.
—Te estoy diciendo otra cosa. Te estoy diciendo: si lo del estudio no se te ha ido de la cabeza, si de verdad notaste lo que yo vi allí, podrías venir y seguir aprendiendo. Produciendo. Probando. Trabajando conmigo a ratos, conociendo a gente, metiéndote en ese mundo por la parte real. No por la foto.
Martina se queda inmóvil.
Eso no lo esperaba.
O quizá sí.
Porque no suena a locura romántica.
Suena a posibilidad.
Y las posibilidades de verdad son muchísimo más peligrosas que las fantasías. Las fantasías una las disfruta desde lejos. Las posibilidades te obligan a decidir.
—Sento…
Él se inclina un poco hacia ella.
—No digo que dejes tu vida mañana y te conviertas en otra persona. Digo que podrías pedir una excedencia, o unos meses, o lo que sea razonable para ti. Digo que podrías probar. Ver qué pasa cuando te das espacio de verdad para eso que te despertó allí. Ver si es humo o si hay algo tuyo esperándote.
Martina tiene la boca ligeramente abierta, pero ninguna frase útil sale de ella.
Así que la cierra.
Vuelve a abrirla.
La vuelve a cerrar.
—Eso es… muchísimo.
—Sí.
—Y muy fuerte.
—Sí.
—Y muy poco sensato.
Sento niega con la cabeza.

—No. Poco sensato es fingir que no te ha pasado nada y seguir con tu vida exactamente igual solo porque da miedo comprobarlo.
Martina siente calor en la cara.
Odia bastante cuando una frase entra directa y no encuentra defensa.
Se levanta del sofá y empieza a caminar por el salón.
Vuelve a sentarse, esta vez en la butaca, un poco más lejos de él. Necesita distancia física para pensar con cierta dignidad.
—Me da miedo que esto me quede enorme —dice por fin, en voz baja.
Sento no tarda en responder.
—Puede.
Martina alza la vista.
—¿Puede?
—Sí. Puede que te quede enorme. Puede que vayas y descubras que no es para ti. Puede que lo odies. Puede que a las dos semanas quieras volver y besar el suelo de tu cocina y abrazarte a una reunión del AMPA como si fuera tu verdadera patria.
Ella suelta una risa involuntaria.
—No blasfemes tampoco.
Él sonríe.
—Pero también puede pasar otra cosa.
Martina espera.
—Que no te quede enorme. Que te quede justo donde no sabías que cabías.
Martina nota cómo algo dentro intenta moverse y, al mismo tiempo, ponerse a salvo.
Y precisamente por eso esto se complica más.
Se trata de elegir.
—No quiero irme por ti —dice al final.
Sento asiente enseguida.
—Bien.
Martina frunce el ceño.
—¿Bien?
—Sí. Mejor eso que cualquier otra cosa.
Ella lo mira.

Él se encoge de hombros.
—Si te vienes, no quiero que sea para seguirme como si fueras una extensión bonita de mi vida. Quiero que sea porque hay una parte de ti que también quiere ver qué pasa ahí.
Martina se queda callada.
Y ahí está la trampa más seria de todas.
Que sí.
Que esa parte existe.
Se le humedecen los ojos un poco, lo justo para fastidiarla.
—Qué asco me das —murmura.
Sento ladea la cabeza.
—¿Por qué?
—Porque me lo estás diciendo como si fuera una opción real.
—Es que lo es.
Martina se ríe, pero ya no muy entera.
—No sé si eso me calma o me destroza.
—No tienes que contestarme hoy.
Ella lo mira con cansancio.
—Menos mal.
Sento se levanta y se acerca despacio. No la toca enseguida. Se queda delante de la butaca, con esa paciencia suya que a veces parece fabricada en laboratorio para ponerla nerviosa.
—Solo piénsalo bien —dice.
Martina traga saliva. Él se acerca y la besa. Un beso cálido, comprensivo. Ella se relaja.
Y le da rabia. Cree que en su interior ya ha tomado una decisión.

Capítulo 23

Al día siguiente, Martina descubre que tomar una decisión importante le aterra. No es ese tipo de personas que se lanzan a la primera como Beth. Ella piensa, repiensa y luego repite.
Martina se despierta antes de que suene el despertador y se queda mirando el techo con los ojos abiertos.
No piensa una frase concreta.
No piensa *me voy a ir con él*.
No piensa *qué estoy haciendo*.
No piensa *esto es una locura*.
Piensa cosas pequeñas, ridículas.
En la lista de la compra.
En si Beth le contestó al último audio.
En que la funda del nórdico lleva dos semanas torcida por la esquina derecha.
En que Sento había dicho «no tienes que contestarme hoy» con esa calma de quien sabe perfectamente que ha dejado una bomba en el salón.
Se gira en la cama.
Cierra los ojos.
Los vuelve a abrir.
Nada cambia.
La decisión sigue ahí, dentro ocupando un lugar silencioso.
Se incorpora y se hace café.
Se enfada un poco consigo misma.
—No empieces —se dice en voz alta.
La cafetera, fiel a su papel, no opina.
Se pone ropa cómoda, recoge un par de cosas del salón y finge que lo de anoche fue solo una conversación importante entre adultos funcionales y no el momento en que su centro se desplazó varios centímetros.
A media mañana, Beth aparece en videollamada sin previo aviso, con una toalla en el pelo y una mascarilla verde en la cara que la

hace parecer una villana ecológica.
—Antes de que digas nada —anuncia—, sí, parezco un aguacate sexy.
Martina sonríe por inercia.
—No iba a decir eso.
—Mentira. Bueno, cuéntame qué te pasa.
Martina entrecierra los ojos.
—¿Por qué asumes que me pasa algo?
Beth la mira en silencio.
Luego alza una ceja.
Después alza la otra.
—Porque te conozco desde que te enamoraste de Dani sin haberle dirigido la palabra y ya entonces ponías esa cara de «no pasa nada» cuando claramente sí pasaba.
—No tengo esa cara.
—La tienes. La estás poniendo ahora mismo. La tienes desde el cuello.
Martina apoya el móvil contra la taza y se sienta.
—No sé si contártelo porque no sé si necesito consejo o que me anestesies a base de barbaridades.
—Puedo ofrecer ambos servicios. Soy una profesional.
Martina duda dos segundos.
Luego se lo cuenta.
No todo de golpe. A trompicones. Primero la gira. Luego las ciudades. Luego la propuesta. Luego la música. Luego lo de Corfú. Luego los quince mil euros, que es la parte donde Beth se quita la mascarilla de media cara del susto.
—Perdona. Perdona. Vuelve ahí. ¿Cómo que quince mil euros?
—Eso mismo dije yo, pero con menos mascarilla.
Beth parpadea varias veces.
—O sea, ¿que tú vas, haces un tema medio sin querer con un tío que parece diseñado en una reunión muy ambiciosa de ADN y de pronto resulta que tienes quince mil euros tuyos porque sí?
—No es porque sí.
—Bueno, ya, porque has hecho algo, pero entiéndeme: yo cada día hago manicuras imposibles a mujeres que luego se quejan de que

no les combina con su energía, y nadie me ingresa quince mil euros por accidente creativo.
Martina se ríe, pero poco. Se le corta enseguida.
Beth lo nota.
Claro que lo nota.
—Vale —dice, bajando el tono—. ¿Tú qué quieres hacer?
Martina gira la taza entre las manos.
La pregunta es tan simple que molesta.
—No lo sé.
Beth se queda quieta un segundo.
—Eso no me lo creo.
Martina alza la vista.
—¿Perdón?
—Que no me lo creo. Creo que sí lo sabes. Otra cosa es que no te guste lo que sabes.
Martina apoya la espalda en la silla.
Odia que la gente que la quiere tenga tanta puntería.
—Es que no quiero ser una de esas personas que tiran su vida por la ventana por un tío.
Beth pone una cara rarísima.
—¿Tu vida?
—Ya me entiendes.
—No, la verdad es que no. Explícamelo porque igual me he perdido.
—Mi trabajo. Mi casa. Mi rutina. Mi vida real.
—Ah, vale. Pensaba que hablabas de otra cosa.
—Beth.
—Te voy a decir una cosa y luego voy a volver a ser superficial para compensar. Yo no creo que debas irte por él. Eso sería mala idea. Horrible idea. Idea de mujer de película que luego termina llorando en un aeropuerto.
—Gracias por el apoyo.
—Pero sí creo que llevas demasiado tiempo viviendo como si ya supieras exactamente quién eres. Y quizá no. Y te digo un secreto, nadie lo sabe.
Martina se queda inmóvil.
Beth se encoge de hombros.

—A mí me da igual si al final te vas tres meses, tres semanas o te echas atrás mañana. Lo que me parecería tristísimo es que dentro de diez años siguieras aquí, en esta misma cocina, diciéndote que no fuiste porque era más sensato no moverse.
Martina tarda un momento en hablar.
—No quiero hacer el ridículo.
Beth sonríe, esta vez con ternura.
—Cariño, hacer el ridículo es una constante humana. Mira mi cara ahora mismo.
La mascarilla verde se le ha quedado seca a trozos.
Martina se ríe.
Una risa de verdad esta vez.
Y, aun así, cuando la videollamada termina, el nudo sigue ahí.
Porque Beth no le ha quitado el miedo.
Solo le ha quitado una excusa.
Por la tarde sale a pasear sin rumbo, que es su manera preferida de fingir que está pensando en otra cosa.
Las calles del barrio tienen esa normalidad de los sábados por la tarde. Gente con bolsas, niños con helados, parejas decidiendo mal dónde cenar, una señora arrastrando un carrito de la compra…
Martina entra en una papelería a por rotuladores que no necesita.
Luego en una tienda de cosas de casa donde compra una vela absurda con olor a higuera mediterránea.
Sigue andando.
Se para delante del escaparate de una agencia de viajes y se ríe sola, porque la vida a veces tiene el humor de un guionista con poco pudor.
Cuando vuelve a casa, Sento no está.
Le ha escrito un mensaje al mediodía.
Ensayo y llamada larga. Luego te veo.
Martina relee el mensaje más veces de las necesarias.
No porque diga nada especial.
Precisamente por eso.
Porque él sigue ahí, sin empujar.
Se ducha.
Se seca el pelo a medias.

Abre el portátil.
Sin pensar demasiado, entra en la web del colegio.
Busca.
Normativa interna. Recursos humanos. Solicitudes. Permisos.
Tarda más de la cuenta porque la página parece diseñada por una persona que odiaba activamente la felicidad ajena.
Al final encuentra una pestaña con formularios.
Y ahí está.
Solicitud de excedencia voluntaria.
Martina se queda quieta mirando la pantalla.
No toca nada.
No descarga el documento.
No rellena ningún campo.
Solo lo mira.
Como si fuera una puerta.
No está abierta todavía.
Pero ya tiene picaporte.
El corazón le late más rápido de lo normal.
Ver el PDF que podría empezar a mover tu vida es serio.
Cierra el portátil de golpe.
A las nueve y cuarto suena el timbre.
Sento entra con una bolsa de comida tailandesa y esa cara de cansancio, pero aun así está guapo.
La besa.
Ella le devuelve el beso, pero distinta.
Más callada.
Él lo nota en el segundo uno.
—¿Qué ha pasado?
—Qué manía tienes de detectarlo todo.
—Soy un perro policía de las emociones con buen pelo.
Cenan en el salón, con los recipientes abiertos sobre la mesa y una serie puesta que ninguno está viendo de verdad.
Martina juega con el arroz.
Él mira, no insiste enseguida.
Eso, otra vez, no ayuda nada.
—He encontrado el formulario —dice ella al final.

—¿Qué formulario?
—Excedencia.
Sento baja la vista un segundo.
Cuando la vuelve a alzar, hay algo más desnudo en ella que de costumbre.
—Vale. —El traga saliva.
Martina deja el tenedor también.
Se frota las manos en el pantalón.
—Me sigue pareciendo una idea muy fuerte.
—Martina.
—Déjame hablar.
Él levanta una mano en rendición.
Ella inspira.
—No sé si estoy preparada. No sé si tengo talento de verdad o si tuve un momento bueno y ya está. No sé si me voy a subir a una vida que me va grande. No sé si me va a encantar o si a las dos semanas voy a querer volver a casa a abrazar mi cafetera. No sé si pedir una excedencia por un impulso es algo que haría una persona sensata o una persona con una avería reciente.
Sento la escucha sin moverse.
—Pero sí sé una cosa —continúa ella, más bajo—. Que desde Corfú no he vuelto a estar del todo en mi sitio.
Silencio.
—Y eso me da una rabia tremenda —dice Martina—, porque me gustaba mucho mi sitio.
Sento asiente despacio.
—Lo sé.
—No quiero dejar de ser quien soy.
Él tarda muy poco en contestar.
—Yo tampoco.
Ella alza la vista.
—Entonces no me pidas que me convierta en otra persona.
—No te lo estoy pidiendo.
—Ya, pero…
—Martina. Irte un tiempo no es dejar de ser tú. A veces es la única forma de averiguar hasta dónde llegas siendo tú.

La frase se queda ahí.
Los envases abiertos. La salsa derramada en una servilleta. El mando a distancia. La normalidad doméstica de una noche cualquiera.
Y entiende de pronto que no hay ningún momento perfecto para cambiar de vida.
No suena una música especial.
Solo estás tú. Muerta de miedo. Sentada frente a fideos demasiado picantes. Enamorada. Descolocada.
Y aun así, con suficiente claridad para saberlo.
—Voy a pedirla —dice.
La frase sale más serena de lo que se siente.
—La excedencia. Voy a pedirla.
Ahora sí él exhala. Muy despacio. Como si hubiera contenido el aire sin darse cuenta.
—Vale.
Martina suelta una risa incrédula.
—¿Vale?
Sento sonríe.
—Es que si digo algo más, igual la cago.
Ella también sonríe, pero esta vez con los ojos ya un poco húmedos.
Sento se levanta, rodea la mesa y se agacha a su lado.
Apoya las manos en sus rodillas.
Martina lo mira.
—Me da miedo decírselo a la gente —admite ella.
—No se lo digas aún.
—Me da miedo pedirla y que me la concedan.
—Buena señal.
—Me da miedo pedirla y que no me la concedan.
—También buena señal.
—Me da miedo descubrir que luego no valgo para esto.
Sento ladea un poco la cabeza.
—Sí puedo decirte una cosa.
Martina espera.
—Lo único peor que descubrir que algo no era para ti es no darte nunca la oportunidad de comprobarlo.

—Vale —dice ella esta vez.
Después de cenar, mientras él recoge los recipientes y protesta porque ella no tiene un sistema lógico para guardar tapas, Martina abre el portátil otra vez.
Va directa al formulario.
Nombre.
Apellidos.
Departamento.
Antigüedad.
Motivo.
En ese apartado se queda quieta.
No escribe nada, pero lo descarga. Ese gesto le tranquiliza.
—¿Estás bien? —murmura él, ya medio dormido.
Sento le besa el hombro.
No hace más preguntas.
Y antes de dormirse, Martina mira la oscuridad de su cuarto.
No sabe si esa vida será la suya.
No sabe si llegará lejos en ella.
Pero sabe que ha empezado y sea cual sea el resultado, sabe que le gustará.

Capítulo 24

La primera vez que Martina firma algo importante en su vida lo hace con un boli azul que tiene la tapa medio mordida y que ha sacado del cajón de los lápices de la sala de profesores. No es el boli bonito que había planeado. El boli bonito, que compró la semana pasada en un arrebato de "las decisiones históricas merecen papelería decente", se lo ha quedado un niño de tres años y ahora vive en el fondo de una caja de Lego.
Lo mira un segundo antes de firmar.
Piensa que, para un documento que va a cambiarle la vida, el ambiente podría ser un poco más solemne. Hay un calendario colgado en la pared con una foto de un gatito disfrazado de tigre. El

radiador hace ese ruido de radiador con problemas existenciales. Fuera, un niño grita algo sobre un pegamento.
Firma.
La directora la mira por encima de las gafas.
—¿Segura?
—Segura.
—Un año.
—Un año —repite Martina.
La directora asiente despacio, como si hubiera visto esto otras veces y supiera exactamente cómo termina. Martina no sabe si eso la tranquiliza o la irrita.
—Podrás reincorporarte cuando quieras dentro del plazo —dice la directora—. Y si no vuelves, también entenderemos. Aquí hemos visto de todo.
Martina sonríe sin ganas.
—Eso suena un poco amenazante.
—Es que lo es. Un poquito.
Sale del despacho con la sensación de haber hecho algo importante sin ningún tipo de fanfarria interna. Ni euforia. Ni miedo. Ni nada muy heroico. Solo una extraña calma plana, como cuando cambias de versión de una aplicación y todo parece igual, pero por dentro ya no lo es.
En el pasillo se cruza con Cris, que lleva una bandeja con tijeras de plástico y una expresión de haber dormido poco.
—¿Ya está?
—Ya está.
Cris deja la bandeja en el suelo como si le pesara más de lo que pesa y abraza a Martina con la torpeza exacta de alguien que no quiere ponerse solemne pero no puede evitarlo.
—Me jode mucho —dice contra su hombro.
—A mí también.
—Pero me alegro.
—A mí también.
Se separan y Cris recoge la bandeja del suelo.
—¿Última semana?
—Última.

—Vale. Te estoy avisando desde ya: el viernes lloro. No es una amenaza, es una información.
Martina se ríe.
—Anotado.
Entra al aula.
Los niños están en una fase especialmente creativa hoy, que en lenguaje de infantil significa que alguien ha decidido experimentar con las posibilidades acústicas de un estuche vacío. Otro está pintando con rotulador en el brazo de Teo. Teo no parece ofendido, lo cual es peor.
—Buenos días, saltamontes.
—¡BUENOS DÍAS!
Uno le abraza la pierna sin avisar. Otro le enseña un moco que considera digno de ser exhibido. Otro le pregunta si los peces se ahogan cuando llueve.
Martina responde.
Reparte calma.
Limpia mocos.
Pone nombres a dibujos que no parecen nada.
Y lo hace con esa sensación rara de estar haciéndolo por última vez sin poder decirlo. Porque a los niños no les vas a explicar una excedencia voluntaria. Porque no entenderían, y además tampoco hay manera elegante de decirle a uno de cuatro años "me voy a producir música electrónica con un DJ internacional a ver qué sale". La frase no existe en el repertorio infantil.
A media mañana se agacha a atarle los cordones a Julia, que tiene cuatro años y la paciencia de una funcionaria a punto de jubilarse, y la niña le pone la manita en la mejilla.
—Profe.
—Dime.
—¿Tú vas a estar siempre?
Martina se queda quieta medio segundo.
Los niños preguntan así. Lanzan la frase que te descoloca mientras tú estás en otra cosa. Sin aviso. Sin tacto. Con la naturalidad de quien no sabe que acaba de hacer una pregunta enorme.

—No siempre —dice Martina, porque miente fatal y porque a los niños, si puedes, hay que decirles la verdad—. Pero hoy sí.
Julia asiente como si eso le bastara y se va a morder una goma de borrar.
Martina se queda agachada un segundo más.
Respira.
Se incorpora.
Sigue.
La semana siguiente pasa con esa velocidad extraña de las semanas que tú crees que van a ser lentas. Hace las cosas dos veces. Como si despidiéndose de cada rutina también la liberara. El último desayuno en la sala de profesores con café malo. La última asamblea de los viernes donde tres niños lloran porque no les toca llevar el peluche de la clase a casa. La última reunión con una madre intensa que tiene opiniones fuertes sobre la cantidad de fruta que su hija debería ingerir en el recreo.
Martina lo vive todo con una lucidez nueva. Hasta lo irritante le parece ahora un poco conmovedor. Es la clásica enfermedad de quien se va: de pronto todo tiene un filtro sepia.
El viernes, tal y como había avisado, Cris llora.
Martina también.
Pero poco. Lo justo para no arruinar el maquillaje que se ha puesto por primera vez en meses para una despedida oficial en la sala de profesores donde alguien ha traído un bizcocho de una pastelería que, objetivamente, no merece ese bizcocho.
—Tienes que volver a contarnos —dice Cris con la voz pastosa.
—Voy a volver.
—De visita, digo.
—De visita también.
Lara, que se ha pasado dos meses diciéndole "lo sabía" con una superioridad insoportable, le da un abrazo rápido, de los que ella no suele dar, y le dice al oído:
—Mándame una foto cuando tengas tu nombre en un cartel.
—Lara.
—Es una orden.
—Vale.

Se va del colegio a las dos de la tarde de ese viernes con una caja pequeña donde lleva tres dibujos (uno que parece un pulpo con diadema, firmado "profe tequieroconcee"), un marco que le ha regalado Cris y una sensación extraña en el pecho.
No es tristeza.
No es alegría.
Es la primera vez en mucho tiempo que siente que un capítulo se cierra y otro empieza sin que los dos le pidan permiso al mismo tiempo.
En el salón de Beth huele, como siempre, a acetona y a crema cara. Pero esta tarde hay algo distinto. No es la luz, que es la de siempre. No es la música, que es la misma lista de reggaetón elegante que Beth pone para que las clientas se relajen con dignidad.
Es Beth.
Que está callada.
Beth callada es un fenómeno meteorológico poco frecuente. Martina se sienta frente a ella en el sillón habitual y la mira con sospecha.
—¿Qué pasa?
—Nada.
—Dime.
—Que estoy procesando.
—¿Procesando qué?
—Que te vas.
Martina se ríe, pero poco.
—Ya llevas dos semanas procesándolo.
—Ya. Pero hoy toca la fase final.
Beth saca el esmalte. Un color nuevo que Martina no ha visto antes. Un tono ámbar, extraño, con algo dorado dentro.
—¿Y esto?
—Te he preparado un color especial —dice Beth sin levantar la vista —. Lo he mezclado yo.
—Beth.
—Cállate que lo voy a estropear.
Beth le coge la mano con esa concentración suya de cirujana del detalle. Le aplica la base. Le lima una esquina imperceptible. Trabaja

en silencio durante un minuto entero, cosa que en Beth es equivalente a una meditación de tres semanas.
Martina la mira.
—¿Me vas a decir algo importante o vamos a tener una escena emotiva en silencio?
Beth levanta la vista.
—Estoy eligiendo las palabras.
—Tú no eliges las palabras en tu vida.
—Por eso me está costando más.
Se miran.
Beth suspira.
—A ver. Una cosa.
—Dime.
—Si te cae mal esa gente, me lo dices. Si alguien te trata como si no tuvieras por qué estar allí, me lo dices. Si una noche te sientes pequeña otra vez, me lo dices. Y si alguien te habla de relojes, me mandas el modelo y yo me encargo.
—Beth.
—No he terminado.
Martina cierra la boca.
Beth deja el pincel del esmalte.
—Sé que no me necesitas para esto. Sé que lo vas a hacer bien. Pero te voy a decir una cosa que he estado pensando estos días y que nunca te he dicho porque tú tampoco me la has pedido.
Martina espera.
—Eres mucho más de lo que te dejas ser. Y eso no lo ha descubierto Sento. Eso ya lo sabía yo. Solo que yo no sé decirlo con música.
Martina se queda muy quieta.
Y entonces sí se le llenan los ojos.
—Beth, zorra.
—Lo sé.
—Has hecho que me emocione en un sitio que huele a acetona.
—Es una de mis muchas habilidades.
Se abrazan por encima de la mesa de las uñas, con cuidado de no estropear el esmalte, que es lo más Beth que Martina ha visto en su vida.

Cuando se separan, Beth retoma el pincel.
—Y una última cosa —dice, volviendo a su tono de siempre.
—Dime.
—Cuando seas famosa y vayas a tus entrevistas con vestidos carísimos, acuérdate de decir que tu mejor amiga te hacía las uñas gratis. Quiero publicidad.
—Hecho.
—Publicidad pagada, matizo.
—Hecho también.
El ámbar queda precioso.
Martina sale del salón con las manos levantadas, como si en vez de uñas llevara dos pequeños diplomas.
La maleta la prepara el domingo por la tarde.
Es más pequeña que la que se llevó a Corfú. Eso le parece irónico y también adecuado. Aquella maleta estaba llena de cosas "por si acaso" que no usó ni una vez. Esta lleva lo que sabe que va a necesitar. Menos ropa. Un portátil con el proyecto, el teclado MIDI envuelto en un jersey como si fuera una criatura. Un par de libros. El marco que le regaló Cris. El dibujo del pulpo con diadema.
Lo mira todo dentro de la maleta y piensa que, si alguien se asomara a ella, tendría una foto bastante precisa de quién es Martina ahora mismo. Una mezcla rara. Lo nuevo y lo de siempre. Sin contradicción.
Cierra la cremallera.
Se queda sentada en el suelo del dormitorio, apoyada en la cama, con la maleta delante.
Le escribe a Sento:
Martina:
Lista.
La respuesta llega casi al instante.
Sento:
Te recojo a las seis.
Martina:
Vale.
Sento:
¿Nerviosa?

Martina sonríe sin poder evitarlo.
Martina:
Un poco.
Sento:
Bien. Yo también.
Deja el móvil boca abajo.
Mira el salón desde donde está sentada. La lámpara de ramas de pino. El sofá de Ikea. La mesa donde ha producido hasta las tres de la madrugada más noches de las que su cuerpo debería aceptar. Todo sigue ahí. Todo va a seguir ahí. Le da calma saberlo.
No se va huyendo.
Se va probando.
Y eso, aunque suene a matiz pequeño, cambia todo.
El primer destino no es Miami.
El primer destino es Berlín, que suena menos a película pero tiene más sentido. Un club grande, un festival pequeño al día siguiente, y tres días de estudio con un productor alemán que Sento admira y que, según él, habla poco y gruñe mucho, pero hace magia.
Martina aterriza con el cuerpo molido y la cabeza en modo ahora qué.
La ciudad es lo contrario de Corfú. Gris, cortante, con un aire de eficiencia que a Martina le resulta inexplicablemente tranquilizador. Aquí nadie va a preguntarle si conoce a nadie. Aquí nadie lleva un reloj de medio millón. O si lo lleva, no va a enseñarlo, porque eso es de mal gusto. Berlín tiene esa virtud.
El hotel es normal. Normal en plan "bonito, pero sin intenciones de deslumbrar a nadie". Esa normalidad le sienta bien.
La primera noche, Sento pincha en un club subterráneo al que se entra por una escalera estrecha y una puerta que parece de búnker. Martina entra y siente, por primera vez desde aquella cena en Corfú, algo que no esperaba volver a sentir tan pronto.
Siente sitio.
No porque encaje. Nadie encaja en Berlín la primera noche. Sino porque a nadie le importa si encajas. La gente está a lo suyo. A la música. Al sudor. Al cuerpo. Nadie la mira con una ceja levantada. Nadie la evalúa.

Y eso, para ella, es una forma de libertad que no sabía nombrar.
Sento pincha dos horas. Martina se queda en el lateral, esta vez sin "Javi del staff" preguntándole si necesita algo, sin protocolos, sin zona de invitados con sofá. Solo ella apoyada en una pared, con una botella de agua, viéndolo trabajar.
En mitad del set, él se gira, la busca con la mirada, la encuentra.
Le hace un gesto pequeño con la cabeza. Una invitación.
Martina duda.
Solo un segundo.
Luego se acerca.
Sube el escalón de la cabina por primera vez sin la sensación de ser un adorno. Él le pasa un auricular. Le señala una pista en la pantalla. No habla. No hace falta. Ya hay un lenguaje que los dos conocen.
Ella escucha. Asiente.
Sugiere una entrada con el dedo sobre la pantalla.
Sento la mira, evalúa, asiente.
Y la deja hacer.
No es mucho. Es un segundo. Una transición. Un gesto que nadie en la pista va a notar como suyo específicamente. Pero lo nota ella. Lo nota en el pecho, en los dedos, en la certeza absurda de estar, por primera vez en su vida, dentro de algo que está construyendo con sus propias manos.
Cuando la transición suena limpia, Sento le dice al oído, sin dejar de mirar la pantalla:
—Ha entrado bien.
—Lo sé.
Él se ríe.
—Qué chulita.
—He aprendido de alguien.
—¿De quién?
—De un idiota que me preguntó si estaba ovulando.
Sento suelta una carcajada que se pierde en el bajo.
Dos horas después, cuando salen del club, el aire de Berlín les pega en la cara con una humedad rara y olor a ciudad grande. Sento lleva la chaqueta colgada del brazo. Martina tiene el pelo hecho un desastre y las manos frías.

Caminan sin rumbo un rato.
—¿Cómo estás? —pregunta él.
Martina lo piensa.
No responde lo primero que le viene a la cabeza, que sería un chiste. Responde lo segundo, que es más difícil.
—Bien. En serio bien. Pero con miedo.
—¿A qué?
—A acostumbrarme a esto.
Sento se para un segundo.
La mira.
—¿Eso es malo?
—No lo sé. Hace un mes me daba miedo no poder acostumbrarme. Ahora me da miedo poder hacerlo. No sé cuál de los dos miedos es peor.
Sento se inclina y le da un beso en la frente. Largo. Tranquilo. Ese tipo de beso que ya no intenta demostrar nada.
—Los dos son legítimos —dice—. Pero ahora te toca este.
Martina asiente.
Siguen caminando.
Pasan por delante de una tienda cerrada con un escaparate donde hay un cartel torcido pegado con celo. Anuncia una charla, o un grupo, o algo en alemán que Martina no entiende. Pero es un cartel torcido. En una farola. En una calle.
Martina se queda mirándolo un segundo.
Sento sigue la mirada.
—¿Qué?
Ella niega con la cabeza.
—Nada. Que los carteles torcidos me dan suerte.
—¿En serio?
—Muy en serio.
Él se ríe.
La abraza por el hombro.
Y siguen andando por una ciudad que no es la suya, hacia un hotel que no es el suyo, con una vida que está empezando a serlo.
Martina piensa, mientras el frío le entra por el cuello, que esto no es un final.

Es otra cosa.
Algo que aún no tiene nombre porque todavía no ha pasado lo suficiente para poder nombrarlo.
Pero suena.
Y suena bien.

Epílogo

Martina siempre había pensado que la zona VIP de cualquier sitio importante debía de parecerse un poco al cielo de la gente superficial.

Más brillo.

Más gente guapa.

Más alcohol servido como si nadie tuviera resaca al día siguiente.

Más personas fingiendo que están muy acostumbradas a todo.

Ahora la mira desde la cabina, con un auricular colgándole de una oreja, una mano sobre la mesa y el bajo vibrándole dentro del esternón, y lo único que piensa es que hay demasiada gente haciéndose fotos con cara de estar disfrutando muchísimo para lo poco que, en realidad, parece disfrutar nadie.

Miami, en junio, tampoco ayuda a que nadie conserve la dignidad.

Todo suda.

La piel, las paredes, las copas, el aire.

Hasta la noche parece húmeda.

Delante de ella, el club late como una criatura grande y perfectamente sincronizada. Luces cortando el humo. Pantallas. Cuerpos en movimiento. Un mar de manos que suben y bajan con una precisión casi religiosa. Más allá, la zona VIP parece un escaparate de gente muy bien vestida intentando parecer casual mientras paga cantidades obscenas por hielo decorado.

Martina baja la vista al reproductor, ajusta un cue y sonríe.

Hace dos años habría creído que ese lado del club era el importante.

Ahora sabe que no.

Lo importante no está allí.

Está aquí arriba.

En el sonido

En el pulso.

En la mezcla que entra limpia justo donde tiene que entrar.

En el instante exacto en que una pista entera responde a algo que ha salido de tus manos.

A su derecha, Sento levanta la cabeza, la mira un segundo y se inclina hacia ella lo justo para hablarle al oído por encima de la música.

—Jamás pensé que acabaríamos así.

Martina gira la cabeza.

—¿Sudados y con gente rica mirándonos como si supieran bailar?

Él se ríe, pero niega.

—No. Así.

Le sostiene la mirada apenas un momento antes de volver a la mesa

No hace falta más.

Con él nunca ha hecho falta mucho más cuando dice algo de verdad.

La sesión sigue viva bajo sus dedos. Un tema suyo enlaza con otro de los dos. Ya no se le acelera el corazón como al principio, cuando cada transición le parecía una operación a corazón abierto y cada set compartido la dejaba convencida de que alguien iba a subir a la cabina solo para comunicarle que había habido un error administrativo y que, en realidad, ella seguía siendo una profesora con insomnio y mucha imaginación.

A veces todavía le pasa.

No lo del error administrativo.

Lo otro.

La perplejidad.

La sensación rara, casi física, de estar viviendo una de sus posibles vidas y haber terminado dentro de una que, durante mucho tiempo, ni siquiera se habría permitido formular en voz alta.

La pista ruge cuando entra el siguiente drop.

Martina nota la vibración en la palma de la mano.

Sento le cede un tramo y ella lo toma con la naturalidad adquirida de quien ya sabe que no está ahí de invitada.

Porque no lo está.

Ya no.

Al principio fue una excedencia

Luego fueron unos meses más.

Luego otros seis.

Luego el tipo de conversación administrativa en la que una sonríe educadamente mientras por dentro sabe que jamás va a volver a colocar gomets en una cartulina de primavera.

No dejó el colegio de golpe, como se dejan las cosas cuando una está rota o huyendo.

Lo dejó poco a poco.

Con amor

Con culpa a ratos.

Con nostalgia en algunos aeropuertos y alivio en otros.

Volvió lo suficiente como para entender que ya no era su sitio. Y marcharse de verdad dejó de parecerle una traición y empezó a parecerle, simplemente, una forma bastante adulta de no mentirse.

La excedencia se alargó tanto que acabó pareciéndose mucho a otra vida.

Y era otra vida.

No perfecta. No de postal. No compuesta por atardeceres monísimos y sesiones infinitas donde todo salía bien. Hubo vuelos retrasados, hoteles con una decoración criminal, jet lag, maletas perdidas, un catarro en Ámsterdam que la hizo odiar activamente la existencia y una noche en Tulum en la que estuvo a punto de llorar porque el puerto USB del estudio no reconocía nada y llevaba tres horas convencida de que su carrera musical iba a morir asesinada por un cable.

Pero, aun así, era suya.

Suya de una forma nueva.

Suya de una forma que no dependía de seguir a nadie.

Porque al principio sí, claro, empezó entrando de la mano de él. Aprendiendo. Escuchando. Observando. Metiendo la pata. Dudando. Haciendo preguntas que a veces le parecían brillantísimas y otras claramente dignas de una persona que cinco meses antes seguía discutiendo si en infantil B se podía usar purpurina un martes.

Pero luego dejó de ser solo «el mundo de Sento».

También se convirtió en el suyo.

Primero como coproductora en algunos temas.

Luego en sesiones sueltas a cuatro manos.

Después en carteles pequeños, medianos y finalmente en otros que hicieron que Beth le enviara una captura del móvil con veintiocho signos de exclamación y un audio donde repetía te juro que si yo no te hubiera conocido en sostén deportivo pensaría que eres una estafadora internacional.

Beth, de hecho, estaba esa misma noche en Miami.

En algún punto de la pista o de la zona lateral reservada, seguramente diciéndole a alguien que ella estuvo allí antes que todo el mundo y que Martina ya era icónica cuando todavía llevaba el flequillo mal cortado y una autoestima razonable.

Invitarla a algunos sets se había convertido en una costumbre que le hacía especial ilusión. A Beth le fascinaba ese mundo con la misma intensidad con la que se burlaba de él. Era capaz de emocionarse viendo un amanecer después de un bolo en Mykonos y, diez minutos después, definir a medio backstage

como «gente guapísima con claras carencias de fibra y profundidad espiritual».

Martina la adoraba por eso.

Por seguir siendo Beth en cualquier continente.

Por recordarle que una puede cambiar de vida sin perder del todo a la gente que conocía la versión anterior de una misma.

La sesión avanza.

Sento le lanza una mirada rápida.

Ella ya sabe leerlas casi todas.

Esta significa: entra tú.

Martina sube un poco el volumen del tema siguiente. Su tema. Uno firmado solo con su nombre. La primera vez que lo vio en un cartel internacional sintió una mezcla bastante ridícula de orgullo, náusea y ganas de llamar a Beth, a Cris, a su madre, a media población de su pasado y a aquella versión suya que una vez creyó que cambiar de supermercado era una experiencia límite.

La pista responde.

Miami responde.

La cabina vibra.

Y durante unos segundos, mientras el ritmo sube limpio y la noche se pliega exactamente como ella quiere, siente algo mejor que la euforia.

Siente sitio.

Sitio dentro de sí misma.

Que era, en el fondo, lo único que llevaba años buscando sin saber nombrarlo bien.

Cuando termina el set y bajan por la parte lateral de la cabina, el aire de fuera sigue siendo tibio, espeso y exageradamente caro. Alguien les ofrece una copa. Sento la rechaza. Martina también. En teoría están en mitad de una de esas vidas donde la gente acaba bailando en yates ajenos al amanecer y se despierta sin recordar en qué ciudad duerme.

En la práctica, los dos están pensando más en una ducha fría y en tumbarse un rato que en cualquier fiesta posterior.

Nunca terminaron de encajar en ese otro mundo, el de la pose constante, la sonrisa de foto, las drogas blandas con marketing de lujo y la necesidad agotadora de parecer siempre fascinantes.

No eran así.

No querían ser así.

Les gustaba la música, el trabajo, el movimiento, la intensidad, la libertad, los lugares nuevos, las cenas absurdamente tardías, despertarse en ciudades distintas, el privilegio brutal de haber construido una vida a medida.

Pero seguían teniendo los pies en la tierra.

Seguían prefiriendo una hamburguesa buena en un sitio sin pretensiones a una fiesta insoportable con gente muy convencida de su importancia.

Seguían valorando más una tarde tranquila produciendo que una foto delante de un neón donde nadie escucha a nadie.

Y, sobre todo, seguían eligiéndose desde un sitio sencillo.

No perfecto.

No teatral.

Solo real.

A veces, en alguna entrevista, le habían preguntado a Martina cómo conciliaba ese ritmo con la idea de formar una familia, y siempre le daban ganas de preguntar por qué nadie asume que una familia

puede tener muchas formas y no todas incluyen una trona.

La verdad era mucho menos dramática de lo que algunos esperaban.

No le pedía el cuerpo.

A él tampoco.

No había un vacío. Ni una conversación pendiente. Ni una renuncia secreta llenándoles la cama de fantasmas.

Había otra cosa.

Una vida llena hasta arriba de experiencias, horarios imposibles, proyectos compartidos, siestas de aeropuerto, músicas a medio hacer, ciudades nuevas, rutinas extrañas inventadas entre dos y una sensación bastante firme de estar donde querían estar.

No todas las vidas necesitan parecerse para estar completas.

No todas las decisiones llevan al mismo sitio.

Y no todas las historias de amor tienen que acabar en la versión que otros consideran más seria para ser verdad.

Cuando salen por la puerta lateral del club, el aire de Miami les golpea la cara con esa mezcla de calor y sal que parece diseñada para que una no pueda pensar con demasiada claridad.

Sento le pasa una botella de agua.

Martina bebe.

Luego levanta la vista hacia la fachada lateral del recinto, donde una de las pantallas aún muestra parte del cartel de la noche.

Nombres grandes.

Nombres medianos.

Y el suyo.

Todavía le hace algo verlo ahí.

No por vanidad.

O no solo.

También porque sabe exactamente de dónde viene.

No de un plan maestro.

No de un sueño infantil muy definido.

Ni de una ambición escondida que llevaba años esperando salir.

Viene de una decisión minúscula.

Ridícula, incluso.

Un día en que eligió ir andando al colegio.

Nada más.

No una huida. No un golpe de destino con truenos de fondo. No una revelación.

Solo ir andando.

Ver un cartel de un grupo de filosofía pegado donde quizá no habría mirado si ese día hubiera ido en coche.

Entrar.

Sentarse.

Escuchar.

Y cruzarse con un hombre al que entonces todavía no sabía nombrar dentro de su historia.

A veces Martina piensa en eso y se le pone la piel rara.

En la cantidad obscena de cosas que dependen de un gesto pequeño.

De cinco minutos.

De una ruta distinta.

De decidir doblar una esquina y no otra.

Si aquel día no hubiera ido andando, no habría visto el cartel.

Si no hubiera visto el cartel, no habría ido a aquella charla.

Si no hubiera ido a aquella charla, no habría conocido a Sento.

Y si no hubiera conocido a Sento, probablemente seguiría teniendo una vida buena, ordenada, razonable.

Solo que no esta.

No esta vida.

No esta cabina.

No esta ciudad.

No esta mujer.

Sento sigue su mirada y sonríe un poco.

—¿En qué piensas?

Martina apoya la cabeza un segundo en su hombro.

—En que todo esto empezó porque un día me dio por caminar.

Él suelta una risa breve.

—Muy poco glamuroso para lo bien que queda el resultado.

—Ya. La gente cree que las decisiones que te cambian la vida llegan con fuegos artificiales. Y a veces llegan porque no te apetece coger el coche.

Sento le besa el pelo.

Miami sigue rugiendo alrededor. Coches. Música lejana. Conversaciones a medio volumen. Una noche que parece no querer acabarse nunca.

Martina mira una vez más el cartel, luego la calle, luego a él.

Y sonríe.

Porque al final era eso.

Las decisiones importantes casi nunca parecen importantes cuando las tomas.

Se disfrazan de tontería.

De paseo.

De casualidad.

De plan pequeño.

Y, sin embargo, a veces basta con una sola para empujar toda una vida hacia otro sitio.

Uno que no sabías que existía.

Uno que no habrías entendido del todo si te lo hubieran contado antes.

Uno que, por suerte, te obligó a dejar de imaginar y empezar a vivir.

FIN

UNA COSITA MÁS…

Si te ha gustado, me ayudas muchísimo dejando una reseña o recomendando la novela. Y si te apetece seguir leyendo, tienes más historias esperándote. Unas más cuquis, otras más subiditas, otras más emotivas… Busca la tuya 💕

MÁS LIBROS…

Por cierto… me encantará leerte.
Si hay algún personaje que te gustaría que tuviera su propia historia, dímelo. Quién sabe… quizá el próximo libro sea justo ese.

Olivia Kiss